

**DILE A MARIE QUE LA QUIERO
JACINTO REY**

© Jacinto Rey
Todos los derechos reservados

*A mi hijo Diego, lo que más quiero en este mundo.
In memoriam Anja Schaul (1937-1944)*

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

Aix-en-Provence, 1 de agosto de 1944

El día que iba a cambiar irremediabilmente la vida de Paul Chevalier amaneció con un olor a ceniza amarga.

La amenaza de ser detenido por la Gestapo había desarrollado en él una intuición acerada. El olor a ceniza le indicaba que algo iba a suceder; y muy pronto. Sin embargo, desde que Paul se había embarcado en su guerra particular, *algo* ocurría todos los días. ¿Cómo interpretar, entonces, esa señal?

Miró hacia la puerta del café y comprobó que todo estaba en orden. Tras el desembarco de los aliados en Normandía, unas semanas atrás, ni siquiera los colaboracionistas dudaban de la derrota de Hitler. La ocupación alemana estaba tocando a su fin, pero Paul no podía bajar la guardia. No ahora.

En el gramófono del café sonaba la melodía *Nuages*, interpretada por Django Reinhardt, que le hizo recordar los veranos que habían precedido a la guerra, el aroma de la lavanda, el sonido de las cigarras en la penumbra de la siesta. Cuando el conflicto hubiese terminado sería difícil acostumbrarse a una vida sin insignias nazis ni cartillas de racionamiento; sin el repicar de las suelas de madera en los callejones oscuros.

Sentada a su lado, Sophie fumaba un cigarrillo sin tragar el humo. La luz del sol se reflejaba en sus cabellos, acentuando la palidez de su rostro. Tenía la mirada ausente, como si sus pensamientos estuvieran en otro lugar.

Sophie le había pedido que acudiese con urgencia a esa cita, pero algo no encajaba. Temiendo una trampa, Paul llevaba en el bolsillo una pistola Walther, antigua pertenencia de un soldado alemán abatido durante una emboscada. Conocía las prácticas de tortura de la Milice, el grupo paramilitar creado por el régimen de Vichy para emular a la Gestapo y, llegado el caso, vendería cara su piel.

Un hombre entró en el café. Paul no lo había visto antes, pero su mandíbula apretada y su mirada vidriosa le hicieron comprender que algo iba mal. Instantes después hizo su aparición el miliciano Vancelle.

Sorprendido por su presencia, Paul empezó a disparar hacia los recién llegados. Los dos hombres respondieron con prontitud, convirtiendo el café en un bosque de gritos y cristales que obligó a los clientes a buscar refugio bajo las mesas. Paul sintió un fuerte dolor en el brazo derecho y cayó al suelo.

El tiroteo había cesado.

Paul se levantó con dificultad y observó el cadáver del hombre que acompañaba a Vancelle, pero no vio al miliciano por ningún lado.

Entonces reparó en Sophie. Tenía la cabeza apoyada sobre la mesa de mármol y de su boca manaba un hilo de sangre. Le bastó una ojeada para saber que no podría hacer nada por ella. Sophie movió un brazo con dificultad, sacó una fotografía del bolsillo y susurró:

—Dile a Marie que la quiero.

Paul acarició sus cabellos, guardó el retrato de la niña y besó el rostro junto al que habría deseado envejecer. A partir de ese momento, nada volvería a ser como antes.

Berlín, noviembre de 1938

Mathilde Friedberg observó la acera nevada de Markgrafenstrasse desde la ventana. En las últimas noches apenas había dormido, por temor a que las tropas de la *Sturmabteilung*, la organización paramilitar del partido nazi, detuviesen a su marido. Las SA habían instigado los disturbios de la *Kristallnacht*, durante los que habían ardido sinagogas y comercios. Los escaparates rotos habían inundado las aceras de Berlín, y miles de ciudadanos judíos habían sido deportados a campos de concentración.

Mathilde Friedberg pertenecía a una familia aristocrática cristiana de la Baja Sajonia, cuyos orígenes podían documentarse hasta el siglo XI. Un antepasado suyo había participado en la Primera Cruzada, atendiendo a la llamada del emperador bizantino Alexios I; otro había sido consejero de Enrique VII, coronado emperador germánico en 1438. A ojos del barón von Eisler, su hija Mathilde había echado por tierra ocho siglos de historia al casarse con un judío.

Su matrimonio con Erik Friedberg tuvo lugar unos meses antes de que entrase en vigor la «ley para la protección de la sangre alemana y el honor alemán», que prohibía los matrimonios y relaciones extramaritales entre judíos y arios. Una ley posterior había retirado a las personas de origen judío la ciudadanía alemana, el derecho al voto y el ejercicio de cualquier cargo público. Los judíos no podían trabajar como abogados, médicos o periodistas, y tenían prohibida la entrada en los hospitales públicos.

Nacida en Berlín y bautizada con agua del río Spree, Mathilde no deseaba vivir en ningún otro lugar del mundo. No obstante, la situación se había vuelto insostenible en Alemania en los últimos años. Y todavía podía empeorar.

Un tercio de los judíos alemanes había abandonado el país desde el nombramiento de Hitler como canciller. A pesar de la discriminación contra los judíos, del terror que reinaba en la capital, Erik se resistía a abandonar Berlín. Tal vez la noticia que Mathilde tenía que darle le hiciese cambiar de opinión.

Mathilde observó su reflejo en la ventana. Llevaba el pelo cortado a la altura de la nuca, como durante la adolescencia, y su piel ofrecía un brillo ceniciento en la penumbra del cuarto. Sus rasgos recordaban un poco a los de su bisabuela Hannelore, cuyo retrato lucía en la mansión familiar de Französische Strasse, que Mathilde no había vuelto a pisar desde el día en que informó a sus padres de su intención de casarse con Erik.

Se apartó de la ventana y acarició el teclado de su máquina de escribir Underwood. Era un viejo modelo de finales del siglo anterior, y a diferencia de otras máquinas más modernas no permitía integrar un cartucho de dos colores. Mathilde la había comprado en un mercadillo en Charlottenburg, con el anticipo recibido por su primera novela.

Sobre la mesa se encontraba el manuscrito, recién terminado, de su cuarta

novela infantil. Igual que las anteriores, estaba centrada en las peripecias del loro detective Hermann, y confiaba en que tuviese una buena acogida. Erik llevaba cinco años sin poder subir a un escenario, y la única fuente de ingresos del matrimonio eran los libros de Mathilde.

La mujer escuchó unos pasos en la escalera y permaneció inmóvil. Llevaba varios días escribiendo a oscuras, para evitar que la luz se viese desde la calle. Circulaban historias atroces sobre lo sucedido en los últimos días: niños acuchillados mientras dormían; ancianos a los que las tropas de las SA habían empujado al suicidio; rabinos inmolados en el interior de sus sinagogas.

La puerta se abrió, y Mathilde observó, aliviada, que se trataba de su marido. Erik iba todas las tardes a visitar a su padre, cuya salud había empeorado en los últimos meses, y se reunía después con otros actores desempleados en un café en la avenida Unter den Linden.

Erik sonrió con tristeza, mostrando una miriada de arrugas prematuras. Se sacó el abrigo, la misma prenda que llevaba el día en que había conocido a Mathilde, besó a su mujer en la mejilla y se sentó en un sillón, junto a una columna de libros de un metro de altura. Mathilde pensó en darle la noticia en ese momento, pero el aire taciturno de Erik le hizo dudar. Lo conocía bien y sabía que algo le inquietaba.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Mathilde, al tiempo que apoyaba una mano en el hombro de su marido.

—Igual que siempre.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

Erik acarició la mano de su mujer. Mathilde tenía un sexto sentido para leer sus estados de ánimo.

—Tenemos que mudarnos de este piso.

—¿Mudarnos? —preguntó ella—. ¿Por qué?

—Orden de la policía de Berlín. A partir del mes de diciembre los judíos tendrán vetado el acceso a esta calle. Y a muchas otras de la capital.

Mathilde observó que había dejado de nevar. Los nazis no se habían contentado con prohibir a los judíos su asistencia a las escuelas arias, con impedir la venta de sus periódicos. No se darían por satisfechos hasta que el último de ellos se hubiese marchado de Alemania.

—Las restricciones incluyen cines, cabarés, teatros y piscinas —añadió Erik—. Terminarán por encerrarnos en establos.

—No digas eso.

Mathilde acarició la mejilla de Erik con el dorso de la mano. A pesar de las privaciones y miserias de los últimos años, habían permanecido juntos. Decididamente, no era el mejor momento para darle la noticia. No quería que el recuerdo de ese momento se viese empañado por una sombra de tristeza.

—Nos mudaremos a otro apartamento —dijo Mathilde—. Si estamos juntos, no me importa en donde.

Erik cogió las manos de su mujer y la miró a los ojos.

—No lo entiendes. Al estar casada conmigo recibirás el mismo trato que si fueses judía.

El rostro de Mathilde se tensó al oír sus palabras.

—Si te divorcias de mí —prosiguió Erik— volverás a ser admitida en la comunidad racial alemana. Recuperarás todos tus derechos.

Mathilde apartó sus manos con brusquedad.

—Vámonos a Francia, Erik. Este ya no es nuestro país.

Mathilde había pasado varios veranos en París, y gracias a una institutriz de Clermont-Ferrand que había tenido de niña hablaba perfectamente francés. Había apostado en el hipódromo de Longchamp, asistido a conciertos en la *salle Pleyel* y comprado perfumes en la casa Caron. Podrían vivir en un lugar seguro, a salvo de la locura nazi.

—No puedo dejar solo a mi padre —dijo Erik—. Además, sin dinero no llegaremos muy lejos.

Mathilde pensó que quizá debería tragarse su orgullo y pedirle ayuda a su padre. El problema era que, si Erik se enteraba, nunca se lo perdonaría.

—Con el dinero que reciba por mi novela podríamos irnos a París.

—¿De veras crees que, con los tiempos que corren, alguien va a comprar libros infantiles?

Erik se levantó y caminó hacia la ventana. Observó la calle en la que habían vivido durante los últimos años y que pronto tendría prohibido pisar. Mathilde lo siguió y se situó a su lado.

—Todo saldrá bien —dijo ella.

Erik la besó en la frente, para evitar mirarle a los ojos. Ambos sabían que *nada* saldría bien.

El barón von Eisler entró en el vestíbulo del hotel Adlon con los ademanes de un hombre que habría podido adquirir ese establecimiento.

El hotel, el más lujoso de Berlín, estaba situado en Pariser Platz, en las inmediaciones de la Puerta de Brandemburgo y de las embajadas de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Frecuentado por numerosas celebridades alemanas y extranjeras, era también uno de los lugares favoritos de la jerarquía nazi.

El barón von Eisler saludó a varias personas antes de sentarse, en solitario, en un sillón con vistas a la avenida Unter den Linden.

Pidió un whisky Lagavulin de 16 años, y mientras se recreaba en su sabor a humo y turba recordó un chiste que había oído contar a su chófer, sin saber que le escuchaba. El Ministro del Interior, Hermann Goering, y el de Propaganda, Joseph Goebbels, morían e iban al infierno. Como castigo, Goering recibía mil uniformes, sin un espejo en el que poder admirarse; Goebbels recibía mil discursos, pero ningún micrófono para pronunciarlos.

De no ser por el apoyo del barón von Eisler y de otras personalidades prominentes, el presidente Hindenburg nunca habría aceptado nombrar a Adolf Hitler canciller de Alemania.

Manfred von Eisler no se había afiliado al Partido Nacionalsocialista por convencimiento ni por oportunismo, sino para darle credibilidad a ese grupo de fanáticos. Su familia había gozado de riqueza y poder durante muchas generaciones, y desconfiaba por naturaleza de toda persona que no pudiese documentar sus orígenes durante al menos dos siglos.

El barón von Eisler se preguntaba si no había abierto una caja de pandora apoyando a un hombre que creía en rituales arcanos y fantasías esotéricas. Tal vez Hitler no sería tan fácil de manipular como opinaban los Krupp, Thyssen y demás notables que lo habían llevado al poder.

Con sus rituales histriónicos y su obsesión por idolatrar al «cabo austríaco», los nazis eran un mal menor. Como una mayoría de alemanes, Manfred von Eisler no los había tomado en serio al principio. Sus proclamas rimbombantes y los gestos teatrales de su máximo dirigente parecían extraídos de un vodevil. Para su sorpresa, los nazis habían rescatado a la economía alemana del marasmo y alejado el fantasma del comunismo.

El barón vio acercarse a Maximilien Veidt con un portafolio negro en la mano. El editor llegaba puntual a la cita, pero parecía incómodo. Como director de Propaganda del Tercer Reich, Manfred von Eisler estaba acostumbrado a provocar esa sensación en los demás. Especialmente cuando invitaba a su interlocutor a reunirse con él, sin explicarle el motivo.

El barón saludó al director de la editorial Schwarz y le pidió que se sentara. Manfred von Eisler no dejaba nada al azar, y antes de su cita había consultado los archivos de la Gestapo sobre Maximilien Veidt.

El editor había nacido en Viena, y después de finalizar sus estudios de

arquitectura se había trasladado a Berlín. A pesar de la hiperinflación y la difícil situación política, en la década de los años veinte Berlín era una ciudad vibrante y llena de vida. Cuando un amigo le propuso fundar una editorial para publicar libros técnicos decidió unirse al proyecto. Tras el fallecimiento de su socio, Maximilien Veidt había extendido el catálogo de la editorial Schwarz a manuales escolares y publicaciones infantiles.

El editor era miembro del partido nazi aunque, según la Gestapo, albergaba sentimientos ambivalentes respecto a su ideología. Como empresario veía con buenos ojos el crecimiento económico de los últimos años. La censura impuesta por el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, era cada vez más férrea, y el mejor negocio para una editorial se encontraba en los manuales escolares y los panfletos que las SA, SS y Juventudes Hitlerianas consumían en grandes cantidades. Para participar en ese negocio era preciso estar afiliado al partido nazi y encontrarse en buenos términos con algunas personalidades importantes. Especialmente con el barón von Eisler.

Maximilian Veidt pidió un whisky para acompañar al director de Propaganda, y conversaron sobre la reciente anexión de Austria por el *Reich* alemán. Unas semanas antes, el canciller austríaco Schuschnigg había convocado un referéndum sobre la posible unión entre los dos países, pero la consulta fue cancelada debido a un golpe de estado del Partido Nacionalsocialista austríaco y la posterior ocupación del país vecino por la *Wehrmacht*. Aunque el tratado de Versalles prohibía explícitamente la anexión de Austria por Alemania, un plebiscito confirmó su unión con casi el cien por cien de los votos.

El barón von Eisler permaneció unos instantes en silencio, para obtener la completa atención de su interlocutor. Bebió un trago de whisky y chasqueó la lengua para impregnarse de su acidez.

—El Ministerio de Propaganda desea imprimir quinientos mil ejemplares de *Mein Kampf* —dijo finalmente—. ¿Estaría usted interesado?

—Sería un honor publicar la obra de nuestro *Führer*.

El barón von Eisler depositó el vaso de whisky sobre la mesa.

—¿Cuál es su línea editorial? —preguntó, aunque conocía perfectamente la respuesta.

—Publicamos libros infantiles y manuales escolares. Nuestra especialidad son las obras de contenido técnico.

—¿Figura Mathilde Friedberg entre sus autores?

El hombre lo miró en silencio, sorprendido de que el director de Propaganda poseyera esa información.

—Así es. ¿La conoce?

Manfred von Eisler observó la Puerta de Brandemburgo desde la ventana. En su cumbre se encontraba la cuadriga guiada por la diosa romana Victoria, que Napoleón había llevado a París después de la derrota prusiana en Jena y que los alemanes habían recuperado tras la abdicación del emperador en 1814. El director de Propaganda se inclinó ligeramente hacia Maximilien Veidt.

—Mathilde Friedberg es mi hija.

Joel Friedberg puso agua al fuego para hacer un té. La artrosis, que le obligaba a caminar con muletas, dificultaba cada vez más sus movimientos. Casi todos los médicos judíos habían emigrado de Alemania, y sus homólogos arios tenían prohibido tratar a los hebreos.

El suegro de Mathilde vivía en Littenstrasse, en un bloque de apartamentos que se había convertido con los años en un gueto judío. Joel Friedberg había ejercido como abogado en Berlín hasta que, un día de julio de 1933, las tropas de las SA entraron en magistratura y expulsaron a todos los letrados de origen judío. Hasta entonces, casi la mitad de los abogados y procuradores de Berlín habían sido judíos.

A raíz de su expulsión Joel Friedberg pensó en marcharse de Alemania, como hicieron muchos de sus colegas, pero fue retrasando día tras día su partida. Cuando finalmente decidió hacerlo, su estado de salud se lo impidió.

El apartamento olía al linimento casero, a base de pétalos de manzanilla y aceite de oliva, que Joel Friedberg utilizaba para combatir la artrosis. Su único consuelo era que su esposa no había visto su caída en desgracia ni experimentado las continuas vejaciones a los judíos desde el nombramiento de Hitler como canciller.

Lil Stephanus, fallecida en 1931, había sido una de las grandes actrices dramáticas de Max Reinhardt en el *Deutsches Theater*. Nacida en la isla de Java, donde su padre ocupaba un cargo en la autoridad colonial de la isla, había sido enviada a Europa a los doce años para proseguir su educación en un internado de Weimar. A los dieciocho años se unió a una compañía teatral y recorrió con ella media Europa. Max Reinhardt, la figura central del teatro alemán a principios del siglo XX, la había descubierto durante una representación de Macbeth en un pequeño teatro de Spandau. Desde aquel día Lil Stephanus se convirtió en una de las divas del *Deutsches Theater* y empezó a actuar en roles secundarios en películas de Robert Wiene y Fritz Lang.

Cuando la conoció, Joel Friedberg acababa de establecerse como abogado, y se enamoraron casi a primera vista. Durante años fueron una de las parejas más envidiadas de Berlín. Obtenían las mejores mesas en los restaurantes, y la actriz era tratada como una celebridad por sus numerosos admiradores. Después del nacimiento de sus dos hijos, Gabriel y Erik, Lil Stephanus regresó a los escenarios y alcanzó unas cotas de popularidad todavía mayores. Un cáncer acabó con su vida a los 45 años, cuando se encontraba en la cima de su carrera.

Joel Friedberg oyó que llamaban a la puerta. Erik no solía ir a verlo por las mañanas, y nunca recibía otras visitas. Caminó hacia la entrada, ayudándose de las muletas, y comprobó que se trataba de Mathilde.

—¿A qué se debe tan agradable sorpresa?

Su nuera lo besó en la mejilla y entró en el apartamento. A pesar de los dolores que le impedían dormir, de que su pensión había sido denegada, el padre de Erik siempre tenía una sonrisa para ella.

—Iba hacia la editorial y decidí hacerte una visita.

Su suegro la miró con curiosidad. Mathilde iba a visitarlo frecuentemente, pero siempre en compañía de Erik.

—Estaba hirviendo agua. ¿Quieres un té?

—Yo me encargo de hacerlo.

Mathilde fue a la cocina y vertió en una tetera el agua que empezaba a hervir. Regresó con ella en una bandeja y la dejó encima de la mesa.

—¿No vas a contarme por qué has venido a verme?

Mathilde observó que su suegro estaba sentado en la misma silla que cuando lo había conocido. Aquel día, Joel Friedberg llevaba un traje oscuro y olía fuertemente a colonia. Aunque su aspecto severo la intimidó al principio, Mathilde se había emocionado ante su calurosa felicitación cuando le informaron de su deseo de contraer matrimonio. *Ojalá sus padres hubiesen reaccionado de la misma forma.*

—Tengo tanto miedo que soy incapaz de dormir —confesó Mathilde—. La situación de los judíos se ha vuelto insostenible.

Joel Friedberg la miró con sus ojos inteligentes. Su parecido con Erik resultaba sobrecogedor.

—Y quieres que convenga a Erik de que os marchéis de Alemania.

Joel Friedberg se levantó con dificultad y cogió un retrato del aparador. En él se veía a Erik junto a su hermano Gabriel, que había emigrado en 1933 a Noruega, donde ejercía como médico. Erik era lo único que le quedaba en Berlín.

Mathilde esperó pacientemente en la sala de reuniones de la editorial Schwarz. Cuando había publicado su primera novela la editorial era un lugar lleno de animación. Cuatro años después, a imagen del cambio experimentado por Berlín, en sus oficinas reinaba un silencio de mausoleo.

La secretaria de Maximilian Veidt abrió la puerta y guió a Mathilde hasta el despacho del editor. Este llevaba un monóculo en el ojo derecho y un pañuelo rojo en la chaqueta del traje, a juego con la insignia del partido nazi que adornaba su solapa.

Mathilde se sentó en el borde de la silla, con las rodillas muy juntas. Sobre la mesa había un retrato de Adolf Hitler, y los cuadros expresionistas que colgaban de las paredes durante su anterior visita habían sido remplazados por fotografías del Estadio Olímpico durante una manifestación nazi.

Maximilien Veidt la recibió con la amabilidad de siempre, y charlaron durante unos instantes sobre la transformación experimentada por Berlín en los últimos años. Mathilde observó que el editor tenía un aspecto más envarado que durante su último encuentro. Le había llamado por teléfono una semana antes, para informarle de que tenía lista la nueva entrega del loro Hermann, y Maximilien Veidt le había invitado a pasar por la editorial para charlar sobre su publicación.

—¿Has preparado un borrador del contrato? —preguntó Mathilde, tras depositar el manuscrito sobre la mesa.

El editor se sacó el monóculo y lanzó una ojeada hacia el lugar de la estantería que, años atrás, habían ocupado las obras de su admirado Sigmund Freud. Después de su arresto por la Gestapo y la incautación de sus bienes, Freud había conseguido escapar con su hija a Londres.

—Me temo que no puedo publicar tu novela.

Mathilde se mostró decepcionada, aunque no del todo sorprendida. El hecho de que su marido fuese judío no había impedido la publicación de sus obras anteriores, pero el clima de antisemitismo se había vuelto aún más extremo.

Ante el silencio de Mathilde, el editor se limpió la frente con un pañuelo y prosiguió:

—Ninguna de tus novelas fue un éxito de ventas. Si estalla la guerra, nadie comprará libros infantiles.

El silencio de Mathilde hacía las cosas aún más difíciles para Veidt. Había pasado todo el fin de semana reflexionando sobre la proposición del barón von Eisler y el dilema que encerraba: ser fiel a sus ideales o vender su alma al diablo. ¿Cuánto quedaba en él del hombre que ambicionaba cambiar el mundo y que consideraba la literatura un arma para conseguirlo?

Si los negocios hubiesen marchado bien habría podido permitirse otra postura. Desgraciadamente, los libros se acumulaban en el almacén y los proveedores habían dejado de concederle crédito. La editorial se encontraba al borde de la quiebra. Si no aceptaba la condición impuesta por el barón von Eisler acabaría en la ruina.

Maximilien Veidt tenía miedo al deshonor, pero aún más a volver a empezar de nuevo. No se sentía con fuerzas para crear otro negocio, y mucho menos para enfrentarse a uno de los hombres más poderosos del régimen. Especialmente cuando había un sustancioso contrato en juego.

Mathilde recogió el manuscrito de su novela y se dirigió hacia la puerta.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí en los últimos años —le dijo al editor—. Siempre te estaré agradecida.

Maximilien Veidt tragó saliva con dificultad y caminó hacia ella.

—Prueba en otra editorial —balbuceó—. Lo siento de veras.

Mathilde estrechó la mano de Veidt y abandonó su despacho. *¿De dónde iban a sacar el dinero para marcharse a París?*

Colmar, Alsacia

Félix Vancelle entró en el apartamento y vio a su padre tumbado en el sofá. Su brazo rozaba una botella vacía de aguardiente.

Vancelle dejó en la caja de latón el dinero que había ganado esa semana, trabajando en una librería en la Plaza de la Catedral, pero cambió de opinión y volvió a guardarlo en el bolsillo. Su padre utilizaría el dinero para comprar más alcohol. Aunque tal vez fuese mejor así: de esa forma pondría fin a la agonía de la última década.

Vancelle era todavía un niño cuando Alsacia había sido anexionada por Francia. La región había sido territorio de la república francesa desde 1789 hasta 1871; parte del *Reich* alemán entre 1871 y 1918, y república marxista no leninista, independiente de sus dos poderosos vecinos, durante unas semanas en 1918. Francia la había ocupado en 1919, según lo estipulado por el tratado de Versalles, y dividido a la población alsaciana en cuatro categorías, según su origen. Los franceses *puros*, titulares de una tarjeta de identidad A, obtuvieron 1.25 francos por cada *Reichsmark* canjeado. Los alemanes residentes en Alsacia recibieron una tarjeta de identidad D, que otorgaba el derecho a una tasa de cambio de 0.8 francos por *Reichsmark*. En las semanas siguientes, los comercios de los ciudadanos alemanes fueron saqueados, con el consentimiento de las autoridades francesas, y muchos alsacianos fueron obligados a partir con una maleta y un máximo de trescientos marcos por persona, mientras sus vecinos les insultaban en su camino hacia el exilio.

Originarios de Wanzel, una localidad cercana a Seléstat, los padres de Vancelle habían decidido afrancesar su apellido. A pesar de sus esfuerzos por ocultar sus orígenes alemanes, su padre perdió su plaza de maestro en el colegio donde enseñaba. Las escuelas de Alsacia se vieron obligadas a adoptar el francés como única lengua, sin ningún período de transición, y los profesores que no pudieron adaptarse fueron remplazados por maestros de otras regiones francesas.

Tras perder su empleo, el único trabajo que encontró el padre de Vancelle fue como operario en un aserradero. Allí sufriría el accidente, manipulando una sierra, que le haría perder la mano derecha. Ese suceso le empujó a la bebida e hizo germinar en él un profundo odio hacia la humanidad.

Félix Vancelle salió a la calle y contó el dinero que llevaba en el bolsillo. Estuvo tentado de entrar en una taberna, pero el recuerdo de su padre le impulsó a pasar de largo.

Se dirigió al Quai de la Poissonnerie y caminó siguiendo el margen del río Lauch. Los balcones de las casas estaban llenos de flores, pero el ánimo de Vancelle no podía estar más alejado de la primavera. El atardecer, reflejándose sobre el río, le hizo pensar en la parábola del joven y el anciano que observaban una puesta de sol. Para el anciano el atardecer era un motivo de tristeza, pues le hacía pensar en lo que había dejado atrás. Para el joven era un símbolo del futuro, de todo lo que le

quedaba por vivir.

Vancelle era tímido y poco agraciado, y su mirada vacía, a veces burlona, ahuyentaba a las muchachas. No tenía verdaderos amigos, recibía un sueldo ínfimo en la librería y su padre había tirado su vida por el desagüe. A sus veinte años, Vancelle tenía la impresión de que su vida quedaba detrás de él.

—¿Necesitas compañía?

Al darse la vuelta Vancelle vio a una mujer de aspecto infantil, con marcas de viruela en el rostro. Sin esperar su respuesta, la muchacha le tendió la mano y lo guió hacia una casa cercana. Vancelle quiso oponerse, pero en vez de hacerlo la siguió con docilidad.

Subieron por unas escaleras estrechas hasta el último piso del inmueble. La muchacha abrió la puerta con una llave de hierro, y entraron en una habitación minúscula, de techo abuhardillado. En su interior había una cama con las sábanas revueltas, una silla y un aguamanil de agua turbia. Un ventanuco proporcionaba la única luz del cuarto.

—Son veinte francos. Por adelantado.

La muchacha guardó en su bolso el billete que le tendió Vancelle y empezó a desnudarse. Era la primera vez que éste se encontraba a solas con una mujer y no sabía qué hacer.

—¿A qué esperas? Por veinte francos no voy a pasar toda la tarde contigo.

Vancelle se desnudó con torpeza y se tumbó en la cama. La muchacha le miró a los ojos pero, como si hubiese encontrado algo repulsivo en ellos, desvió la vista hacia la pared. Vancelle buscó su mirada ansiosamente, pero ella continuó evitándolo.

Vancelle le dio una bofetada para obligarle a volver la vista, y cuando la muchacha protestó le tapó la boca con la otra mano. Tenía tanta rabia acumulada que continuó golpeándola, una y otra vez. Se sentía distante, como si fuese un espectador de lo que estaba ocurriendo.

Cuando la mujer dejó de moverse, Vancelle se levantó de la cama y reparó en lo que había hecho. La sábana estaba cubierta de sangre, y la muchacha tenía los ojos abiertos, clavados en el techo.

Vancelle abrió la puerta y salió a la calle. Por primera vez en su vida se sentía libre.

Berlín

Mathilde se sentó en la parada del tranvía y observó el mapa de la red de transportes de Berlín. Reichskanzlerplatz se había convertido en Adolf-Hitler-Platz; Schönhauser Tor en Horst-Wessel-Platz, en honor del activista nazi que Joseph Goebbels había convertido en héroe nacional tras su asesinato.

La mujer observó en la lejanía el edificio donde vivía su suegro. La fachada estaba sucia, y los desperdicios se acumulaban en las zonas comunales. Si no se marchaban de Alemania acabarían viviendo en un lugar así. Mathilde se odiaba por situar al padre de Erik ante una decisión tan difícil, pero no le quedaba otra alternativa. Tenían que huir de Alemania antes de que fuese demasiado tarde.

Descendió del tranvía frente a las ruinas del Parlamento, destruido varios años atrás por un incendio provocado, según reveló la investigación oficial, por un comunista holandés y tres ciudadanos búlgaros afiliados al *Comintern*.

Se dirigió a pie en dirección a Französische Strasse y se detuvo frente a la mansión de su familia. Mathilde no había vuelto a ver a sus padres desde que les anunció su intención de casarse con Erik.

Observó el blasón familiar, situado en el gablete que coronaba la fachada. Su columpio, descolorido por el paso de los años, seguía colgado del roble centenario, como si hubiese estado jugando con él la tarde anterior.

Se acercó a la entrada de servicio y, con el corazón latiendo muy rápido, hizo sonar la campana. Gretchen, la criada bávara que la había vestido, alimentado y bañado durante toda su infancia, le abrió la puerta.

Los ojos de la mujer se nublaron de lágrimas, y Mathilde sintió deseos de abrazarla, pero interrumpió su gesto al recordar una advertencia de su padre sobre el riesgo de confraternizar con la servidumbre. Gretchen, que acudía todos los años a la asamblea del Partido Nacionalsocialista en Nuremberg, donde se coreaban proclamas antisemitas, le había dado a Mathilde el cariño que su madre, siempre ocupada en galas benéficas, no había sabido —o querido— darle.

—Tenía miedo de que hubieses vuelto a Garmisch, Gretchen.

El pelo de la criada se había encanecido, y sus ojos habían perdido vivacidad. Parecía haberse empequeñecido desde su último encuentro.

—Mi vida está aquí, señorita Mathilde, aunque nada es lo mismo desde que usted se fue. Todos la echamos de menos... también su padre.

Mathilde no estaba tan segura. Al barón von Eisler sólo le preocupaba lo que sus amigos del partido opinasen de él. A su juicio, su hija lo había deshonrado casándose con un judío.

—Si hubiese sabido que iba a venir le habría preparado la tarta de frambuesas que tanto le gusta.

Mathilde hizo un esfuerzo por sonreír. Junto a Erik, Gretchen era la única persona que la había aceptado como realmente era.

—¿Están mis padres en casa?

—Su padre ya no viene al mediodía a comer, pero su madre está descansando en su habitación. Iré a avisarle.

Mathilde dudó unos instantes. La conversación con su suegro había avivado sus esperanzas de marcharse a París, y si el Tercer Reich perduraba los mil años que vaticinaban sus seguidores tardaría mucho tiempo en regresar a la mansión familiar.

Siguió a Gretchen hasta el salón y se sentó en el canapé de color mandarina, como solían hacer las numerosas visitas que recibía su madre. Todo estaba igual que unos años atrás: los muebles estilo Luis XV que sus padres habían comprado en un anticuario parisino; los retratos de sus antepasados guerreros y terratenientes; los cortinajes que habían permitido a Mathilde improvisar sus primeras obras teatrales. De las paredes colgaban las máscaras Yoruba, en madera y marfil, que su padre había traído de un viaje a las antiguas colonias alemanas en el África occidental.

Observó el cuadro que escenificaba la victoria de las tropas inglesas en Waterloo, sobre cuyos estandartes Mathilde había dibujado, en un arrebato patriótico a los siete años, los colores de la bandera prusiana. A continuación fijó la vista en el piano Steinway, decorado por Thomas y Maria Dewing, que constituía una réplica exacta del que se encontraba en la Casa Blanca en Washington.

En aquel salón habían actuado algunos de los mejores concertistas de Europa, en presencia de altas personalidades del mundo cultural, político y económico de Berlín. Cuando no estaba ocupada organizando un recital, su madre participaba en galas benéficas para erradicar el paludismo en África o bautizar a niños en China.

Mathilde vio aparecer a su madre. Había engordado varios kilos y parecía diez años mayor. La baronesa se acercó a su hija y, tras unos instantes de indecisión, la abrazó.

—¿Cómo está papá? —le preguntó Mathilde.

—Muy ocupado, como siempre. Pasa mucho tiempo en el ministerio.

Mathilde creyó percibir en la voz de su madre el resquemor de un animal que hubiese perdido la atención de su amo.

—Erik y yo vamos a marcharnos de Alemania.

La baronesa von Eisler avanzó hacia el mueble bar y se sirvió un vaso del coñac VSOP que su marido importaba directamente de Francia. Había amenazado a su esposo con abandonarlo por expulsar a Mathilde de la familia, pero no se atrevió a hacerlo. Su única represalia había sido dejar de aparecer en público con él.

—¿Cuándo os vais?

—En unos días. Dos semanas, quizá.

Su madre podría darle algo de dinero, pero Mathilde era demasiado orgullosa para pedírselo. En eso se parecía mucho a su padre.

La baronesa sujetó el vaso de coñac con las dos manos, como un náufrago que se aferrase a un tablón de madera. Las lágrimas humedecieron sus ojos, pero Mathilde no habría podido decir si eran de dolor o de nostalgia. La baronesa von Eisler se sacó de la muñeca un brazalete de diamantes que había pertenecido a las mujeres de su familia durante generaciones y se lo tendió a Mathilde.

—Siento no haber sido una buena madre para ti.

Mathilde pensó que ninguna de las dos había respondido a las expectativas de la otra. Ella no había sido una hija dócil, y su madre nunca había tomado una decisión por sí misma. Mathilde había esperado que intercediese por ella en el enfrentamiento con su padre, pero no era fácil oponerse al barón von Eisler. Ella lo sabía mejor que nadie.

Mathilde guardó el brazalete en su bolso y besó a su madre. A continuación abandonó la casa con los dientes muy apretados, como solía hacer de niña para contener las lágrimas.

Mathilde echó una última ojeada a la mansión. El viento balanceaba ligeramente su columpio, uno de los primeros protagonistas de sus historias infantiles.

Las lágrimas que se había esforzado por contener empezaron a surcar sus mejillas. Se sentía triste y dichosa, apesadumbrada y esperanzada al mismo tiempo. Pensó en las cosas que dejaría atrás; en el futuro incierto que les esperaba en París; en la guerra que estallaría tarde o temprano.

A pesar de las ausencias de su madre y del carácter autoritario de su padre, su infancia había sido feliz. Mathilde era la única persona que podía importunar al barón von Eisler mientras trabajaba, y éste tenía siempre una palabra cariñosa para ella. Había alabado exageradamente sus primeros ejercicios de piano, sus progresos en francés, las historias que redactaba en su cuaderno infantil.

Mathilde había admirado a su padre de forma ciega. Entre los amigos del barón von Eisler figuraba el general Paul von Hindenburg, presidente de Alemania durante la República de Weimar, y en su casa habían cenado numerosos diputados, industriales y ministros.

Mathilde recordaba a su padre vestido de chaqué, recibiendo a sus invitados. Era un hombre elegante que irradiaba un gran magnetismo, pero al mismo tiempo una persona intolerante y exigente. Tal vez por ello la ruptura con Mathilde había sido tan abrupta. Ninguno de los dos era capaz de aceptar compromisos.

Mathilde oyó que alguien le llamaba. Al darse la vuelta vio a Gretchen, que corría hacia ella arrastrando sus faldones.

—¿Te ibas sin despedirte de mí?

Era la primera vez que Gretchen la tuteaba. Si su padre la hubiese oído en ese momento habría montado en cólera, pero Mathilde vio en su trato lo que realmente era: una demostración de afecto.

—Lo siento, Gretchen. Esto es muy duro para mí.

—Te voy a echar mucho de menos, mi pequeña. Cuídate mucho.

Gretchen besó a Mathilde en la frente e introdujo un rollo de billetes en el bolsillo de su abrigo. Sin darle tiempo a protestar, se dio la vuelta y regresó corriendo hacia la casa.

Mathilde vio alejarse a Gretchen y siguió caminando hacia la parada del tranvía. Mientras avanzaba, recordó el día en que había conocido a Erik, cinco años atrás. Adolf Hitler llevaba apenas un año como canciller, y Berlín era todavía una ciudad ruidosa y alegre. Después de asistir a una representación teatral en Schauspielhaus, Mathilde había ido con su amiga Marlene a un café en Gendarmenmarkt. Las dos jóvenes tenían muchas cosas en común: un apellido aristocrático, una familia adinerada y una insaciable pasión por el teatro. Las mismas que dejaron de compartir cuando Mathilde decidió casarse con un judío.

Sus conversaciones gravitaban con frecuencia alrededor del teatro. Bertolt Brecht era el autor favorito de Mathilde. Aunque no estaba de acuerdo con su

ideología comunista, admiraba la audacia de sus representaciones escénicas. Antes de verse obligado a emigrar de Alemania, Brecht había revolucionado los escenarios con su «teatro épico». Opuesto al capitalismo y las convenciones burguesas, para Brecht el arte no debía ser un espejo para reflejar la realidad, sino un martillo para moldearla.

Habían pasado cinco años desde aquel día, pero Mathilde recordaba perfectamente la vaharada de calor y tabaco que había sentido al abrir la puerta del café, aferrada al brazo de Marlene. Las dos amigas habían corrido hacia una mesa libre junto a la ventana, pero un camarero les indicó que estaba reservada, por lo que tuvieron que contentarse con una mesa cercana a la cocina. Pidieron dos tazas de *Glühweiny*, mientras bebían el vino caliente, charlaron sobre la obra de teatro que acababan de ver.

Cuando acabara su tesis doctoral, Marlene esperaba conseguir una plaza de profesora ayudante en el departamento de filología de la Universidad Humboldt. Mathilde siempre había querido ser escritora, pero había decidido estudiar filología francesa para contentar a su padre.

Dieter, el prometido de Mathilde, era hijo del mejor amigo del barón von Eisler, y su boda estaba destinada a fortalecer los vínculos entre las dos familias. Dieter formaba parte de las SS, las unidades de élite del partido nazi. Su trabajo consistía en formar a los reclutas que un día engrosarían la guardia pretoriana de Adolf Hitler. Los padres de Dieter y Mathilde habían acordado que la boda se celebraría en cuanto él recibiese sus galones de teniente.

—¿Te has fijado en el hombre del abrigo azul? —le preguntó Marlene.

Mathilde giró la cabeza hacia el grupo que acaba de entrar en el café, cuyos integrantes ocuparon la mesa reservada junto a la ventana. El hombre al que se refería Marlene tenía una figura esbelta, y sus ojos verdes desprendían un aura de tranquilidad e inteligencia.

—¿Lo conoces?

—Se llama Erik Friedberg —explicó Marlene—. Es uno de los actores de Schauspielhaus. Coincidí con él cuando hice de figurante en *La madre*, de Brecht.

Los ojos de Mathilde se fijaron en Erik Friedberg. El hombre pareció advertir su atención y decidió acercarse a ellas.

—¿Nos conocemos? —le preguntó a Mathilde.

—No lo creo —respondió Marlene en lugar de su amiga; no parecía entusiasmada con la presencia de Erik Friedberg.

—Mi nombre es Mathilde von Eisler.

Marlene le dirigió a su amiga una mirada de reproche.

—Y está prometida a un oficial de las SS... Tenemos que irnos; se nos ha hecho tarde.

Marlene se levantó y le indicó a Mathilde con la mirada que hiciese lo mismo. Erik sacó dos entradas del bolsillo y se las tendió a Mathilde.

—Mañana actúo en Schauspielhaus. Me encantaría que vinieseis.

Mathilde deslizó las entradas en el bolsillo de su abrigo. Sin decir nada, siguió a Marlene hacia el exterior.

—¿Por qué has sido tan descortés? —preguntó a Marlene, una vez en la calle.

—Porque es judío. Será mejor que te mantengas alejada de él.

Recordando ese día, cinco años después, Mathilde pensó que su vida habría sido muy distinta de haberle hecho caso a Marlene.

1938

Mathilde subió lentamente las escaleras hacia su apartamento en Markgrafenstrasse. Al abrir la puerta vio a Erik sentado junto a la ventana, leyendo un libro.

—¿Cómo te ha ido en la editorial?

—Mejor de lo que esperaba. He recibido un anticipo de mil marcos por la novela.

Mathilde le mostró a su marido el dinero de Gretchen y se sintió culpable por ocultarle la verdad. Aquella cantidad debía de representar los ahorros de toda su vida. No era una fortuna, pero les permitiría comprar los billetes de tren y sobrevivir en París hasta que uno de los dos encontrara trabajo. Algún día le contaría a Erik de donde provenía realmente el dinero, pero no ahora. Si se enteraba de que era un regalo de Gretchen, le pediría que lo devolviese.

—¿Has visto a tu padre esta tarde? —le preguntó ella.

Erik asintió, y Mathilde buscó en su rostro una señal de que Joel Friedberg lo había conminado a marcharse de Alemania, pero las facciones de su marido eran imperturbables. Por algo había sido uno de los mejores actores de Schauspielhaus.

—Tengo otra buena noticia —titubeó Mathilde.

Un rayo de esperanza atravesó los ojos de Erik, pero se apagó una fracción de segundo después. A lo largo de los últimos años se había hundido en un estado depresivo. El cambio había sido lento, pero cada mañana le costaba un poco más levantarse, y las cosas que antes le habían emocionado —un atardecer, una canción, una caricia— apenas le proporcionaban alegría. Se había vuelto olvidadizo y le costaba cada vez más concentrarse. Había perdido la esperanza en el futuro.

—Estoy embarazada.

Erik permaneció inmóvil unos instantes.

—¿Estás contento? —le preguntó ella, temiendo que volviese a evocar la posibilidad del divorcio.

Su marido caminó hacia ella. Se dejó caer de rodillas y apoyó la cabeza en el vientre de Mathilde.

—Es el momento más feliz de mi vida.

Mathilde se olvidó por un instante de la ropa remendada, de los cortes de electricidad, de todas las privaciones sufridas desde el día de su boda. Decidió atesorar ese momento de felicidad para sobrellevar los desencantos futuros que les depararía la vida.

Permanecieron abrazados durante un largo rato. Mathilde quería hacer proyectos para el futuro, pero sabía que era una forma de tentar al destino. Tenía que esperar a que Erik hubiese hablado con su padre. Por el momento debía concentrarse en el presente. La felicidad nunca duraba mucho tiempo.

Cenaron un poco de sopa que había quedado del mediodía y se sentaron en el

sofá para escuchar la radio. Deutschland Rundfunk estaba retransmitiendo *El caballero de la rosa*, de Richard Strauss.

Permanecieron abrazados con la luz apagada, saboreando la intimidad que los unía. Cuando Mathilde se quedó dormida, su marido la tapó con una manta y esperó a que acabase la retransmisión para llevarla a la cama.

Erik nunca había sentido tanta emoción; ni tanto miedo. Según las leyes de «pureza racial», un niño con dos abuelos judíos sería considerado un *Mischling*, mestizo en primer grado o plenamente judío. El hecho de que Erik fuese también judío situaría al bebé en la última categoría.

El nacimiento del niño cambiaría completamente su vida. Unas horas atrás había considerado el divorcio como la mejor alternativa, pero ahora todo era diferente.

Llevó a Mathilde hasta la cama, se puso el pijama y se tumbó a su lado. Era la primera vez, desde hacía una semana, que Mathilde dormía con un sueño profundo, y Erik se movió con cuidado para no despertarla.

Alemania era su patria, tanto o más que la de aquellos fantoches que la habían secuestrado. Los judíos habían llegado a Berlín en el siglo XIII, huyendo de las persecuciones tras el comienzo de las Cruzadas. Acusados de provocar la Peste Negra en el siglo XIV, muchos fueron asesinados o expulsados de Alemania. En los siglos posteriores fueron readmitidos y expulsados nuevamente, a fin de que el estado pudiese incautar sus bienes.

Los judíos de Berlín habían sido principalmente comerciantes y prestamistas, y sólo en el siglo XVII se les permitió construir un cementerio y un hospital. La primera sinagoga se estableció en el siglo XVIII, y la comunidad de dos mil personas se convirtió en una de las más prósperas de la ciudad. Algunos judíos decidieron abandonar el gueto y obtuvieron la nacionalidad prusiana. En 1850, con el advenimiento de la igualdad ante la ley, los judíos se infiltraron progresivamente en la élite social y económica de Berlín. En el año 1900, cien mil judíos vivían en la ciudad de dos millones de habitantes. En 1930, Berlín contaba con dieciséis sinagogas y múltiples periódicos judíos. Entre sus intelectuales más prominentes figuraban muchos músicos, pintores y escritores de ascendencia hebrea.

En 1933, la población judía de Berlín alcanzó los 160.000 habitantes. Después vinieron los años de discriminación y persecución, con un pequeño respiro en agosto de 1936, durante los Juegos Olímpicos, cuando los nazis intentaron convencer al mundo de que Alemania era un país tolerante y plural.

Unos golpes en la puerta interrumpieron los pensamientos de Erik. Miró a Mathilde y permaneció inmóvil en la cama. El decreto que prohibía a los judíos residir en Markgrafenstrasse aún no había entrado en vigor, pero las SA solían interpretar la ley a su antojo. Los golpes sonaron con más fuerza y acabaron por despertar a Mathilde.

—No abras, por favor —le suplicó a su marido.

—Si no lo hago echarán la puerta abajo.

Erik se calzó las zapatillas y caminó hacia la entrada. Los golpes volvieron a sonar, de forma más imperiosa, y Erik se preguntó qué tipo de vida tendría su hijo en

una Alemania en la que los judíos gozaban de tantos derechos como los animales. Mathilde tenía razón: debían marcharse de Alemania. Aunque tal vez fuese demasiado tarde.

Erik abrió la puerta y, para su sorpresa, no se encontró con un destacamento de las SA, sino con una vecina de su padre cuyo marido, antiguo concertista de la Filarmónica de Berlín, había sido enviado a Dachau por simpatizar con el Partido Comunista.

—Es su padre —balbuceó la mujer—. Tiene que venir...

Mathilde y Erik se vistieron rápidamente y acompañaron a la mujer por las calles frías y silenciosas. La luna se reflejaba sobre las aceras mojadas, enmarcando sus pasos con una luz angulosa y amarillenta.

Al llegar al edificio donde vivía su suegro, Mathilde se esforzó para seguir a su marido por la escalera. Las náuseas y los mareos de las semanas anteriores habían remitido, pero el embarazo hacía que se cansara con más facilidad.

La puerta del apartamento se encontraba entornada. A pesar de que las ventanas estaban abiertas, olía fuertemente a gas. El padre de Erik estaba sentado en una silla, con la cabeza apoyada sobre la mesa. Su gesto era tan plácido que parecía dormido.

Erik se acercó a su padre y abrazó su cuerpo sin vida. Joel Friedberg sostenía entre sus dedos el retrato que Erik y Mathilde se habían hecho el día de su boda. Mathilde se fijó en el rostro cerúleo de su suegro y se preguntó si la presencia de esa fotografía entre sus manos representaba una señal, un reproche póstumo dirigido a ella. Aquella había sido su forma de franquearles el camino.

Mathilde observó su propio rostro, sonriente, en el retrato que sostenía su suegro. Desde el día de su boda no había tenido muchos motivos para sonreír. *La felicidad nunca duraba mucho tiempo.*

Todo habría sido muy diferente si, cinco años atrás, su madre hubiese respetado su cita para probar el vestido que debía lucir en su boda con Dieter. Mathilde apenas había conseguido dormir la noche anterior, pensando en la invitación de Erik para verlo actuar en Schauspielhaus. En el fondo, estaba aliviada de tener un motivo para no acudir. Erik y ella pertenecían a mundos demasiado diferentes.

Mathilde había esperado a su madre en el taller de la modista, mientras hojeaba una revista de moda. La costurera había trabajado para la emperatriz alemana Augusta Victoria, antes de que Guillermo II se exiliara con su familia a Holanda, y contaba entre su clientela a algunas de las personas más adineradas de Berlín.

Diez minutos después el teléfono sonó, y la modista le pasó a Mathilde el auricular. Su madre había olvidado que tenía una gala benéfica esa tarde, por lo que tendrían que posponer su cita con la modista para otro momento.

Hacía una tarde espléndida, y Mathilde decidió dar un paseo antes de regresar a casa. Se detuvo frente a una zapatería que disponía de una máquina de rayos X, para radiografiarse los pies antes de elegir el calzado. Mientras observaba el escaparate pensó que, si se apuraba, podría llegar a Schauspielhaus antes de que

empezase la representación. Aceptar la invitación de Erik, sin embargo, equivalía a jugar con fuego.

Tomó un tranvía hasta Gendarmenmarkt y entró en Schauspielhaus cuando la obra estaba a punto de comenzar. Su asiento estaba situado en un palco y permitía una buena visibilidad del escenario. La obra resultó ser una comedia intrascendente, pero la interpretación de Erik estuvo llena de intensidad. De alguna forma, Mathilde tuvo la impresión de que actuaba para ella en la sala repleta de gente.

Al finalizar la representación Mathilde siguió al resto de espectadores hacia la salida. Le sorprendía que un actor judío pudiese trabajar en un teatro de tal prominencia. Desde la llegada al poder de los nazis, muchos actores judíos habían sido expulsados de los escenarios.

Cuando alcanzó el vestíbulo, oyó la voz de Erik a sus espaldas y aceleró el paso. El teatro estaba lleno de gente, y Mathilde tuvo miedo de que algún conocido de sus padres la viese hablando con un judío. Erik la siguió por las escaleras y le dio alcance al llegar a la plaza.

—Me alegro de que hayas venido. ¿Qué te ha parecido?

Erik no había tenido tiempo de cambiarse, y su rostro estaba muy maquillado.

—La obra, muy floja; pero tú estuviste brillante.

—Espérame aquí. Me cambio en un momento y te acompaño a casa.

Mathilde tardó unos segundos en negarse, los suficientes para que Erik desapareciese hacia el interior del vestíbulo. En los minutos siguientes estuvo varias veces tentada de marcharse. Su padre sufriría un infarto si la veía llegar a casa acompañada de un judío.

Cuando Erik regresó tenía restos de maquillaje en la frente y llevaba el mismo abrigo que el día anterior. Caminaron hasta la entrada del Tiergarten y, tras atravesar la puerta de Brandenburgo, avanzaron bajo los árboles de la avenida Unter den Linden.

Aunque apenas hablaron durante ese tiempo, Mathilde tuvo la impresión de que les unía una gran complicidad, como dos amigos que hubiesen pasado mucho tiempo sin verse. Nunca se había sentido de esa forma en compañía de Dieter.

—¿No has pensado en trabajar fuera de Alemania? —le preguntó ella.

—¿Dónde? Bertolt Brecht y Kurt Weil pueden conseguir trabajo en cualquier país. Yo soy un actor desconocido y sólo hablo alemán. Además, acabo de conocer a la mujer de mi vida.

Mathilde se sonrojó hasta las orejas. Nadie le había hablado así hasta entonces, ni siquiera su prometido. Todos los hombres que conocía la trataban como si fuese una niña.

Continuaron su camino en silencio, y al llegar a Französische Strasse Mathilde experimentó una mezcla de alivio y decepción.

—Gracias por acompañarme —dijo ella, cuando observó el gablete de su casa en la distancia.

—Si no tienes planes para mañana, me gustaría enseñarte las bambalinas de Schauspielhaus.

—No creo que pueda...

—No tienes que responder ahora. Estaré esperándote a las once, frente a la puerta del teatro.

Erik cogió la mano derecha de Mathilde y la besó. Ella se apartó bruscamente y corrió hacia la casa para encerrarse en su habitación. En las horas siguientes fue incapaz de apartar a Erik de sus pensamientos. Se sentía febril y confusa, aunque llena de energía. Con ganas de cantar, y al mismo tiempo deseosa de esconderse bajo la cama.

A la mañana siguiente, se levantó con dolor de cabeza y una sensación de irrealidad que se vio agravada cuando, al ir a desayunar, su padre la llamó a su despacho. No sabía de qué quería hablarle, pero aquello no auguraba nada bueno.

Siguiendo una costumbre adquirida en la juventud, el barón von Eisler se levantaba todos los días a las cinco de la mañana y, tras ejercitarse durante media hora en el gimnasio situado en el sótano de la casa, desayunaba un plato de huevos revueltos con una tostada de pan blanco y una jarra de café.

Encima de la mesa de su despacho se encontraba la edición matinal del diario *Morgenpost*, así como un ejemplar del periódico nacionalsocialista *Volkischer Beobachter*, en el que aparecían ocasionalmente artículos escritos bajo pseudónimo por Himmler o Goering, destinados a orientar la opinión pública a favor de decisiones que el gobierno estaba a punto de tomar.

El padre de Mathilde ordenó varios papeles sobre la mesa y dobló el mapa de su proyecto más ambicioso: un barrio entero de viviendas, al sur de Berlín, que construiría la sociedad inmobiliaria que había creado con el padre de Dieter. La llegada del Partido Nacionalsocialista al poder, y el consiguiente rearme del ejército, conduciría a Alemania al pleno empleo y haría necesarios edificios para albergar a los trabajadores, calles para permitir la circulación de los automóviles, así como puentes, túneles y todo tipo de obras públicas.

—¿Puedes explicarme qué estás haciendo? —le preguntó su padre.

Mathilde tragó saliva.

—No sé a qué te refieres.

—Supongo que tampoco sabes que el hombre que te acompañó ayer a casa es judío.

Mathilde negó con la cabeza.

—Ahora ya lo sabes. No quiero que vuelvas a verlo.

Su padre se enfrascó en la lectura de una carta, dándole a entender que su conversación había terminado. Mathilde salió del despacho con la cara enrojecida. Se sentía doblemente humillada: por la reprimenda de su padre y por no haber tenido el valor de enfrentarse a él.

Regresó a su habitación y pasó unos minutos sentada en la cama. Sus viejos juguetes parecían reprocharle su falta de coraje. La actitud de su padre no le había sorprendido, pero sí la rapidez de su reacción. ¿Cómo se había enterado de su visita a Schauspielhaus? ¿Había tenido Marlene algo que ver?

Su padre había pasado dos décadas tratando de corregir los defectos de su hija. Mathilde sabía que era su forma de demostrarle afecto, pero lo que ella necesitaba era que la aceptase como realmente era.

Mathilde había sabido desde el principio que su amistad con Erik era imposible. Utilizando su habitual contundencia, su padre no había hecho más que recordárselo. No podía volver a ver a Erik, pero lo correcto era decírselo en persona.

Se maquilló con esmero y se puso un vestido con el que se sentía especialmente segura. Tras comprobar que su padre se había marchado al trabajo, salió a la calle.

El cielo amenazaba lluvia, por lo que decidió tomar un taxi hasta Schauspielhaus. Al llegar allí se encontró a Erik sentado en las escaleras que daban a la plaza. Parecía abatido.

—He venido a decirte que no podemos volver a vernos.

Erik levantó la cabeza hacia ella.

—De todas formas no habría podido enseñarte el teatro. Me han despedido esta mañana.

Mathilde se alisó la falda y se sentó a su lado.

—Hasta ahora me había librado de las purgas, pero tarde o temprano tenía que tocarme.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Erik se encogió de hombros.

—Para empezar, comer algo.

—¿Y después?

—Casarme contigo.

Mathilde se sonrojó, igual que el día anterior, y miró hacia otro lado para que Erik no se diese cuenta. A continuación lo siguió hasta un restaurante de comida rápida, uno de los primeros que habían abierto sus puertas en Berlín. La comida se encontraba en el interior de máquinas expendedoras; las mesas eran plataformas de plástico, y para obtener una cerveza había que introducir una moneda debajo de un grifo.

—¿Y qué vas a hacer tú, además de casarte con un oficial de las SS? —le preguntó Erik, tras darle un mordisco a su bocadillo.

—Me gustaría escribir novelas infantiles, pero mi padre dice que es una profesión sin futuro.

—Lo será si le haces caso.

Cuando terminaron de comer, Erik se levantó de la silla.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella.

—A casa.

Su voz sonaba tan abatida que Mathilde tuvo miedo de que hiciese una estupidez. Dado que era la última vez que se veían, decidió alargar un poco más el momento.

—Tengo una idea mejor —dijo ella—. Sígueme.

—Creía que no podíamos vernos.

—¿Vienes o no?

Erik se encogió de hombros y la siguió hasta una parada de taxis. Mathilde le pidió a un taxista que los llevase a la localidad de Lübben, situada a ochenta kilómetros de Berlín.

—¿Estás loca? El taxi va a costar una fortuna.

—No te preocupes. Mi padre invita.

Mathilde había estado varias veces en Lübben. La ciudad poseía un castillo y conservaba restos de sus murallas, pero su mayor atractivo era la proximidad a la reserva natural de Spreewald, un paisaje interminable de ríos y lagunas en el que resultaba maravilloso perderse.

Cuando llegaron a Lübben, Mathilde pagó el trayecto y le pidió al taxista que los esperase junto al embarcadero, para llevarlos más tarde a Berlín.

Erik no se sentía del todo cómodo, pero decidió disfrutar del momento. Alquilieron una lancha de tres metros, propulsada por un pequeño motor fueraborda. Mientras Erik guiaba la embarcación hacia el interior del lago, Mathilde se tapó las piernas con una manta y abrió una botella de vino que habían adquirido antes de embarcar.

—¿No sabes que los actores desempleados son propensos a convertirse en alcohólicos? —preguntó él, cuando Mathilde le pasó la botella.

—Con tal de que no te vuelvas violento —bromeó ella.

Erik detuvo la lancha en el centro de la laguna y bebió un trago. Mathilde observó el abrigo de Erik y vio que uno de sus botones estaba a punto de desprenderse. Ella nunca había salido de casa con la ropa en mal estado. Varios criados se ocupaban de que todo estuviese en orden. Había vivido toda su vida anestesiada, de espaldas al mundo exterior. Con su desaliño y un lenguaje que incluía múltiples registros, Erik representaba una puerta hacia otro universo. A Mathilde le gustaba también su aspecto, pero lo que realmente adoraba era su voz: podría pasarse horas escuchándolo.

—¿Qué pensarían tus padres si nos vieses en este momento?

—¿Y los tuyos? —le devolvió Mathilde la pregunta.

—Mi madre murió hace unos años, pero creo que estaría contenta de verme así.

—Así, ¿cómo?

Erik tapó las piernas de Mathilde con la manta. Se había levantado algo de viento, y el lago desprendía un aliento de humedad. Erik abrió la boca para decir algo, pero Mathilde selló sus labios con dos dedos y lo besó.

Una bandada de pájaros emprendió el vuelo desde la orilla. Tumbados sobre la cubierta, Erik y Mathilde se dejaron mecer por el vaivén de la embarcación.

Berlín, 1938

Mathilde apretó la mano de su marido y observó el andén. Faltaban cinco minutos para la salida de su tren a París, y ninguno de los dos tenía ganas de hablar.

Cada vez que cerraba los ojos, Mathilde veía a su suegro con la cabeza apoyada en la mesa de la cocina. Erik había intentado convencerse de que el escape de gas fue un accidente, pero Mathilde sabía que Joel Friedberg se había suicidado. Había preferido dejarles el camino libre, evitándole a Erik una decisión que acabaría por desgarrarlo.

Aunque Mathilde estaba aliviada por abandonar Berlín, se sentía culpable de la muerte de su suegro. Había hecho lo correcto, intentando proteger a su familia. Entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

Sus vecinos ignoraban que se iban, al igual que los pocos amigos en los que confiaban. Tras enterrar al padre de Erik en el cementerio judío de Weissensee, habían comprado dos billetes de ida a París y llenado dos maletas con ropa, algunas fotografías y el manuscrito de la última novela de Mathilde. Sabían que no podrían regresar a Alemania hasta que los nazis hubiesen abandonado el poder.

Cuando faltaban dos minutos para la salida del tren, dos hombres con indumentaria civil y aspecto de agentes de la Gestapo entraron en el compartimiento. El pulso de Mathilde se aceleró, pero Erik parecía sereno, extrañamente indiferente. Desde el nombramiento de Himmler al frente de todas las fuerzas policiales de Alemania, la *Kriminalpolizei* se había fusionado con la Gestapo para crear la *Sicherheitspolizei*, situada bajo el control de las SS. La Gestapo tenía autoridad para investigar casos de traición, espionaje y sabotaje, y podía operar sin ningún control judicial. El número de sus agentes no era elevado, pero su poder irradiaba de las frecuentes denuncias realizadas por ciudadanos cumplidores de la ley.

Los recién llegados les pidieron sus pasaportes y observaron con detenimiento el de Erik, que lucía una gran letra «J» en la primera página. Según la legislación vigente, los judíos podían utilizar sus pasaportes para abandonar Alemania, pero no para regresar al país.

Los hombres les ordenaron que abriesen sus maletas, y Mathilde se alegró de que Erik hubiese seguido su consejo de abandonar en el apartamento el libro *La montaña mágica*, su favorito entre las obras de Thomas Mann, que Erik había querido llevar como lectura para el viaje.

Los agentes de la Gestapo revolvieron la ropa y palparon los fondos de la maleta. Uno de ellos encontró el brazalete de diamantes que Mathilde había recibido unos días antes de su madre. Erik miró con sorpresa la joya, y después a Mathilde. Su mujer no le había relatado su visita a Französische Strasse.

—Es un obsequio de mi madre, la baronesa von Eisler.

Los hombres comprobaron el apellido de Mathilde en el pasaporte y la miraron

con incredulidad. El barón von Eisler era uno de los miembros más influyentes del Partido Nacionalsocialista y ocupaba un alto cargo en el Ministerio de Propaganda.

Los agentes de la Gestapo les ordenaron que se apeasen. Erik protestó, alegando que perderían el tren, pero Mathilde le suplicó que no complicase la situación. Cogieron su equipaje y acompañaron a los hombres hasta el despacho del jefe de estación. Una vez allí, le pidieron a Mathilde que esperase y se llevaron a Erik con ellos.

A través de la ventana del despacho Mathilde vio partir su tren. Y varios trenes más. Cuando más tiempo pasaba, más preocupada se sentía. El pasaporte de Erik era válido, pero la Gestapo tenía una habilidad especial para encontrar defectos de forma o inventarse problemas inexistentes. Erik podía acabar en un campo de concentración.

La luz empezó a decrecer. El despacho quedó en penumbra, pero Mathilde no se atrevió a levantarse para encender la luz.

Al cabo de un tiempo interminable vio abrirse la puerta, y su padre apareció en el umbral. En aquellos cinco años su pelo había adquirido un color gris plateado, y las arrugas empezaban a perfilarse en su frente.

—¿Por qué te empeñas en humillarme? —dijo el barón von Eisler, dirigiéndole una mirada glacial.

—¿Humillarte? Lo único que hago es vivir mi vida.

—¿Sabes en qué posición me ha puesto tu matrimonio con un judío?

Mathilde pensó que su *posición* no le había impedido acceder a un alto cargo en el seno del partido nazi. Miró a su padre con tristeza, consciente de que su intimidad había desaparecido en los últimos años. Se habían convertido en extraños el uno para el otro.

—Tienes que divorciarte.

—No tengo diez años, así que no puedes decirme lo que debo hacer —replicó Mathilde—. Además, voy a tener un hijo de Erik.

El barón von Eisler cerró los ojos, como si le hubiesen clavado un puñal en el pecho. Por primera vez tuvo la certeza de que había perdido definitivamente a su hija. Había luchado durante años por recuperarla, convencido de que algún día regresaría a casa. Manfred von Eisler se había levantado cada mañana, durante cinco largos años, con la esperanza de que su hija acudiría a pedirle disculpas, de que todo volvería a ser como antes. Esa ilusión acababa de desvanecerse.

El barón von Eisler abandonó el despacho sin despedirse de Mathilde. Nunca más volverían a verse.

París, abril de 1939

Félix Vancelle se ocultó en un portal y observó a la nueva inquilina de la pensión de los Capuchinos. La mujer ocupaba una habitación al fondo del corredor, y desde que la había visto por primera vez se sentía fascinado por ella.

Vancelle había abandonado Colmar seis meses atrás. El motivo no había sido el sentimiento de culpa ni el miedo a ser detenido por la policía tras el asesinato de la prostituta. Necesitaba un nuevo comienzo, y París ofrecía el anonimato de una gran ciudad.

Siguió a la muchacha por el bulevar de los Capuchinos. Con su palidez esbelta, le recordaba un poco a la imagen de una vidriera en la catedral de Colmar, que retrataba la Anunciación a la Virgen. La muchacha tenía el pelo muy rubio, y en sus gestos había una ligereza que evocaba los movimientos de un ángel. Lo único que Vancelle sabía de ella era que se llamaba Camille, pero quería averiguar dónde trabajaba, a quién veía, cuáles eran sus gustos. Quería saberlo *todo* de ella.

Vancelle había pasado los últimos meses vagando por las calles de la capital. Un día había leído un panfleto que anunciaba un mitin del Partido Social Francés. Hasta entonces no se había interesado por la política, pero la octavilla prometía un vaso de vino a los asistentes y, como no tenía nada mejor que hacer, decidió asistir al acto.

El Partido Social Francés había sido creado en 1936, tras la disolución del movimiento de extrema derecha «La Cruz de Fuego». El mitin fue impartido por el máximo dirigente del partido, François de La Rocque. Para éste, la reducción de la semana laboral a cuarenta horas, el aumento de los salarios y las vacaciones pagadas representaban una confirmación de la revolución bolchevique iniciada en 1936, tras la llegada del Frente Popular al poder en Francia.

Al concluir el acto, un militante del partido se acercó a Vancelle. Su nombre era Richard y, a pesar de su juventud, padecía una calvicie pronunciada. El hombre le preguntó por sus ideas y sus inquietudes. Era la primera vez que alguien se interesaba por él y, cuando Richard le propuso afiliarse al Partido Social Francés, Vancelle aceptó sin dudar.

En las semanas siguientes descubrió que el partido estaba dividido en grupos, secciones y comités estrictamente jerarquizados. Los responsables de cada escalafón eran elegidos por las bases, pero era el presidente del partido quien debía confirmarlos. Si quería llegar a ser alguien en la organización tendría que esperar al menos cincuenta años.

A través de Richard, Vancelle entró en contacto con algunos miembros del disuelto movimiento «La Cruz de Fuego», jóvenes de su edad que solían acudir a manifestaciones del Partido Comunista para provocar altercados y forzar su disolución por las fuerzas del orden.

Fue gracias a sus correligionarios que Vancelle consiguió una colaboración en el diario fascista *Je suis partout*. Se trataba de una pequeña columna semanal, en la

que Vancelle utilizaba crímenes escabrosos, ocurridos recientemente, como pretexto para justificar la necesidad de una Francia fascista y antisemita. La línea editorial del diario preconizaba una ruptura de los vínculos con Inglaterra y la firma de una alianza con la Alemania nazi.

Ese día, sin embargo, Vancelle no tenía nada que hacer, así que decidió seguir a la muchacha. Ésta avanzó por la Rue Royale y se detuvo frente al restaurante *Maxim's*. Fingiendo que esperaba a alguien en la acera, Vancelle la observó con el rabillo del ojo. Deseó acercarse para hablarle, pero tenía la boca pastosa y las palabras se atropellaban en su mente.

La muchacha se arregló el pelo y entró en el restaurante. Desde la acera llena de gente, Vancelle la vio caminar hacia una mesa. Un hombre bien vestido y de ademanes seguros se levantó al verla.

Vancelle los observó fijamente, sin reparar en que estaba clavándose las uñas en el antebrazo. Presa de los celos, juró que un día mataría a aquel hombre.

Víctor del Monte observó la decoración modernista del restaurante *Maxim's*. Pájaros, libélulas y mariposas se alternaban con hojas de castaño en unos decorados sensuales y curvilíneos.

El mayor espectáculo de *Maxim's*, sin embargo, eran las personas. Además de las cortesanas que el restaurante contrataba para atraer a una clientela adinerada, resultaba habitual encontrar entre sus muros a las mayores fortunas de Francia, junto a personajes influyentes del mundo político y cultural.

Con su ropa elegante, sus manos delicadas y sus gestos decididos, Víctor del Monte pasaba desapercibido entre la élite parisina. Su sastrería era el mejor de la capital, y tenía alquilada una habitación en el hotel Meurice, uno de los más caros de París.

Nadie habría pensado que, dos décadas atrás, Víctor del Monte había pasado hambre en un pequeño pueblo de Andalucía. Tras el cierre de las minas de plomo en las que trabajaba su padre, la familia se había desplazado a Cataluña para buscar trabajo en el campo.

Víctor recordaba especialmente el otoño de 1922. En espera de que las uvas acabasen de madurar, su padre había custodiado las viñas, mientras Víctor y su hermana ayudaban a su madre a remojar, en un arroyo, los cestos de mimbre que se utilizarían para transportar las uvas.

La vendimia era una actividad en la que participaban todos los miembros de una familia. Aunque los sueldos eran modestos, el trabajo se hacía al aire libre y el ambiente era distendido. A sus diez años, era la primera vez que Víctor acompañaba a los hombres en el trabajo, y la mirada de camaradería de su padre lo llenó de orgullo.

Víctor había recibido un cuchillo de mango nacarado para cortar los racimos, y se esforzó por seguir el ritmo de su padre en la vid opuesta. Cuando las cestas estaban llenas se volcaban en otras más grandes, que los hombres transportaban después a los lagares.

La vendimia duró varios días. Mientras se prensaba la uva, los hijos de los trabajadores podían entrar en el lagar y mojar trozos de pan en el mosto. Un día, una niña descarada, algo mayor que Víctor, le había robado su trozo de pan. Se llamaba Amalia, y si hubiese sido un muchacho Víctor le habría obligado a escupir su botín. Desde ese momento, había pensado día y noche en ella.

Cuando acabó la vendimia, el padre de Víctor se encargó de sacar el vino de la pila. Los niños tenían prohibido entrar en la bodega, pues era fácil marearse con el olor.

Mientras los hombres trabajaban en el lagar, las mujeres lavaban las cubas con agua hervida en hojas de nogal. Víctor, por su parte, se dedicó a pasear por los campos, acompañando a una pandilla de niños entre los que se encontraba Amalia. Fascinado, Víctor no había podido apartar su mirada de ella, pero no se había atrevido a dirigirle la palabra. Años más tarde se daría cuenta de que Amalia había

sido su primer amor, y tomó la determinación de que, si la ocasión volvía a presentarse, no se dejaría paralizar por el miedo.

A pesar de su desilusión amorosa, o tal vez por ella, Víctor del Monte recordaba aquel año itinerante de 1922, durmiendo en un pajar o bajo las estrellas, como el más feliz de su vida. Cuando llegó el invierno, su padre encontró empleo en un *vapor*, una fábrica textil de Sabadell, y la familia se estableció en una habitación puesta a disposición de los trabajadores, un agujero sin electricidad ni agua corriente en la calle Alemania, por la que su padre tenía que desembolsar la mitad de su sueldo.

Después de estudiar unos meses en un colegio regentado por los padres Salesianos, Víctor dejó la escuela para trabajar en la fábrica. A cambio de un sueldo ínfimo, limpiaba los rincones más pequeños de las máquinas y subía hasta la cima de las chimeneas, que solían obstruirse con frecuencia.

Las máquinas estaban dispuestas en paralelo, para utilizar la energía del vapor mediante un sistema de poleas y permitir el proceso de hilatura y tejido. Muchos de los artesanos locales se habían visto obligados a cerrar sus talleres y a buscar trabajo en los vapores. Ese hecho, unido a las insalubres condiciones de trabajo y al riesgo de sufrir accidentes, provocaba un ambiente enrarecido, muy distinto a la camaradería que reinaba durante la vendimia.

Víctor del Monte había descubierto su verdadera vocación en 1932, cuando el viento arrastró hasta sus pies, en la calle Industria, una entrada para un espectáculo del mago Bert Allerton en el Paralelo de Barcelona. Víctor tenía entonces veinte años, y tras observar la actuación del mago se dio cuenta de que aquel era el único oficio que quería desempeñar.

En los meses siguientes se dedicó a desentrañar los trucos de Bert Allerton y a repetirlos, a escondidas, cuando volvía del trabajo: el cigarrillo que desaparecía; la cuchara doblada con el esfuerzo de la mente; la flor que saltaba de una solapa a la otra, y el truco que más tiempo le llevó descifrar, en el que un espectador escogía cuatro cartas y el mago, sin haberlas visto, las identificaba después en la baraja.

La primera oportunidad de poner a prueba sus habilidades se la dio el dueño de un restaurante obrero situado en la calle Cervantes de Sabadell. Aunque su única recompensa era una cena caliente, Víctor aprendió en esos meses qué trucos le gustaban al público y cuáles era más conveniente utilizar según la audiencia, la luz y el espacio disponible. Uno de los clientes del restaurante era taquillero en el teatro de variedades *Le petit moulin rouge*, el cabaré más frecuentado de Barcelona en esos días, y a cambio de unos reales le propuso a Víctor una audiencia con el propietario del teatro.

Con las manos sudorosas, Víctor del Monte le hizo al empresario una demostración de sus trucos. Tras ejecutar varios números, algunos inspirados en el repertorio de Bert Allerton y otros de invención propia, el hombre le ofreció un intermedio de cinco minutos entre las actuaciones de las vedettes Condesita Zoe y Lola Montiel.

Unos meses después, gracias a la buena acogida del público barcelonés, Víctor del Monte obtuvo un contrato para realizar una actuación diaria en *Le petit moulin*

rouge. Fue entonces cuando adoptó el nombre de «El Gran Dumont» y empezó a vestirse con una capa de raso rojo, que le proporcionaba tintes demoníacos y facilitaba la autosugestión del público.

Cuando se desencadenó la guerra civil en España y el ejército franquista alcanzó las puertas de Barcelona, «El Gran Dumont» decidió emigrar a París.

El *Moulin Rouge* y el *Folies Bergère* estaban lejos de su alcance, pero a través de un amigo espiritista consiguió un espectáculo diario en el cabaré *Le chat noir*, un lugar que, según el ocultista Fulcanelli, poseía una gran importancia esotérica.

Situado al pie de la colina de Montmartre, el cabaré había conocido tiempos mejores, pero era todavía un lugar de encuentro y bohemia para las personalidades más excéntricas de París. Desde que pisó su escenario, «El Gran Dumont» se sintió inundado de energía y tuvo el convencimiento de que, mientras trabajara en *Le chat noir*, nada malo podría sucederle. Habían transcurrido unos meses desde su llegada a París, y la realidad estaba confirmando su profecía.

Víctor del Monte llamó al camarero de *Maxim's* y le pidió una ensalada de langosta, un filete de pavo con salsa Périgueux y una botella de Chateau Latour del año 1925. Mientras esperaba, encendió un cigarrillo y vio que Camille acababa de entrar en el restaurante.

La muchacha observó las diferentes mesas y sonrió al reconocer a Víctor del Monte al fondo del local. Estaba especialmente atractiva, y tenía un aspecto frágil que le recordó un poco a Amalia. «El Gran Dumont» no se engañaba sobre las intenciones de la muchacha, pero odiaba estar solo y pensaba que, cuando se trataba de mujeres, siempre se acababa pagando.

Víctor del Monte le invitó a sentarse, y Camille le ofreció una sonrisa seductora, mezcla de rechazo e invitación. «El Gran Dumont» acercó sus manos al pelo de la muchacha y le enseñó una rosa blanca que había lucido segundos antes en su solapa. Era un truco sencillo, pero resultaba siempre efectivo.

La mujer olió la rosa con lentitud, y «El Gran Dumont» acarició su mano. Gracias a su ingenio había conseguido abandonar la fábrica de Sabadell para rodearse de belleza, elegancia, dinero. Lástima que sus padres no pudiesen verlo en ese momento.

Mathilde Friedberg avanzó por la Rue de Rivoli con pasos cansados. Estaba harta de permanecer tumbada en la cama, leyendo periódicos del día anterior y viendo el mismo pedazo de cielo a través de la ventana. Al salir a la calle estaba contraviniendo las órdenes de su médico, pero no le quedaba otra alternativa.

Desde su llegada a Francia, seis meses atrás, Erik y Mathilde vivían en el barrio del Marais, en una pensión regentada por una pintora vienesa que había huido de Austria tras la anexión alemana.

Sus primeras semanas en París habían sido espléndidas. Aunque la guerra con Alemania parecía inminente, nadie despreciaba a Erik por el simple hecho de ser judío. Mathilde había estado varias veces en París, pero la presencia de su marido le había ayudado a redescubrir la ciudad.

Habían paseado juntos por los grandes bulevares, las calles estrechas de Montmartre y las plazas de Montparnasse. Lo mejor de París era que se podía disfrutar de la ciudad sin apenas gastar dinero. Los parques y las avenidas eran inmensos teatros gratuitos, y uno podía sentarse en una terraza y disfrutar de la vista, durante horas, por el precio de un café.

Aquellos primeros días en París fueron su verdadera luna de miel. Después de su boda habían regresado a Lübben, la localidad próxima al bosque de Spreewald donde se habían besado por primera vez, pero hacía un tiempo pésimo y tuvieron que pasar el día encerrados en un café.

Unas semanas después de su llegada a París, Mathilde empezó a padecer jaquecas y visión borrosa. Un médico le diagnosticó que tenía la presión arterial demasiado alta, lo cual podría dificultar el flujo de sangre a la placenta. Para no poner en peligro la salud del bebé, el médico le aconsejó que guardase reposo absoluto hasta la fecha del parto.

Mathilde avanzó lentamente por la Rue de Rivoli. Tenía las piernas hinchadas y le dolía la espalda, pero la brisa primaveral le ayudó a continuar. Pasó delante del hotel Meurice, donde se había alojado en sus anteriores visitas a París. Su padre reservaba siempre la misma suite, con vistas al jardín de las Tullerías, y los empleados los trataban como si fuesen miembros de la realeza. Con las propinas que su padre repartía en un día en el Meurice Mathilde habría podido pagar durante una semana su habitación en el Marais.

Una gitana vestida enteramente de negro, cuya falda rozaba el suelo, se interpuso en el camino de Mathilde. Antes de que pudiese evitarlo, la mujer cogió su mano derecha y examinó sus líneas. Mathilde permaneció paralizada durante unos instantes. Percibió el mal aliento de la mujer y la dureza de sus manos. La gitana profetizó que tendría una niña y estuvo a punto de añadir algo, pero permaneció callada.

Mathilde aprovechó su silencio para liberar su mano y se alejó por la acera. ¿Había tenido la gitana un mal presagio? Estuvo a punto de dar la vuelta para preguntarle, pero decidió proseguir su camino. Lo último que necesitaba en ese

momento eran malos augurios.

Se detuvo frente a una joyería próxima al hotel Meurice, que había visitado varias veces con su madre. Los cortinajes rojos, a ambos lados de la puerta, evocaban un escenario teatral. Mathilde observó el escaparate y recordó los tiempos en que su padre le regalaba cualquier objeto por el que hubiese mostrado el más mínimo interés. Echaba de menos la sensación de vivir entre algodones, pero no se consideraba maltratada por la vida. Había tomado la decisión de casarse con Erik, y el dinero de su padre no le pertenecía. Lo poco que poseía lo había ganado con su propio esfuerzo y, en cierto modo, se sentía más libre que antes.

Respiró hondamente y entró en la joyería. El lugar no había cambiado desde su última visita, pero las vitrinas parecían más recargadas. Mathilde rodeó a un cliente que admiraba un collar, expuesto en un busto, y se dirigió hacia el joyero que le había atendido varias veces en los últimos años.

—Cuánto tiempo, Jules. ¿Cómo está?

El hombre se atusó el bigote y observó la ropa gastada de Mathilde. Su mueca de desagrado le hizo ver que la había reconocido.

—¿En qué puedo ayudarle?

Mathilde sacó de su bolso el brazalete de su madre y lo dejó sobre la vitrina. Aquella joya representaba el último vínculo con su familia, pero necesitaban el dinero para sobrevivir en los próximos meses. Cuando el bebé naciese Mathilde buscaría un trabajo, y podrían trasladarse a un apartamento.

—Me gustaría vender esta joya.

El joyero examinó el brazalete con detenimiento. Aparentando desinterés, volvió a dejarlo sobre el mostrador.

—Lo máximo que puedo ofrecerle son cinco mil francos.

Mathilde miró al dependiente con estupor. *Cinco mil francos*. Aquella pulsera valía al menos cien mil.

—Pero son diamantes auténticos.

—Muchos judíos intentan vender sus joyas para huir de Europa —explicó el hombre con indiferencia—. La oferta es muy superior a la demanda, y eso hace bajar el precio.

Mathilde estaba a punto de aceptar el trato cuando vio acercarse al cliente que había estado examinando un collar. Llevaba una capa de color negro y daba la impresión de caminar sin tocar el suelo, como un fantasma de otra época.

—¿Me permite ver el brazalete?

Mathilde asintió, y el hombre observó la pulsera a contraluz.

—¿Cuánto pide por ella?

—Diez mil francos —se apresuró a decir Mathilde.

El rostro del joyero se enrojeció.

—En deferencia a una antigua cliente, podría igualar esa suma...

Sin mirar al joyero, Mathilde le tendió el brazalete al hombre de la capa negra. Éste sacó su cartera del bolsillo, contó diez billetes de mil francos y se los entregó.

Cuando salió a la calle, Mathilde miró hacia los lados temiendo encontrarse a la gitana, pero comprobó con alivio que se había marchado. Caminó hacia la pensión

con el bolso muy pegado al pecho. En esos días los robos eran frecuentes en París, y aquellos diez mil francos constituían toda su fortuna.

Al cruzar la Rue de Rive, se percató de que un hombre la observaba desde la acera opuesta. Vestía un traje gris, y su rostro estaba velado por un sombrero de fieltro. Su aspecto le resultaba familiar, y Mathilde recordó haberse cruzado con él al salir de la pensión.

Mathilde aceleró el paso y observó, de refilón, que el hombre la seguía. Cada vez cambiaba de acera, el desconocido lo hacía también.

Llegó a la pensión sin aire en los pulmones y subió las escaleras. Al entrar en la habitación, comprobó que Erik todavía no había regresado de su paseo. ¿Dónde demonios se había metido?

Mientras bloqueaba la puerta con una silla, Mathilde sintió un pinchazo en el vientre, que se convirtió en un dolor impreciso en el abdomen. Se dejó caer en la cama y tuvo el presentimiento de que algo iba mal con el bebé. Faltaban cuatro semanas para el nacimiento del niño, y ese dolor no auguraba nada bueno.

Se levantó con dificultad y se acercó a la ventana. Afortunadamente, el hombre que la había seguido no estaba en la acera. Cogió un periódico de la mesilla, pero volvió a dejarlo en su sitio instantes después. ¿Por qué tardaba tanto Erik? ¿Se habría encontrado con el hombre del traje gris?

Arregló los almohadones y se tumbó en la cama para observar el fragmento de cielo que tan bien conocía. Unos pasos resonaron en el pasillo. Si se trataba de Erik, no tardaría en abrir la puerta con su llave. La respiración de Mathilde se aceleró a medida que pasaban los segundos sin que nada sucediese. *¿Y si el hombre que la seguía trabajaba para la Gestapo?*

Erik no había imaginado que la vida en Francia sería tan difícil. La marea de inmigrantes y refugiados extranjeros había favorecido el ascenso de los partidos de extrema derecha y avivado el antisemitismo. En esas circunstancias, resultaba casi imposible para un judío alemán encontrar trabajo en Francia.

La población de París inundaba cafés y teatros, y el ambiente en las calles era febril. El gobierno francés acababa de garantizar su apoyo a Polonia en caso de que fuese agredida por Alemania. Conscientes de que la guerra era inevitable, los parisinos se comportaban como un condenado que apurase sus últimas horas de vida.

Erik sabía que en París no estaban seguros. Si los alemanes invadían Francia, su condición de refugiados les causaría problemas. Todas las mañanas hacía cola frente a la embajada de Canadá, pero las puertas se cerraban inevitablemente antes de que le llegase el turno. Al día siguiente, las colas eran siempre más largas.

Su ánimo era especialmente sombrío esa mañana. Había discutido con Mathilde y se sentía culpable. Su mujer llevaba varias semanas recluida en la pensión y tenía que soportar un embarazo difícil. Era su condición de judío la que los había llevado a esa situación.

Erik observó la superficie del Sena, que arrastraba desperdicios y ramas de árboles. A pocos pasos se encontraba la solución a todos sus problemas. Liberada de él, Mathilde podría regresar a Alemania y sería acogida por su familia. El barón von Eisler utilizaría sus influencias para borrar cualquier rastro de su matrimonio, y el bebé sería considerado plenamente ario.

Durante unos segundos se dejó tentar por la atracción del agua. Un pequeño salto y se liberaría de aquella losa. Pero no podía dejar a Mathilde sola. Habían superado juntos muchos sinsabores y, si se rendía ahora, el padre de Mathilde habría ganado la partida.

Le vino a la mente un encuentro con el barón von Eisler en 1934, poco después de conocer a Mathilde. Había transcurrido una semana desde su despido de Schauspielhaus, y Erik era consciente de que sería casi imposible encontrar otro trabajo. Los grandes teatros no contrataban a actores judíos, y los teatros independientes apenas tenían recursos para mantener sus puertas abiertas.

En aquella época, Erik pensaba que los nazis no seguirían eternamente en el poder y que algún día recuperaría su trabajo en Schauspielhaus. Gabriel, su hermano pequeño, era menos optimista. Se había exiliado a Noruega en 1933, y en sus cartas le recomendaba a Erik que emigrase con su padre a Bergen, un antiguo enclave de la Liga Hanseática en la costa suroeste de Noruega. Rodeada de montañas y con un clima benigno gracias a la corriente del Golfo, Bergen contaba con una comunidad judía de varios cientos de personas, un número que su hermano consideraba demasiado pequeño para llegar a inquietar algún día a los nazis.

La religión judía de Erik y su amistad con numerosos intelectuales de izquierdas lo convertían en un candidato ideal a la persecución nazi. Corría el año 1934, y Erik

era consciente de que debía marcharse de Alemania. El problema era que, acostumbrado al ajetreo de Berlín, en Bergen se moriría de aburrimiento. Viena era una posibilidad, pero estaba demasiado cerca de Alemania para representar un refugio seguro. Y su conocimiento del francés le impediría subir a un escenario en París.

Aquella tarde de 1934, Erik había escuchado unos golpes en la puerta de su apartamento y fue a abrir, creyendo que sería Mathilde. El barón von Eisler, enfundado en un pañuelo de seda escarlata, entró en el apartamento sin decir una palabra. Se quedó de pie en el pasillo, apoyado en su bastón coronado por la cabeza de un águila.

—Su madre fue una gran actriz —dijo Manfred von Eisler, cuyos rasgos guardaban un gran parecido con los de Mathilde—. La vi actuar una vez en el Deutsches Theater.

Erik levantó la cabeza hacia el retrato autografiado de Lil Stephanus que colgaba de la pared.

—Los tiempos han cambiado mucho desde que murió su madre —añadió el barón von Eisler, con las dos manos apoyadas en su bastón.

Erik comprendió la amenaza implícita en sus palabras. Unos meses atrás había entrado en vigor la «Primera Definición Racial». Un ciudadano era considerado judío si uno de sus padres o abuelos pertenecía a esa religión, en cuyo caso tenía vetado ocupar un cargo público. Los únicos que escapaban a esa prohibición eran quienes habían ocupado su puesto desde antes de 1914, habían combatido en la Primera Guerra Mundial o perdido un padre o un hijo en esa contienda.

—Con una simple llamada podría hacer que acabe en un campo de concentración, pero he decidido ser generoso —añadió el barón von Eisler—. Estoy dispuesto a pagarle mil marcos si no vuelve a ver a mi hija.

Erik observó al hombre fijamente. Para evitar un conflicto con Mathilde, el barón von Eisler quería hacerle creer que la separación había sido iniciativa de Erik.

—¿Y si no acepto su propuesta?

—Con los tiempos que se avecinan no le interesa tenerme como enemigo. Piense en su padre.

El barón von Eisler sacó un talonario de cheques y escribió en él la cifra de mil marcos. Dejó el cheque encima de la mesa y abandonó el apartamento.

Al día siguiente, Erik se encontró con Mathilde en Halensee, cerca del *Luna Park*. El parque de atracciones había cerrado sus puertas unos meses atrás, a la espera de su inminente demolición para permitir la apertura de una avenida entre el Estadio Olímpico y la Torre de Comunicaciones.

Erik recordaba haber visitado el *Luna Park* muchos años atrás, con su hermano y su padre. Se acordaba del tobogán que concluía en el lago, y también del restaurante, cuyas torres dominaban el recinto. Lo que más le había impresionado, sin embargo, eran las escaleras mecánicas y los fuegos artificiales al atardecer.

Varias golondrinas levantaron el vuelo desde un cable telefónico y descendieron en picado hacia el estanque, cerca del banco donde Erik y Mathilde estaban sentados. Él había pasado varias horas ensayando su conversación con

Mathilde, pero no sabía por dónde empezar; y cuanto más tardase, más le costaría hacerlo.

—Creo que es mejor que no nos veamos durante una temporada...

El cuerpo de Mathilde se tensó como un arco.

—¿Por qué dices eso? ¿Te has cansado de mí?

—No es eso.

—¿Tiene mi padre algo que ver?

Erik tardó unos segundos en decir que no. Demasiados para apartar la incertidumbre de la mente de Mathilde.

—Acabo de perder mi trabajo, y tú estás acostumbrada a un estilo de vida que no puedo ofrecerte.

Mathilde se levantó, y Erik vio que estaba llorando. La mujer se enjugó las lágrimas con la manga del abrigo y se alejó por el sendero de gravilla.

Erik permaneció durante un rato sentado en el banco, observando las golondrinas que dibujaban círculos en el cielo. Unos minutos después, se levantó y enfiló el camino por el que se había alejado Mathilde.

Llevaba un rato sin cambiar de postura y se le había dormido un pie. Entró en un café y pidió un vaso de *Schnapps*, que bebió de un trago. Con el estómago caliente, decidió regresar a casa.

Las calles de Berlín le parecieron tristes y sin vida. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo importante que era Mathilde para él, y la posibilidad de que desapareciese de su vida le pareció insoportable.

Abrió la puerta de su apartamento y dejó las llaves sobre la mesa del comedor. El cheque del barón von Eisler seguía en el mismo sitio que el día anterior. Erik lo rompió y quemó los pedazos con una cerilla.

Después se dejó caer en el sofá y cerró los párpados. Recordó una conversación con su padre, a los quince años, sobre el significado de ser judío. Para Joel Friedberg el judaísmo era un estado de ánimo, una ética más que una religión. Como sus padres y abuelos antes que él, consideraba primordial integrarse en la sociedad alemana. ¿Y todo para qué? La gente como el barón von Eisler seguía mandando en Alemania. Y lo seguiría haciendo durante generaciones.

Erik se despertó con el sonido del timbre. Había dormido durante una hora, y el aguardiente le había dejado un incipiente dolor de cabeza. Se levantó del sofá y caminó hacia la puerta. Tal vez fuese el maldito propietario, que lo acosaba desde hacía semanas para que se mudara del piso. Erik abrió la puerta y, para su sorpresa, vio a Mathilde en el rellano de la escalera.

Sin decir una palabra, ella se lanzó en sus brazos y lo besó.

París, 1939

El tercer secretario de la Embajada Alemana se detuvo en la calle Pavée, frente a la sinagoga modernista. En las últimas semanas había visitado frecuentemente el barrio de Pletzl, en el corazón del Marais, para obtener los nombres y direcciones de ciudadanos judíos residentes en París. Alrededor de la calle des Rosiers vivían miles de ellos, llegados mayoritariamente del este de Europa a partir de 1880. Y un buen número en los últimos seis años, procedentes de Alemania.

Antes de ser destinado a París, el diplomático había contribuido a preparar la invasión de los Sudetes, una región mayoritariamente alemana que ocupaba parte de Bohemia, Moravia y Silesia. El acuerdo de Munich, corroborado por Francia e Inglaterra en 1938, había permitido la anexión de los Sudetes por Alemania, y posteriormente el establecimiento de un régimen satélite en el resto de Checoslovaquia.

Desde el primer momento, las autoridades alemanas habían establecido oficinas de control en Checoslovaquia, con el objetivo de vigilar a la población e integrar a las industrias locales en el esfuerzo de guerra alemán. La producción de bienes de consumo se dedicó al abastecimiento de la *Wehrmacht*, y la Gestapo extendió sus redes sobre políticos, intelectuales y judíos. Especialmente sobre aquellos que habían emigrado de Alemania tras la llegada de Hitler al poder.

En premio a su eficacia, el diplomático ocupaba desde hacía cuatro meses la plaza de tercer secretario de la Embajada Alemana en París, cubriendo la vacante dejada por el asesinato de Ernst vom Rath a manos de un judío polaco, un suceso que había desencadenado en Alemania los disturbios de la *Noche de los Cristales Rotos*.

La proximidad del río Sena le trajo olores familiares. En su juventud había sido miembro del Club Juvenil de Remo de Oberschöneweide, a orillas del río Spree. Berlín, surcada por varios ríos y rodeada de numerosos lagos, era una ciudad ideal para la práctica de ese deporte.

En 1930 había ingresado en las Juventudes Hitlerianas, la organización paramilitar del Partido Nazi que adiestraba a jóvenes de entre 14 y 18 años, destinados a engrosar posteriormente las filas de la *Sturmabteilung* y las *Schutzstaffeln*. Las Juventudes Hitlerianas habían adoptado algunas ideas del movimiento *boy scout*, pero sus actividades incluían entrenamientos de naturaleza militar, y se toleraba la crueldad entre los reclutas.

Aunque había disfrutado de sus años en las Juventudes Hitlerianas, los mejores momentos de su adolescencia los había pasado en el Club de Remo de Oberschöneweide. Recordó las excursiones de fin de semana, acampando con sus camaradas a orillas de un lago. A partir de 1932 había empezado a entrenar de forma sistemática, y muchos de los ejercicios de remo se realizaban en una embarcación fuera del agua. La camaradería desapareció y, con ella, la diversión. Sus esfuerzos le

permitieron calificarse para participar en los Juegos Olímpicos de Berlín, pero una lesión en la rodilla, en la primavera de 1936, lo alejó de su sueño de obtener una medalla.

El diplomático se detuvo frente a la pensión en la que se alojaba el matrimonio Friedberg. Según el informe que había enviado a Berlín unos días antes, la propietaria de la pensión había huido de Viena en 1933 y simpatizaba con el Partido Comunista. La mujer era todavía joven, pero la reciente anexión de Austria por Alemania y los rumores sobre la proximidad de la guerra habían encanecido su pelo.

El hombre se ajustó el sombrero y entró en la pensión. Le preguntó a la dueña cuál era la habitación de los Friedberg, pero ésta se negó a responder. El diplomático sacó entonces una libreta de su bolsillo y leyó en voz alta la fecha de nacimiento de la mujer, así como la dirección de Viena en la que vivían sus padres. Temblando de miedo, la dueña de la pensión le explicó que los Friedberg ocupaban la segunda habitación en el piso superior.

El hombre subió las escaleras y se acercó a la puerta. Tuvo que llamar dos veces hasta que Mathilde Friedberg le abrió. Había engordado varios kilos y tenía la tez muy pálida, pero no pudo evitar un estremecimiento al verla.

—Dieter... ¿qué haces aquí?

Él se sacó el sombrero que había velado su rostro en la Rue de Rivoli y cerró la puerta tras de sí.

—Trabajo en la Embajada Alemana.

Aunque había perdido algo de pelo en las sienes, Dieter apenas había cambiado. Mathilde no pudo evitar pensar en cómo habría sido su vida de haberse casado con él.

—¿A qué has venido?

—Mi trabajo consiste en localizar a los judíos alemanes en París. El nombre de tu marido está en esa lista.

Las manos de Mathilde empezaron a temblar.

—Si quieres volver a Alemania puedo ayudarte —añadió él—. Las cosas van a complicarse para los judíos cuando empieza la guerra.

Dieter avanzó unos pasos hacia Mathilde y recordó el día en que habían celebrado su *boda* en la cabaña que habían construido juntos. Gretchen casi había sufrido un infarto al ver que Mathilde había tomado prestado, para la ocasión, el velo de novia de su madre.

—En los últimos años he pensado mucho en ti. Estoy dispuesto a perdonarlo todo; le daré mi apellido a tu hijo.

—Mi hijo ya tiene un padre, y no necesito que me perdones nada.

Dieter se asomó a la ventana y observó la fachada de una charcutería, cuyo nombre estaba escrito en *yiddish*. A continuación introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta, y Mathilde temió que extrajese una pistola para convencerla.

—¿Te ha enviado mi padre? —preguntó ella, desafiante.

—Tu padre no tiene nada que ver con esto. Quiero que seas feliz, aunque no sea conmigo.

En lugar de una pistola, Dieter extrajo un sobre del bolsillo y lo dejó encima de

la cama. A continuación, abandonó el cuarto.

Mathilde se sentó en la cama y rasgó el sobre. En su interior había dos pasaportes belgas a nombre de Erik y Mathilde Dehaene, y sendos pasajes en el vapor *Liberté*, que zarparía de Marsella en unos días con destino a Buenos Aires.

Mathilde se asomó a la ventana y observó a Dieter, inmóvil en la acera. Sus miradas se cruzaron unos instantes y, antes de que él se marchara, Mathilde tuvo la impresión de que toda su infancia desfilaba frente a ella: percibió las manos agrietadas de Gretchen sobre su rostro; la fuerza de los brazos de su padre mientras la sentaba en sus hombros; los ojos llenos de luz de Dieter durante su primer beso. Pensó con tristeza en las cosas que había perdido, en las personas que habían desaparecido para siempre de su vida, y se dijo que era injusto poder vivir sólo una vez.

Le vino a la mente la tarde del año 1934 en la que, al regresar a la mansión de Französische Strasse, su padre la había llamado al salón. Había acontecido unas semanas después de conocer a Erik. Su padre estaba sentado en el sillón con vistas a la terraza y sostenía en la mano una copa de licor.

—Siéntate, Mathilde. Tenemos que hablar.

El barón von Eisler bebió un trago de su coñac favorito.

—El mes que viene hará dos años de tu compromiso con Dieter. Tu madre y yo creemos que ha llegado el momento de fijar la fecha de vuestra boda.

Mathilde permaneció en silencio. No estaba preparada para casarse, pero aún menos para oponerse a su padre. Él siempre sabía lo que era conveniente para los demás.

—Dieter y sus padres vendrán mañana a comer —añadió el barón von Eisler—. Si estás de acuerdo, fijaremos la fecha de vuestra boda para dentro de un mes.

Mathilde estuvo a punto de decirle que no quería a Dieter, que se sentía asfixiada por la prisión dorada en la que vivía, pero permaneció callada. Su padre le sonrió, sostuvo su cabeza con ambas manos y, como solía hacer cuando era niña, la besó en la frente.

A la mañana siguiente, Gretchen abrió las cortinas de la habitación de Mathilde para dejar entrar el sol. Sabía que la muchacha llevaba un rato despierta, aunque fingiese estar dormida.

Gretchen se sentó en el borde de la cama, y Mathilde reconoció el olor del cuerpo que la había acunado y visto crecer. Gretchen había nacido en Garmisch y apenas sabía leer. Tras la muerte de su madre tuvo que dejar la escuela para hacerse cargo de sus cuatro hermanos pequeños. A los quince años había entrado a servir en casa de los tíos de Mathilde, en Munich, y por recomendación de éstos se trasladó a Berlín para trabajar en Französische Strasse.

Gretchen era la persona que mejor conocía a Mathilde, la única que podía entrar en su habitación sin llamar a la puerta. Cuando Mathilde había enfermado de tifus, a los nueve años, su madre le había visitado una sola vez, con un pañuelo en la boca. Gretchen había permanecido junto a ella, día y noche, durante toda su convalecencia.

Gretchen parecía no haber sido nunca joven. No se había casado y, por lo que

Mathilde sabía, ni siquiera había tenido un novio. Los jueves, durante su tarde de descanso, iba al cine Península a ver películas en sesión continua, pero regresaba a casa antes de las siete para bañar y acostar a su protegida. Mathilde era toda su vida.

—¿Qué voy a hacer, Gretchen?

La mujer acarició el pelo de Mathilde, pero no dijo nada. Dieter era un joven apuesto, y lo había visto jugar con Mathilde desde que eran niños. El barón von Eisler quería más que nadie ese matrimonio, pero a Gretchen eso no le importaba. Lo único que contaba para ella era la felicidad de Mathilde.

—Mi abuela solía decir que se puede engañar a todo el mundo, pero no a uno mismo.

Mathilde leyó la ternura que desprendían sus ojos, y tuvo la certeza de que Gretchen habría saltado delante de un tren en marcha para protegerla. Observó a través de la ventana el roble centenario, desde cuyas ramas Dieter y ella habían cazado los *monstruos* que vivían en el jardín. Ninguno de los dos habría debido crecer.

Cuando Gretchen la dejó sola, Mathilde se sentó frente al espejo. Pensó que había alcanzado la cima de su belleza y que, a partir de ese momento, ésta no haría sino declinar. Si se casaba con Dieter acabaría participando en una coreografía perfectamente orquestada para ella. Igual que su madre. No estaba segura de qué quería hacer con su vida, pero sabía lo que *no* quería. Por otro lado, sus padres la habían acostumbrado desde niña a la satisfacción de todos sus caprichos. ¿Sería feliz sin dinero? ¿Qué pasaría si Erik se cansaba un día de ella?

Se puso un vestido de gasa violeta, que su padre había comprado para ella durante su último viaje a París, y bajó al salón para recibir a los invitados.

Dieter y sus padres llegaron exactamente a la hora prevista. El barón von Eisler guió a su futuro consuegro hacia el cenador, para fumar un habano y charlar sobre su proyecto inmobiliario. Su esposa fue a enseñarle a la madre de Dieter las rosas que había plantado junto a la terraza.

Mathilde y Dieter entraron en el salón y se sentaron en el sofá, de cara al jardín. El viento balanceaba ligeramente el columpio con el que habían jugado tantas veces de niños. Mathilde oyó hablar a Dieter, sin prestar atención a lo que decía. Éste había solicitado un cargo en la Embajada Alemana en Roma, y gracias a los contactos de su familia estaba seguro de obtenerlo. Los gestos de Dieter se habían vuelto más secos y seguros desde su ingreso en las SS. El pragmatismo, una de las divisas de las *Schutzstaffel*, era exactamente lo contrario de lo que Mathilde quería en su vida.

—No puedo casarme contigo —balbuceó Mathilde, incapaz de controlar el temblor en su voz.

Dieter la miró con desconcierto.

—Si no quieres vivir en Roma puedo solicitar un puesto en otra embajada. También podemos quedarnos en Berlín.

Mathilde pensó que, al igual que su abuelo, un general prusiano fallecido durante la guerra de 1914, Dieter poseía unas dotes de mando que invitaban a seguirlo a través de ríos helados y trincheras llenas de barro. Pero no hasta el altar.

—Nos conocemos demasiado —dijo ella, buscando las palabras adecuadas para

no herirlo—. Nuestra vida sería demasiado previsible.

—Creía que estabas de acuerdo con la boda.

Mathilde acarició la mejilla de Dieter. Después abrió la puerta de la terraza, pasó delante de las dos mujeres que admiraban las rosas y salió a la calle.

Aunque su vestido de gasa no era el más adecuado para la estación, no sintió frío. No llevaba dinero para tomar un taxi y sus zapatos eran incómodos, pero no se arredró por ello. Por primera vez en su vida se sentía libre.

Caminó hacia la casa de Erik y, a medida que se acercaba, las dudas empezaron a asaltar su mente. Pasara lo que pasara no se casaría con Dieter. Su padre no se lo perdonaría, pero era la única decisión posible. *Podía engañar a todo el mundo, pero no a sí misma.*

El apartamento de Erik estaba situado en una de las alas del palacio Bellevue. El cuerpo central del edificio neoclásico, antigua residencia de los príncipes de Prusia, estaba ocupado por el Museo Etnográfico, mientras que las alas laterales albergaban viviendas de alquiler. El gobierno había expresado repetidamente su voluntad de expulsar a los inquilinos, a fin de devolver al palacio su antiguo esplendor.

Mathilde subió por las escaleras y llamó a la puerta. Esperó durante una eternidad, con su corazón latiendo de forma desbocada. El rostro de Erik, al abrir la puerta, demostraba que Mathilde era la última persona que esperaba encontrarse.

—He anulado mi compromiso con Dieter. No voy a casarme con él.

Erik le franqueó el paso. No se había afeitado esa mañana y tenía un aspecto desaliñado.

—¿Y qué piensa tu padre de ello?

Mathilde no iba a permitir que su padre volviese a decidir por ella. Nunca más. Con manos temblorosas dejó caer su vestido; a continuación, la combinación de encaje.

—¿Estás segura de lo que haces?

Era la primera vez que Mathilde se desnudaba delante de un hombre, y tenía la impresión de encontrarse al borde de un precipicio. Recordó el escándalo provocado por el embarazo de una compañera en la universidad y la forma en que ésta había sido estigmatizada. El sexo le inspiraba curiosidad, pero, sobre todo, miedo y aprensión.

Erik observó el cuerpo desnudo de Mathilde durante unos segundos. Se acercó lentamente a ella y la besó en el cuello. Con delicadeza, la llevó en volandas hasta la cama. A partir de ese momento, ninguno de los dos podría dar marcha atrás.

Camille Fontaine miró en dirección a la calle y comprobó, con disgusto, que el hombre seguía esperando frente a la puerta de *Maxim's*. Su rostro le resultaba vagamente familiar, pero no sabía de qué.

Víctor del Monte había quedado en ir a buscarla al restaurante, pero Camille tenía una premonición. No era la primera vez que uno de sus admiradores la dejaba tirada. Cuando obtenían lo que querían, los hombres tendían a olvidarse de sus promesas y la trataban como si fuese un trozo de pan del día anterior.

En los últimos años Camille se había ganado la vida posando desnuda en Montmartre, pero los pintores solían disponer de poco dinero y, en ocasiones, lo único que recibía en pago era una comida caliente. A veces proporcionaba otros favores, pero no se consideraba por ello una prostituta. Por lo menos, no más que otras mujeres que se casaban, también por dinero, con la bendición de la iglesia.

Camille había nacido en Saint-Cloud, en las inmediaciones de París. La vivienda familiar estaba situada encima del prostíbulo que regentaba su padre, y la escasa distancia que separaba los dos lugares había hecho imposible aislarlos completamente. De niña había visto y oído más cosas de las que habría deseado. Las mujeres que trabajaban en el burdel eran cariñosas con ella. Quizá porque su madre, que había muerto de sífilis cuando Camille tenía siete años, había sido una de ellas.

Su padre le pegaba frecuentemente, y Camille creció odiándose a sí misma y pensando que merecía su existencia miserable. A los dieciocho años se escapó de casa y encontró un trabajo como vendedora en las galerías *Printemps*, en el Boulevard Haussmann. El sueldo era modesto, pero le permitía pagar la pensión y obtener descuentos en los vestidos que alimentaban su sueño de que un hombre rico se encaprichara de ella y le ofreciese la vida que creía merecer.

Camille vio entrar a Víctor del Monte en el restaurante y respiró con alivio. Se alegraba de comprobar que seguía interesado en ella y, sobre todo, de no tener que abandonar *Maxim's* en solitario. Al entrar en el restaurante, la mirada de Camille se había cruzado con la del hombre que la seguía. Sus ojos eran burlones y carentes de vida.

—¿Por qué no vamos directamente al hotel? —propuso ella, deseosa de librarse de la mirada de Félix Vancelle.

—¿No quieres que cenemos antes?

Camille tenía hambre, pero sentía la mirada pegajosa del hombre, fija en ella.

—Podemos comer algo en la habitación.

Víctor del Monte le ayudó a ponerse el abrigo y caminaron hacia la parada de taxis. Al pasar junto al hombre de la mirada burlona, Camille percibió sus ojos llenos de odio. La mujer sintió que le faltaba el aire y se agarró con fuerza al brazo de su amante.

Una vez en el coche, Camille abrió la ventana para poder respirar y oyó la voz de Víctor, como un eco lejano, que le pedía al taxista que los llevara al hotel Meurice.

Camille movió un brazo para buscar el cuerpo de Víctor del Monte, pero descubrió que estaba sola. El reloj situado en la mesilla marcaba las diez de la mañana. Hacía años que no dormía tanto.

Al lado de la cama había una mesa portátil con un servicio de desayuno. Camille se levantó y abrió el caparazón metálico. En su interior había un juego de café y varios *croissants*, junto a pequeños tarros de mermelada con etiquetas en inglés.

Entró en el cuarto de baño y se arregló el pelo. Después se puso un albornoz blanco, con las iniciales del hotel, y se sentó a desayunar mientras observaba el jardín de las Tullerías. Aquel era uno de los privilegios de su vida de cortesana.

Al coger la servilleta vio que había algo entre sus pliegues. Se trataba de un brazalete, y Camille había lucido suficientes joyas falsas para saber que aquellos diamantes eran auténticos. Se puso la pulsera en la muñeca derecha y se miró en el espejo. Era una joya magnífica, digna de una reina.

De repente sintió miedo. ¿Y si se trataba de un regalo de despedida? Abrió el armario de la habitación, pero la ropa de Víctor seguía colgada en él. Quizá se había marchado con la esperanza de que, al regresar, ella se hubiese ido. Le parecía extraño, sin embargo, que le hiciese un regalo tan caro si no deseaba volver a verla. Recordó su fogosidad la noche anterior y pensó que Víctor del Monte no parecía un hombre dispuesto a librarse de ella. Más bien lo contrario.

Para calmar su inquietud decidió darse un baño. Abrió el grifo de la bañera y vertió en él un frasco de champú, a fin de crear una montaña de espuma. El lujo de la habitación contrastaba con las alcobas del burdel de su padre, cuyas particiones no conseguían filtrar los ruidos del cuarto contiguo: cada habitación disponía de una escupidera, un espejo cuyo azogue absorbía la luz y un agujero que permitía a los curiosos, a cambio de unas monedas, observar lo que sucedía al otro lado.

Camille iba a entrar en la bañera cuando oyó que llamaban a la puerta, y se alegró de que Víctor hubiese regresado. Se ajustó el cinturón del albornoz, y con la pulsera puesta fue a abrir.

Delante de ella vio al hombre que había sido su sombra en los últimos días. Tenía los ojos inyectados de sangre, y Camille se dijo que tal vez lo había enviado su padre para obligarla a regresar a Saint-Cloud. De otra forma, ¿a qué había venido?

Sin darle tiempo a reaccionar, Vancelle le propinó un puñetazo que la hizo caer de espaldas. Camille gritó para pedir ayuda, pero el hombre se abalanzó sobre ella y le asestó más golpes. Camille intentó defenderse con los brazos, pero fue en vano. Vancelle le apretó el cuello con las manos y siguió haciéndolo hasta que la mujer dejó de respirar.

Tumbado al lado del cadáver, Félix Vancelle observó el techo estucado de la habitación. Su ira dejó paso a una vaga sensación de melancolía, y empezó a sollozar convulsivamente. Acarició el pelo rubio de Camille, cuyos ojos abiertos reflejaban el pavor del último instante, y se abrazó a ella. Permaneció así unos instantes, hasta que se dio cuenta de que los gritos habían tenido que alertar a algún cliente del

hotel.

Vancelle le arrancó a Camille el brazalete que llevaba en la muñeca, regalo sin duda de su amante, lo guardó en el bolsillo y abandonó el cuarto.

Víctor del Monte se despidió de su sastre y se dirigió al hotel Meurice para encontrarse con Camille. Sentía curiosidad por conocer su reacción al encontrar el brazalete. Aunque solía ser generoso con sus amantes, nunca le había hecho un regalo tan valioso a una mujer.

Se ajustó la capa sobre los hombros y observó las fachadas majestuosas de París. Todos los soberanos franceses, absolutistas o republicanos, habían intentando imprimir su sello en el urbanismo de la ciudad. La capital nunca había sido destruida por el fuego o un terremoto, y poseía una inusual unidad de estilo entre inmuebles de idéntica altura, alineados sobre avenidas flanqueadas de árboles.

Una bandada de palomas levantó el vuelo, y «El Gran Dumont» tuvo un presentimiento aciago. Para alejarlo, decidió darse un baño con Camille en el hotel. Después irían a almorzar al restaurante situado en el primer piso de la torre Eiffel.

Víctor del Monte observó a lo lejos la fachada del Meurice. Muy frecuentado por huéspedes británicos, el establecimiento había funcionado como hotel durante dos siglos, con excepción de un breve interludio como hospital militar durante la Primera Guerra Mundial.

Entró en el vestíbulo y se detuvo en recepción para comprobar si tenía una carta de sus padres. En los últimos años les había enviado dinero, pero desde el final de la Guerra Civil no tenía noticias de ellos. Su padre, de convicciones anarquistas, no saldría bien parado tras la paz decretada por el general Franco.

El conserje miró a Víctor del Monte con un gesto compungido, y éste comprendió pronto el motivo. Dos policías se acercaron para detenerlo, acusado del asesinato de Camille Fontaine.

Provenza, mayo de 1939

La piedra se alejó rebotando sobre la superficie del río, dejando una estela de anillos a su paso. El lugar apenas había cambiado desde el accidente, aunque una tormenta había alterado ligeramente el curso del río y derribado varios árboles en sus márgenes.

Una década atrás, Paul Chevalier había acudido a ese lugar con su hermano para cazar ranas. Entonces tenía ocho años, uno más que Arnaud. Aunque ninguno de los dos sabía nadar, se habían aventurado en el agua para alcanzar a una rana. Su hermano había resbalado sobre una piedra y perdido pie. Se mantuvo a flote durante unos instantes, y Paul lo observó, paralizado, hasta que un remolino acabó por arrastrarlo. El cadáver de su hermano fue descubierto al día siguiente, varios kilómetros río abajo.

Ya antes del accidente Paul había sido un niño callado. De pequeño le gustaba observarlo todo, y no empezó a articular frases comprensibles hasta los seis años. La desaparición de su hermano lo volvió aún más introvertido y pareció atraer la desgracia sobre la familia: unos meses después, una epidemia de gripe se llevaría a la madre y los abuelos de Paul.

Su padre, originario de un pueblo en Saboya, había sido movilizado en 1914. Durante la tercera batalla de Ypres, un ataque alemán con gas mostaza le destrozó un pulmón y lo dejó temporalmente ciego. Al acabar la guerra, con su salud muy mermada, el padre de Paul encontró empleo en las cocinas del buque *Auxerre* y realizó numerosas veces la singladura entre Marsella y Argel. Debido a su buena mano con los condimentos dejó pronto de fregar los suelos para convertirse en ayudante del cocinero, un suizo gordinflón que aseguraba que la ceniza de sus cigarros era el ingrediente que volvía sus platos irresistibles.

Aunque el trabajo le gustaba, el aire cerrado de la cocina ponía a dura prueba su único pulmón, así que el padre de Paul decidió establecerse en Provenza, donde encontró un empleo en una granja dedicada al cultivo de la lavanda. Allí empezó a cortejar a la hija de los propietarios hasta que, en parte debido a la oposición de sus padres, ésta acabó enamorándose de él.

Después de la boda, el padre de Paul fue aceptado por la familia y aprendió los secretos del cultivo de la lavanda, atesorados durante generaciones. El trigo y el maíz eran los principales cultivos de la región, y los campesinos habían plantado tradicionalmente la lavanda como un complemento a los cereales. Después de la cosecha, vendían los granos de lavanda a un intermediario que extraía su esencia y la distribuía a los perfumeros de Grasse, una localidad que había prosperado durante la Edad Media gracias a la producción de cueros y que, desde el siglo XVIII, se había enriquecido con la fabricación de perfumes, aumentando la demanda de plantas aromáticas en las comarcas vecinas.

Paul lanzó otra piedra que, como la anterior, se alejó rebotando sobre la

superficie del río. Había dejado de ir a la escuela a los trece años, para ayudar a su padre en la granja. Su mayor pasión, sin embargo, era la caza. Conocía los montes cercanos como la palma de su mano y pasaba en ellos jornadas enteras, completamente solo.

Paul sintió una vibración en el aire y, con hábito de cazador, reparó en que alguien se acercaba. No quería que lo viesen en el lugar donde se había ahogado su hermano, y se escondió tras un arbusto. Segundos después vio aparecer a Sophie, la hija de El Cojo. Llevaba una tinaja con ropa sobre la cabeza y caminaba muy erguida. Al llegar a la orilla, dejó la tina sobre las piedras y empezó a extender la ropa junto al agua.

El hermano de Sophie había protagonizado numerosas peleas con Paul en el colegio, pero la enemistad entre las dos familias venía de mucho antes. El padre de Paul había comprado unas tierras cerca de la granja de El Cojo, que éste deseaba también adquirir. Cuando el padre de Paul plantó lavanda en ellas, un incendio arrasó los campos. Aunque nadie vio nada, muchos vecinos pensaron que el fuego había sido obra de El Cojo. Unos días después del incidente, el padre de Paul y El Cojo tuvieron una violenta discusión en el café del pueblo y, de no ser por la intercesión de varios vecinos, habrían acabado despedazándose.

Paul no sabía qué versión creer, pero recordaba que el padre de Sophie siempre había tenido muy malas pulgas. De niño, Paul había entrado en su propiedad para robar ciruelas, y El Cojo le había disparado con perdigón sin previo aviso. Afortunadamente, había fallado el tiro.

Paul miró a la muchacha mientras lavaba la ropa. Observó sus pechos firmes y las gotas de sudor que caían por su cuello bronceado, y se preguntó qué había sido de la niña pálida y frágil que recordaba.

Cuando terminó de lavar la ropa, Sophie se sentó junto a la orilla. Estaban en el mes de mayo y el calor empezaba a apretar. La muchacha miró hacia los lados y, creyendo que nadie la observaba, se sacó la blusa y vertió agua sobre sus pechos.

Paul la observó sin pestañear. Al inclinarse para tener un mejor ángulo de visión, una de las ramas del arbusto emitió un crujido. Instintivamente, Sophie se tapó con la blusa y miró hacia el arbusto. Paul se giró para marcharse, pero una piedra le golpeó en la cara antes de que pudiese hacerlo. Sophie parecía haber heredado las malas pulgas de su padre.

Sophie acarició las orejas del ternero. La vaca había muerto durante el parto, y llevaba dos semanas alimentándolo con una regadera llena de leche. La carne de un ternero joven y su estómago, que contenía una sustancia que permitía coagular la leche para convertirla en queso, se vendían a buen precio, pero Sophie le había suplicado a su padre que no sacrificase al animal. Por el momento, éste le había hecho caso.

El ternero lamió la mano de Sophie. Su parto había sido el más difícil al que había asistido, a pesar de que la vaca había parido varias veces con anterioridad. El ternero había sacado las patas traseras en primer lugar, y Sophie tuvo que empujarlo para que corrigiese su posición. Después ató una cuerda a sus extremidades y tiró de él.

La madre murió horas después, pero el ternero pudo mamar algo del calostro producido después del parto. Tal vez sobreviviese; o tal vez no. Los terneros que empezaban a pastar demasiado pronto solían hincharse y acababan muriendo, pero Sophie no podría alimentarlo permanentemente. Bastante trabajo tenía con dar de comer a los animales, ordeñar las vacas y limpiar la casa.

Acarició el hocico del ternero y cerró la valla del establo. La granja había llegado a tener diez vacas, pero ahora sólo les quedaban dos. Su padre las había ido vendiendo en los últimos meses, pues pensaba que, si la guerra llegaba, sería más fácil proteger el dinero que los animales de la avidez de los soldados.

Sophie cogió el recipiente con la leche que había ordeñado esa mañana y se dirigió a la casa. Al salir del establo, vio a Paul Chevalier sentado en la valla que rodeaba la granja. Llevaba allí una hora y, si no se marchaba, corría el riesgo de que su padre le disparase con la escopeta. Dejó sobre la hierba el recipiente con la leche recién ordeñada y se acercó a él.

—¿Qué haces ahí?

Paul tardó en responder. No se le daba bien hablar, y todavía menos con las mujeres.

—He venido a disculparme...

Sophie lo observó. Era un joven atractivo, aunque demasiado solitario. La pedrada le había roto una ceja, pero la herida no parecía grave.

—No estaba espiándote en el río —añadió él—. Cuando llegaste, ya estaba allí.

Sophie se acordó del hermano de Paul, que se había ahogado unos años atrás en el vado. Aunque entonces era sólo un niño, muchos vecinos le habían echado a Paul la culpa de lo sucedido.

—¿Te duele? —le preguntó Sophie, señalando hacia su ceja.

—Un poco, pero mereció la pena.

Sophie no pudo evitar sonreír, enseñando una dentadura muy blanca.

—Por si acaso, no vuelvas a espiarme. Y ahora será mejor que te marches, no sea que mi padre te vea.

Paul recordó el día en que había entrado a robar ciruelas y pensó que sería

mejor hacerle caso. Mientras saltaba de la valla, vio que el hermano de Sophie se acercaba. Henri no tenía cara de buenos amigos, pero Paul decidió esperarlo para que no pensara que tenía miedo.

Sin intercambiar una palabra, Henri le dio a Paul un puñetazo en la cara. Éste se incorporó para devolver el golpe, pero Sophie lo agarró del brazo para evitar una pelea.

—Si vuelves a acercarte a mi hermana —gritó Henri—, te juro que te mataré.

La hermana de El Cojo dejó la fuente sobre la mesa y sirvió el asado en los platos. De luto permanente, la tía Charlotte contaba entre sus atribuciones cocinar, remendar la ropa e ir al mercado. Y nunca faltaba a la misa dominical.

Desde que la madre de Sophie había muerto, las comidas en la granja semejaban un funeral. El humor de su padre había empeorado todavía más, y las conversaciones gravitaban, inevitablemente, en torno a las tareas del campo.

La familia comió en silencio. Desde hacía unos días, el ánimo que reinaba en la casa era especialmente sombrío. Henri acababa de alistarse como voluntario en el ejército. Lo que más disgustaba a su padre no era el riesgo de que lo matasen, pues sabía que todos los hombres sanos serían movilizados cuando empezase la guerra, sino el hecho de quedarse solo antes de tiempo, con dos mujeres, para atender las labores de la granja.

—Paul Chevalier ha estado merodeando por nuestras tierras —dijo Henri.

El Cojo dejó caer el tenedor en el plato y se limpió la boca con la manga de la camisa.

—¿Qué buscaba?

—Pregúntaselo a Sophie.

La muchacha miró a su hermano. No entendía por qué éste sentía tanto odio hacia Paul. Había pasado mucho tiempo desde que su padre compró aquellas tierras, y entonces Henri no era más que un niño.

Sophie recordó la época en la que era monaguillo, y lo acompañaba a la iglesia para hacer sonar las campanas. Henri se colgaba de la cuerda con todo su peso y se balanceaba sobre el hueco de las escaleras, en medio de un ruido atronador. Cuando tocaba por un muerto, las campanadas podían llegar a durar media hora.

—Estaba buscando a su perro —mintió Sophie—. Quería saber si lo habíamos visto.

—No quiero que vuelvas a hablar con él —dijo su padre.

—¿Por qué?

El Cojo dio un puñetazo sobre la mesa.

—No quiero que hables con él y basta.

Sophie miró a la tía Charlotte. Esta era la única capaz de mediar a favor de Sophie durante las frecuentes discusiones con su padre, pero en esa ocasión tenía los ojos fijos en el plato. Por lo que respectaba a Paul Chevalier, tampoco podría contar con su apoyo.

Sophie hundió en el río la pastilla de jabón, mientras entonaba la melodía de Lucienne Delyle, «En mi corazón». Los pájaros cantaban a su alrededor y el agua brillaba con mil reflejos. Hacía un día tan espléndido que el duro trabajo, frotando y escurriendo la ropa resultaba llevadero.

El verdadero motivo de su buen humor, sin embargo, era la decisión de Henri de alistarse en el ejército. En unos días partiría hacia La Valbonne, un campo de instrucción cercano a Lyon. Henri odiaba trabajar la tierra, y estaba segura de que había decidido enrolarse en el ejército por ese motivo.

Sophie observó que Paul se acercaba por el camino del río. Aunque estaba contenta de verlo, tenía muy presente la amenaza de su padre. Paul se acercó a ella y, tras unos instantes de indecisión, intentó besarla. Sophie apartó la cabeza de él.

—¿Qué haces?

—No tienes que preocuparte de tu hermano. Está sembrando un campo.

—No es mi hermano el que me preocupa, sino mi padre.

Paul permaneció unos instantes en silencio.

—Iré a hablar con él —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Hablaré con tu padre para pedirle que nos deje vernos.

—¿Estás loco?

Paul se dio la vuelta y, aunque Sophie le pidió que regresara, partió a buscar a El Cojo. Se lo encontró en la huerta, sacando patatas de la tierra con una azada. Cuando vio a Paul, alzó la herramienta y la apoyó sobre su hombro, como si se aprestara a descargar un golpe.

—¿Qué quieres? —le preguntó El Cojo, con voz amenazadora.

—Vengo a pedirle que me deje ver a su hija.

El Cojo se acercó a Paul y lo miró a los ojos.

—Escúchame bien, Chevalier, porque no voy a repetirlo. Voy a ir a casa a buscar mi escopeta. Si cuando vuelva sigues aquí, serás responsable de lo que suceda.

Vaucluse, mayo de 1939

Mathilde hojeó la guía turística de Argentina y pronunció con voz callada, para no despertar a Erik, las palabras españolas del glosario. La lengua era similar al francés y no tendrían problemas para aprenderla. Y en Argentina nadie sabría que Erik era judío.

Cerró el libro y lo dejó sobre el asiento de madera. Erik dormía a su lado, en el compartimiento vacío. Mathilde se acarició el vientre y observó los bosques y campos de colza, las granjas y caminos que el tren dejaba lentamente atrás. En unas horas llegarían a Marsella, y al día siguiente se despedirían de Europa.

Se levantó para estirarse y reprimió un grito de pánico al ver que un hilo de sangre descendía por su pierna derecha. Volvió a sentarse y sintió un pinchazo en el vientre. Faltaban sólo unas horas para llegar a Marsella, y lo que tanto había temido estaba sucediendo. Tenía que aguantar hasta que estuviesen dentro del barco.

—¿Qué pasa? —le preguntó Erik, al abrir los ojos y ver el rostro compungido de su mujer.

—Es el bebé —dijo Mathilde, apretando los dientes.

—¿Has roto aguas?

Mathilde sintió que su vientre ardía y reprimió un grito de dolor. Erik salió al pasillo y corrió en busca del revisor. Regresó unos minutos después con un hombre pequeño que aseguró ser médico. Mathilde estaba cada vez más pálida y parecía a punto de desvanecerse.

Erik le explicó al hombre, lo mejor que pudo, el diagnóstico del médico que había atendido a su mujer en París. El hombre se ajustó sus anteojos de metal y le pidió a Mathilde que se tumbara en el asiento de madera. Cuando puso las manos sobre su vientre, para comprobar el estado del feto, Mathilde soltó un aullido de dolor. Sin perder tiempo, el médico le pidió a Erik que lo siguiese al pasillo.

—Hay que provocar el parto inmediatamente. Tienen que bajar en la próxima estación y ponerse en manos de un médico con el instrumental adecuado.

—Pero tenemos que llegar a Marsella. Nuestro barco zarpa mañana y...

—No me ha entendido —lo interrumpió el hombre—. Si quiere que su mujer y su hijo sobrevivan, tienen que bajar del tren en la próxima estación.

Morly

Flore Saint Matthieu observó la máquina de coser que adornaba el escaparate. Con su pedal y su luz eléctrica, aquella máquina le permitiría reducir sus largas jornadas de trabajo y aceptar más encargos de costura. Si seguía ahorrando a ese ritmo, podría comprarla en menos de un año.

Los Saint Matthieu habían llegado a Morly tres años atrás, procedentes de La Rochelle. Su marido padecía una afección respiratoria, y el departamento de Vaucluse ofrecía un clima más favorable. Conscientes del antisemitismo que reinaba en Francia, habían decidido ocultar su identidad judía a sus nuevos vecinos.

Lo que más le costó a Flore Saint Matthieu fue renunciar a su oficio de comadrona, que había ejercido en La Rochelle durante más de veinte años. Aquel trabajo exigía espíritu de sacrificio y la voluntad de ayudar a otros, pero le había proporcionado grandes alegrías.

Flore Saint Matthieu había atendido a parturientas de día y de noche, y nunca había rechazado una llamada. Nada era comparable a la tristeza de una madre que perdía a su hijo después de ocho meses de embarazo, ni a la alegría de traer un niño al mundo. Por desgracia, demasiados partos presentaban complicaciones y concluían con la muerte de la madre o del niño. A pesar de ello, para Flore Saint Matthieu el trabajo de comadrona era el mejor del mundo, y había supuesto una compensación al hecho de no tener hijos propios.

Le echó un último vistazo a la máquina de coser y se dirigió a su casa. Era casi mediodía, y aún tenía que hacer la comida.

Al pasar delante de la consulta del médico, vio que varias personas se agolpaban frente a la puerta. El médico no pasaba consulta los sábados, y Madame Saint Matthieu le preguntó a uno de sus vecinos qué ocurría. Al parecer, una mujer embarazada había descendido del tren con destino a Marsella y se encontraba en estado grave. Alguien había ido a buscar al médico, pero este se encontraba pescando y tardaría al menos una hora en llegar a la consulta.

Flore Saint Matthieu entró en el consultorio y se acercó a la mujer. Su rostro estaba lívido, y los años de experiencia le hicieron ver que su vida pendía de un hilo. El parto debía ser provocado inmediatamente. Flore Saint Matthieu había decidido enterrar su vida pasada para ocultar su identidad judía, pero la vida de esa mujer y su bebé estaban en juego.

Se arremangó la blusa e invitó a los curiosos a marcharse, con excepción del marido y de una mujer que solía ayudar al médico en la consulta. Le pidió a ésta que hirviese agua y examinó a la paciente. El cuello del útero todavía no había empezado a dilatarse, y tendría que hacerlo *madurar*. Una vez conseguida la inducción, el trabajo de parto continuaría hasta que la cerviz estuviese completamente dilatada y el bebé naciese por medios naturales. Había plantas y remedios para estimular artificialmente las contracciones, pero no disponía de esas sustancias. Ni de tiempo.

Flore Saint Matthieu habló con la mujer. Estaba muy débil, pero necesitaría su ayuda durante el parto. Al encontrarse en la recta final del embarazo, el bebé tenía posibilidades de sobrevivir a un parto provocado. La comadrona le explicó la situación y, como siempre hacía con las parturientas, le pidió su consentimiento antes de intervenir.

Mathilde estaba aterrorizada, pero le dio su autorización. Madame Saint Matthieu se lavó las manos concienzudamente y desinfectó el instrumento afilado que utilizaría para romper el saco amniótico.

El oficio de comadrona era el mejor del mundo, pero también podía ser el peor.

Provenza

Paul Chevalier no había tenido suerte esa mañana con la caza. Los jabalíes se adaptaban mal a los lugares con poca maleza y preferían las zonas de arbustos, donde era más difícil encontrarlos. En algunas ocasiones se aventuraban hasta las viñas y las plantaciones de maíz, pero en las últimas semanas había llovido más de lo habitual, lo cual permitía a los jabalíes permanecer cerca de sus madrigueras, sin tener que desplazarse en busca de pozas.

Mientras caminaba hacia su casa observó los campos de lavanda. En las últimas dos décadas, su padre se había convertido en el mayor productor de la comarca, y había introducido varios cambios en un ritual hasta entonces inamovible. Extendió las superficies de cultivo y utilizó tierras hasta entonces destinadas al cereal. Consiguió que el ayuntamiento le adjudicase terrenos comunales y construyó un alambique para llevar a cabo la destilación. Una vez obtenido el aceite esencial, empezó a vendérselo directamente a los perfumeros de Grasse y, con las ganancias obtenidas, compró nuevas tierras y mejoró los campos, limpiándolos de piedras y haciendo pastar en ellos rebaños de ovejas para fertilizar la tierra. Trasplantó los mejores tallos, utilizando esquejes de las plantas más resistentes, aquellas que proporcionaban una mayor cantidad de esencia. Aprendió que la planta de lavanda empezaba a producir al segundo año; que daba su mejor rendimiento entre el cuarto y el sexto, y que no debía permanecer más de diez años en el mismo terreno. Tras numerosos experimentos, el padre de Paul estableció cultivos de rotación para que las plantas mantuviesen su vigor. El secreto de una buena cosecha radicaba en fertilizar el terreno continuamente, en desherbarlo y combatir las plagas de insectos cecidómidos. Si la lavanda era de buena calidad, los perfumeros de Grasse estaban dispuestos a pagar un precio más elevado por su esencia.

Paul observó la granja en la distancia. La terraza, cubierta por una parra, estaba rodeada de flores y lavanda. La casa estaba orientada hacia el sur para protegerse del mistral y, por ese mismo motivo, no disponía de ventanas en el costado norte. Las ventanas de los otros lados eran pequeñas, a fin de evitar el sol durante el verano.

Al acercarse a la casa, Paul distinguió a una mujer enlutada en el camino. Al principio no la reconoció, pero después reparó en que se trataba de Charlotte, la tía de Sophie.

—¿Sucede algo? —le preguntó Paul.

—He venido a hablar contigo.

Paul observó a la mujer. Tenía un carácter silencioso y una complexión fuerte, resultado de varias décadas de trabajos penosos. Paul la había visto muchas veces conduciendo la yunta de bueyes y cargando fardos de heno en el carro.

—No puedes volver a ver a mi sobrina. Sólo conseguiréis atraer la desgracia.

¿Qué le ocurría a aquella familia? Con excepción de Sophie, estaban todos

locos. Paul le dijo a la mujer que tenía prisa y, sin volverse, se encaminó hacia la casa.

Al entrar en la cocina, dejó la escopeta sobre la mesa y fue a enseñarle a su padre la liebre escuálida que, a falta de jabalíes, había abatido esa mañana. Su padre estaba sentado en el salón y tenía la mirada perdida en el jardín.

—Atila ha muerto.

Atila, el mastín de su padre, había envejecido mucho en los últimos meses. Aunque la noticia entristeció a Paul, no le sorprendió demasiado.

—Alguien lo envenenó —añadió su padre.

El perro apenas podía moverse y nunca abandonaba la casa. *¿Quién iba a envenenarlo?*

—¿Qué te hace pensar eso?

—Cuando lo encontré tenía la boca llena de espuma. Estoy seguro de que fue envenenado.

Paul se acordó de la tía de Sophie, pero no la creyó capaz de algo así. Por lo que respectaba a Henri o El Cojo, no estaba tan seguro.

Sin contarle a su padre sus sospechas, cogió la liebre y fue a la cocina para prepararla. Cocinada con tomillo, hinojo y albahaca, proporcionaría un buen almuerzo. Lástima que se le hubiesen quitado las ganas de comer.

El molino comunal estaba engalanado con banderines y bombillas de colores, en honor a los jóvenes de la localidad que se habían alistado como voluntarios en el ejército.

La orquesta entonaba una melodía de Edith Piaff; las muchachas vestían sus mejores galas, y las risas se elevaban sobre una noche en la que flotaba un aroma a lavanda y espliego. El ambiente recordaba al de los días de siega, cuando los vecinos se ayudaban mutuamente y compartían sus vituallas al atardecer.

Sophie estaba sentada en una silla de mimbre y sostenía un vaso de limonada. Llevaba el pelo recogido en un moño, y su vestido dejaba sus hombros al descubierto. Aunque de niña era más bien introvertida, se había obligado a sí misma a desarrollar su lado más alegre, por miedo a convertirse en una persona rencorosa y mezquina como su padre.

Vio acercarse a Paul por el camino y, a juzgar por su trayectoria, supuso que se dirigía hacia ella. Antes de que llegara a la explanada, avanzó hacia él y lo llevó del brazo hacia los árboles.

—Si mi hermano te ve, se va a poner hecho una furia.

—Es un baile público, ¿no?

La orquesta empezó a tocar un arreglo de la melodía *Nuages*, de Django Reinhardt. Sophie recordó el beso furtivo de Paul y, aunque tenía miedo de su hermano, deseó que volviese a intentarlo.

Permanecieron callados unos instantes, mirándose. De repente, oyeron la voz de Henri, que llamaba a gritos a Sophie. La muchacha le dio la mano a Paul y lo guió entre la maleza, en dirección al río. Llegados a éste, remontaron su cauce hasta el vado donde se había ahogado el hermano de Paul.

Hacía una temperatura veraniega y el canto de los grillos inundaba la noche. Sophie se sacó el vestido y lo depositó cuidadosamente sobre las piedras. A continuación, hundió su cuerpo en el agua inundada de estrellas. Desde el río, llamó a Paul que la acompañase, pero éste la observó sin mover un músculo. Ella insistió, pero Paul permaneció inmóvil.

La muchacha salió del agua y se plantó, desnuda, delante de él. Como si se tratara de un niño, Sophie le tendió la mano y lo condujo hacia el lugar en el que se había ahogado su hermano.

Sophie regresó a su casa tras separarse de Paul. En la distancia se escuchaba la música del baile, que se encontraba en su apogeo.

Entró en el salón y observó el reloj que, según su madre, había marcado la medianoche durante el nacimiento de Sophie. El reloj se había desajustado con los años, y su padre había tenido que colgar una moneda del péndulo para equilibrarlo.

En su estado de turbación, Sophie no conseguiría dormir, así que decidió ir al establo para visitar al ternero recién nacido. Al pasar junto al corral, los polluelos que había alimentado en los últimos días con pan mojado en vino, se alborotaron al verla.

Observó la veleta que coronaba el establo y entró en él. Nada más hacerlo percibió un olor extraño. Se acercó al montón de paja donde dormía el ternero joven, pero éste había desaparecido. Entonces sintió una gota en la cabeza. Al levantar la vista hacia el techo, soltó un grito. El ternero estaba colgado de una cuerda, boca abajo, y su sangre goteaba sobre el suelo de tierra.

A la mañana siguiente, Paul se despertó sobre una nube. Había dormido en la huerta, bajo el cielo estrellado. Ardía en deseos de ver a Sophie, pero decidió no ir a su casa para no encontrarse con El Cojo. Sería mejor esperar a que ella lo contactase.

Desayunó un café y un trozo de pan untado en mantequilla, y se dirigió a la estación para despedir a los futuros soldados. Ninguno de ellos era amigo suyo, pero quería asegurarse de que Henri se marchaba efectivamente del pueblo.

Observó el tren desde una colina anexa a la estación. Vio los pañuelos blancos de despedida y escuchó el llanto de las mujeres, antes de que los jóvenes entrasen en los vagones. Henri se encontraba entre ellos, pero ni su padre ni su hermana habían acudido a despedirlo.

El tren se puso finalmente en marcha. Paul observó la columna de vapor que ascendía de la locomotora, pero su alivio duró sólo unos instantes. Un niño irrumpió en el andén, gritando: «La hija de El Cojo ha muerto».

París, septiembre de 1939

Vancelle observó a los manifestantes pacifistas que desfilaban por el Faubourg Saint Honoré. La división entre belicistas y pacifistas amenazaba con romper la coalición gubernamental, lo cual no dejaba de ser una buena noticia.

Vancelle estaba en desacuerdo con ambas posturas. Francia debía entrar en guerra, pero no como aliada de Inglaterra, sino de Alemania. Discrepaba de los que querían declarar la guerra a Alemania, pero al menos respetaba su posición. Los pacifistas que desfilaban por el Faubourg Saint Honoré le provocaban repugnancia.

Varios simpatizantes de «La Croix de Feu» se unieron a Vancelle, con barras de hierro ocultas bajo la ropa. Al llegar al lugar convenido, los militantes de extrema derecha se abalanzaron sobre los manifestantes y empezaron a golpearlos de forma indiscriminada. Su objetivo era disolver la protesta y, al día siguiente, acusar a los manifestantes de haber provocado los disturbios.

Vancelle utilizó su barra de hierro sobre varios hombres. Un golpe, en la cara o la espalda, solía ser suficiente para doblegar su resistencia. Un manifestante, sin embargo, se defendió de su ataque a puñetazos, y Vancelle tuvo que ensañarse con él.

Sin reparar en la llegada de la policía, Vancelle golpeó al hombre hasta que su sangre creó un charco en la acera. Y siguió haciéndolo, incluso después de muerto.

Vancelle llevaba nueve meses en prisión, a la espera de su juicio. El comienzo de la guerra con Alemania había retrasado su proceso, y no tenía esperanzas de salir pronto de la cárcel.

Su celda le recordaba a su apartamento en Colmar, aunque al menos no tenía que convivir con su padre. En los últimos meses había tenido mucho tiempo para pensar, y su único remordimiento provenía de haberse dejado detener por la policía.

La puerta de la celda se abrió, y un guardia le ordenó que lo siguiese. Vancelle accedió a una sala de interrogatorios llena de humo. Un hombre, vestido con un traje marrón y una corbata del mismo color, le ordenó al guardia que los dejase solos. Invitó a Vancelle a sentarse y, a continuación, abrió una carpeta que se encontraba sobre la mesa.

—Colaboración en el diario de extrema derecha «Je suis partout» —leyó en voz alta—. Militancia en la disuelta agrupación «La Croix de Feu». Asesinato de un militante durante una manifestación pacifista.

—No tengo nada de qué arrepentirme —dijo Vancelle, desafiante.

El hombre aspiró el humo de su cigarro y lo expulsó lentamente.

—Francia acaba de firmar un armisticio con Alemania. Necesitaremos a gente como tú para construir una patria nueva.

—¿Y qué gano yo con eso? —preguntó Vancelle.

El hombre dejó caer la ceniza en el suelo y sonrió, mostrando varios dientes de oro.

—

Para empezar, la libertad. Y podrás matar a todos los comunistas que quieras.

Morly, noviembre de 1943

Erik Friedberg pasó la lija sobre la pieza de madera, acarició su superficie con la yema del pulgar y se dio por satisfecho con el resultado. A la mañana siguiente aplicaría el barniz y pegaría la talla de Jesucristo.

Le vino a la mente su interpretación del personaje de Fausto en Schauspielhaus, que le había valido una felicitación del gran Emil Jannings. Si alguien le hubiese dicho entonces que acabaría viviendo en un pueblo de Francia, y que se ganaría la vida fabricando crucifijos, habría pensado que le tomaban el pelo. Aunque tampoco habría creído que el autor de *Mein Kampf* llegaría a ser el hombre más poderoso de Europa.

Recordó un día de 1930, en Schauspielhaus, cuando varios miembros de las SA intentaron boicotear un ensayo. Todos los actores, Erik entre ellos, se habían reído de su fanatismo. Habrían hecho mejor en tomarlos en serio.

Erik había estado presente en la Plaza de la Ópera de Berlín, el 10 de mayo de 1933, cuando miembros de las SA y de las Juventudes Hitlerianas quemaron miles de libros que atentaban contra el «espíritu alemán», entre ellos obras de Thomas Mann y Stefan Zweig. Muchos estudiantes universitarios, que habían encontrado en el nazismo un medio para expresar su descontento, participaron en el acto. Heinrich Heine, cuyos libros habían sufrido el mismo trato, había profetizado cien años antes que «donde se queman libros, se acaba quemando también a personas».

Erik pensó que la vida era una concatenación de oportunidades, muchas de ellas perdidas. Si cuatro años atrás hubiesen conseguido embarcar en el vapor *Liberté*, ahora estarían en Buenos Aires y las cosas serían muy distintas. La hemorragia que estuvo a punto de acabar con la vida de Mathilde les obligó a descender en un pueblo dictado por el azar. En Morly había nacido su hija Marie, y allí habían sido testigos, unos meses después, del comienzo de la guerra.

Marie había cumplido cuatro años y los Friedberg, que ahora se hacían llamar Dehaene, se habían acostumbrado lentamente a su nueva vida. Mathilde ganaba un pequeño sueldo vigilando a los niños en la escuela, mientras que Erik se dedicaba a tallar crucifijos, piedades y representaciones de santos que vendía, los domingos después de misa, a la puerta de la iglesia.

Lo que más les había costado era adaptarse a la vida en un pueblo pequeño. Berlín era una ciudad vibrante, un animal que respiraba con su propio ritmo. En Morly todo el mundo se conocía, y la curiosidad de sus vecinos podía resultar peligrosa. Allí apenas llegaban noticias de la guerra, y las que lo hacían no auguraban nada bueno para los judíos.

Los Friedberg mantenían una relación correcta con todos sus vecinos, pero los únicos en quienes confiaban eran Flore Saint Matthieu y su marido. De no ser por ella, Mathilde y Marie no habrían sobrevivido.

Desde el nacimiento de la niña habían intimado rápidamente con los Saint

Matthieu, que les confesaron que eran judíos. Ellos correspondieron a su sinceridad explicándoles su verdadera historia, pero no informaron a nadie más. Eran tiempos de delaciones y miseria, y resultaba preferible que su secreto estuviese en manos de poca gente.

La presencia de Marie conseguía que Erik se olvidase de la guerra y de todas las privaciones. Marie era una niña alegre, a la que le gustaba dibujar y fantasear. Despierta e inteligente, daba la impresión de tener una madurez superior a su edad, y se pasaba el día inventando historias que desarrollaba hasta el más mínimo detalle. Cada vez que la miraba, Erik veía en ella el retrato de Mathilde.

—¿No tienes sueño? —le preguntó su mujer, desde el umbral de la habitación.

Erik se dio la vuelta para mirarla. Desde su llegada a Morly hablaban sólo en francés, para no delatar sus orígenes alemanes. Gracias a la institutriz francesa que había tenido de niña, Mathilde hablaba esa lengua sin acento. Cuando sus vecinos le preguntaban a Erik por su dicción extranjera, él explicaba que su lengua materna era el flamenco, una explicación que su pasaporte belga volvía verosímil.

Erik miró a su mujer con ternura. Cuando trabajaba en sus tallas el tiempo pasaba volando. Dado que el apartamento era pequeño, utilizaba el dormitorio como lugar de trabajo. Mathilde no podría acostarse hasta que él terminara.

—¿En qué estabas pensando? —le preguntó Mathilde.

—En el día en que nos conocimos. Eras la muchacha más bella del mundo.

Erik se levantó de la silla y besó a su mujer. Caminaron hacia el salón y vieron que Marie se había quedado dormida, con un lápiz en la mano. Su pelo castaño y su piel blanca le daban el aspecto de una muñeca de porcelana. Erik cogió a la niña en brazos y la acostó en la cama.

—Los Saint Matthieu nos han invitado a celebrar *Yom Kipur* en su casa —informó Erik a su mujer, al regresar al salón.

Mathilde sintió un escalofrío. *Yom Kipur* era la festividad más importante del calendario hebreo, pero Erik nunca había practicado su religión, y resultaba fácil olvidar sus orígenes.

La situación de los judíos había empeorado en Francia en los últimos meses. Junto a masones, comunistas, gitanos y homosexuales, los judíos eran considerados *indeseables* por el régimen de Vichy. El «estatuto de los judíos» había restringido sus derechos, obligándoles a portar una estrella amarilla en un lugar visible. La razia de Vel'd'hiv, ocurrida en julio de 1942, había confirmado los temores de Mathilde. Miles de judíos habían sido confinados en el Velódromo de Invierno de París, en condiciones inhumanas, antes de ser deportados al campo de concentración de Drancy.

—Sólo serán unos minutos —intentó tranquilizarla Erik—. Recitaremos la oración *Kol Nidre* y volveremos a casa.

Mathilde tenía miedo, pero Marie y ella no estarían vivas de no ser por Flore Saint Matthieu. Lo último que deseaba era ofenderla.

—¿Y si los vecinos nos oyen?

Erik abrazó a su mujer.

—Nadie nos oirá. En Morly nadie sospecha que los Saint Matthieu son judíos.

Madame Renard había probado todos los remedios para engañar el hambre. Bebía agua a pequeños sorbos, dormía varias veces al día y paseaba constantemente por su apartamento. Pero el hambre regresaba siempre. Sus intestinos rugían a todas horas y no conseguía pensar en otra cosa. A veces era incapaz de dormir.

Las pequeñas cantidades a las que daba derecho su cartilla de racionamiento no eliminaban sus ganas de comer, sino más bien las aumentaban. Era difícil sobrevivir con menos de 1200 calorías diarias o, lo que era lo mismo, 75 gramos de carne, 275 de pan, 25 de mantequilla, 9 de queso, 14 de mermelada, 35 de azúcar y 13 de café.

Las primeras cartillas habían sido introducidas en 1940 para productos básicos como el pan, la carne y el azúcar. La población francesa, con excepción de los militares, fue dividida en varias categorías: la E se asignó a los niños menores de 3 años; la J1, a los niños de entre 3 y 6 años; la J2, a aquellos de entre 6 y 12. La letra V correspondía a las personas de más de 70 años, mientras que entre 12 y 70 años había dos categorías: la letra T, si se realizaban trabajos que exigían un esfuerzo físico pronunciado o, en caso contrario, la letra A. Los Renard habían recibido cartillas con ésta última letra, lo cual les daba derecho a raciones ínfimas, sin acceso a la leche — reservada a niños y ancianos— ni al vino, que correspondía a los adultos que realizaban trabajos penosos.

Para Madame Renard, los judíos tenían la culpa del encarnizamiento de los alemanes con la población francesa. No les había llegado con enriquecerse, a costa de sus conciudadanos, durante los últimos siglos. Los gobiernos del Frente Popular habían permitido la entrada en Francia de muchos judíos extranjeros. Con tantas bocas que alimentar, no era extraño que faltase comida y que las raciones fuesen tan pequeñas.

Madame Renard caminó por el pasillo, intentando olvidarse del hambre. Fue entonces cuando escuchó una suerte de cántico. Salió a la escalera y aguzó el oído. La música venía del apartamento de los Saint Matthieu.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó su marido.

Madame Renard le hizo un gesto para que se callara. Se trataba sin duda de una oración pagana. Hacía tiempo que sospechaba que los Saint Matthieu eran judíos. Argumentando que no tenían tiempo, nunca acudían a la iglesia.

Madame Renard regresó a su apartamento y fue a la cocina para comer un trozo de pan, que le hizo sentir todavía más hambre.

Escuchó un ruido en la escalera y corrió de puntillas hacia la entrada. Al asomarse por la rejilla, vio salir de casa de los Saint Matthieu al matrimonio Dehaene, acompañados de su hija Marie.

Al regresar de casa de los Saint Matthieu, Mathilde se dejó caer en el sofá. Estaba agotada, pero sabía que Marie esperaba con ansiedad ese momento. Cada noche inventaban una historia, avanzando juntas en su elaboración. La única condición era que debía tener un final feliz.

Mathilde ayudó a la niña a ponerse el pijama y se acostó con ella en la cama. Entre las dos desarrollaron la historia de un búho que era incapaz de volar, y viajaba a un país donde un rey magnánimo le regalaba un polvo dorado que le permitía volver a servirse de sus alas. Cuando acabaron la historia, Mathilde le dio un beso a la niña y apagó el candil. Luchando con el sueño, fue a la cocina para reunirse con su marido.

—¿Qué haces? —le preguntó a Erik, al ver unos papeles sobre la mesa de la cocina.

—He recibido una carta de mi hermano.

Mathilde miró a Erik con estupefacción. Todas las cartas dirigidas al extranjero eran interceptadas por la policía. A veces tenía la impresión de ser la madre de Erik, en vez de su esposa.

—¿Cómo tiene Gabriel nuestra dirección?

—No la tiene —respondió él—. Firmé la carta con el apellido de mi madre, y fue enviada por el párroco de Morly.

—¿Qué le has contado al sacerdote?

—La verdad, pero estoy seguro de que no hablará con nadie.

Erik explicó que su hermano había abandonado Bergen dos años atrás para establecerse en Londres, el lugar elegido por el rey de Noruega y su gobierno para el exilio. Aunque Noruega se había proclamado neutral al empezar la guerra, los alemanes la habían invadido en junio de 1940.

—Gabriel dice que el gobierno francés ha acelerado la deportación de judíos a campos de concentración. Tiene un contacto en la Cruz Roja de Brest; podría ayudarnos a llegar a Inglaterra.

Mathilde no se sentía segura en Morly, pero no estaba dispuesta a poner en peligro la vida de Marie por una quimera.

—¿Y cómo pretendes cruzar el Canal de la Mancha sin que los alemanes nos descubran?

—Existen rutas clandestinas.

Rutas clandestinas. Erik parecía haber olvidado que tenían una hija de cuatro años. Hacer un viaje con Marie al pueblo vecino era ya una aventura.

—Hasta ahora, Morly ha sido un lugar seguro para nosotros —dijo ella—. En Inglaterra podría irnos mucho peor.

—Siempre será mejor que vivir en un país ocupado. ¿Qué futuro le espera a nuestra hija en Francia?

Mathilde sintió un escalofrío. Si los alemanes ganaban la guerra, a Marie le esperaba el mismo futuro en *cualquier* lugar de Europa.

Mathilde tocó el silbato dos veces para indicar el fin del recreo. Desde que Erik le había expresado su deseo de huir a Inglaterra estaba muy nerviosa. Los judíos franceses estaban siendo deportados a campos de concentración, pero sólo los Saint Matthieu conocían su identidad judía. ¿Por qué emprender un viaje tan peligroso?

Le sonrió a Marie, que entró en las aulas con el primer grupo de niños, y tocó el silbato otra vez para llamar a los rezagados. Renée, como siempre, estaba sola en el patio. Su padre colaboraba con los alemanes y, como consecuencia de ello, ningún niño quería jugar con ella. Mathilde pensó que el mundo se había vuelto loco, cuando los niños pagaban de esa forma por los errores de sus padres. Se acercó a Renée y, con un gesto cariñoso, la condujo hacia el edificio.

En las aulas colgaban retratos del mariscal Pétain, y los niños entonaban todas las mañanas la canción «Marechal, nous voilà», el himno extraoficial de Francia durante la ocupación alemana.

Morly se había mantenido relativamente al margen de la guerra, pero en el colegio —y fuera de él— se respiraba un sentimiento de humillación. Algunos profesores habían combatido durante la Primera Guerra Mundial, y el patriotismo había sido instigado a los niños en el período de entreguerras mediante visitas a los monumentos a los caídos. Algunas cruces de Lorena, símbolo de la Francia libre, aparecían dibujadas esporádicamente en los encerados de las clases.

Mathilde hizo un recorrido por las aulas, para asegurarse de que todos los niños estaban sentados. Al entrar en una de ellas se quedó petrificada. Alguien había dibujado en el encerado una mujer ahorcada, con una estrella amarilla en el pecho. La obligación de Mathilde era avisar al director, pero se sintió paralizada por el miedo. ¿Era una alusión a ella? El acento de Erik era extranjero, y pensó que sería mejor no llamar la atención sobre ese asunto. Con piernas temblorosas, caminó hacia el encerado y borró el dibujo. Madame Rosier, la maestra del primer curso, entró en la clase en ese momento, y Mathilde se asustó tanto que dejó caer el borrador al suelo.

—¿Se encuentra bien, Madame Dehaene? —le preguntó la maestra.

Mathilde asintió en silencio y abandonó la clase, pero Madame Rosier caminó tras ella y le dio alcance al fondo del corredor.

—¿Sucede algo? —le preguntó Mathilde, alarmada.

—No sé cómo decirle esto, Madame Dehaene —susurró la maestra, mirando a su alrededor—. He oído rumores de que su marido y usted son judíos. No sé si es cierto ni me importa... Quería decírselo para que tenga cuidado.

Mathilde le dio las gracias y, como una autómatas, se dio la vuelta para marcharse.

—Tiene motivos para estar orgullosa de Marie —añadió la maestra—. Es una niña muy inteligente.

Mathilde sonrió con tristeza y abandonó la escuela. Su trabajo había terminado por esa mañana y, armada con su cartilla de racionamiento, se dirigió a la panadería.

Hizo cola frente a las estanterías casi vacías y, cuando le llegó el turno, pidió su ración de pan negro, fabricado con una harina que mezclaba maíz, habichuelas, cebada y arroz.

Morly había dejado de ser un lugar seguro para ellos. En un pueblo tan pequeño, era cuestión de tiempo que aquel rumor se extendiese. Si los alemanes descubrían que eran judíos, acabarían en un campo de concentración.

Quizá Erik tuviese razón. Tal vez deberían huir a Inglaterra.

Etienne Duhamel había sido detenido por los alemanes mientras intentaba sabotear, junto a otros miembros de la resistencia, la línea férrea de Brest a Quimper.

Durante su interrogatorio reveló su nombre, pero no su apellido ni su domicilio. De haberlo hecho, el barco langostero de su familia habría sido requisado. Su hijo Marcel tenía ahora dieciséis años y, después de varios años acompañándolo a la mar, sabría comandar «La belle Helène» tan bien como él.

Sin ser sometido a juicio, Duhamel fue introducido en un tren y enviado al campo de internamiento de Vernet d'Ariège, en las inmediaciones de Toulouse. El campo había sido creado inicialmente para acoger a los miles de republicanos españoles de la división Durruti, considerados como extranjeros «indeseables» después de la victoria franquista en 1939. A ellos se habían unido muchos intelectuales antifascistas, miembros de las Brigadas Internacionales y, más tarde, los judíos detenidos en la región de Toulouse y cualquier extranjero sospechoso de poner en peligro el orden público.

Las condiciones en el campo eran duras, y las enfermedades decimaban a los prisioneros constantemente. En los últimos días, debido a la visita inminente de una representación de la Cruz Roja, Etienne Duhamel y otros prisioneros habían sido confinados en un barracón aparte, y recibido la orden de fabricar muñecas infantiles. Duhamel, obviamente, no había protestado. Para convencer a la Cruz Roja de que los reclusos eran tratados correctamente, las autoridades del campo les habían entregado ropas nuevas, y proporcionado una ración doble de pan. Duhamel atesoraba un mendrugo en el bolsillo de su uniforme, para comerlo durante la madrugada, cuando el hambre se volvía tan acuciante que resultaba imposible dormir.

Finalizada la visita de la Cruz Roja, Duhamel regresó a su barracón habitual y se sentó en su camastro. El anarquista catalán que ocupaba la cama contigua había muerto de disentería, y en su lugar había un hombre que no parecía gozar de mejor salud. Tenía fiebre y tiritaba bajo la tela casi transparente de su uniforme.

—Soy Etienne —se presentó Duhamel—. ¿Cómo te llamas?

Su vecino abrió los ojos, que parecían haber perdido todo su brillo.

—Víctor del Monte.

—¿Eres español?

«El Gran Dumont» movió la cabeza con un gesto afirmativo. Apenas tenía fuerzas para girar el cuello.

—¿Por qué estás en este agujero? —le preguntó Duhamel.

—¿La verdad? No lo sé.

Duhamel estuvo a punto de reír, creyendo que se trataba de una broma, pero la invalidez en la mirada de su vecino le hizo ver que no era así. Víctor del Monte tenía un aspecto lamentable. Semejaba un esqueleto viviente y su rostro parecía de cera.

Duhamel introdujo la mano en el bolsillo de su uniforme y acarició el trozo de

pan que había guardado para la noche. El verdadero objetivo de los alemanes al recluirlo en un campo de concentración no era acallar sus ansias de resistir, sino borrar su humanidad y reducirlo a un estado animal.

Etienne ayudó a «El Gran Dumont» a incorporarse. A continuación, cortó el pan en pequeños pedazos y se los metió lentamente en la boca.

En medio de la barbarie, eran los pequeños gestos de humanidad los que marcaban la diferencia. Aquella era la única batalla que Etienne Duhamel todavía podía luchar. Y no estaba dispuesto a concederle a los alemanes la victoria.

Diciembre de 1943

Mathilde no guardaba un buen recuerdo de su último viaje en tren. Aunque el recorrido hasta Saint Brieuç y la posterior travesía marítima encerraban grandes peligros, no tenían otra alternativa. Su identidad había quedado comprometida, y ningún judío estaba seguro en Francia. Si no huían a Inglaterra, era cuestión de tiempo que fuesen deportados a un campo de concentración.

Con la ayuda de su contacto en la Cruz Roja, el hermano de Erik lo había organizado todo. Los Friedberg habían recibido un *Ausweis*, supuestamente firmado por las autoridades alemanas de Brest, que justificaba su viaje a Bretaña para asistir al funeral de un familiar. Para no llamar la atención, los Friedberg no llevaban maletas: sólo una muda para Marie y varias fotografías en el bolso de Mathilde. El manuscrito de su última novela, redactada en alemán, había sido abandonado con sus otras posesiones en el apartamento de Morly.

A diferencia de Erik y Marie, Mathilde había pasado toda la noche despierta. Tenía demasiado frío —y miedo— para conseguir dormir.

En su compartimiento viajaban dos ancianos y una mujer joven, y Mathilde observó sus rostros cansados bajo la bombilla escuálida. Las luces de todos los trenes habían sido pintadas de azul, para reducir su visibilidad en caso de un bombardeo.

El tren se detuvo en medio de la noche, y un altavoz anunció un control de pasajeros. Todo el mundo debía permanecer en sus asientos, y estaba terminantemente prohibido descender al andén. Erik se despertó con el anuncio y miró a Mathilde. Como ella, estaba exhausto por la excitación y la falta de sueño de los últimos días. Marie abrió los ojos unos instantes, pero volvió a quedarse dormida con la cabeza apoyada en el regazo de su padre.

Uno de los pasajeros bajó la ventana pintada de azul, y una corriente de aire gélido inundó el compartimiento. A través del ventanal podía verse una estación en medio de la niebla. Varios soldados alemanes hacían guardia en el andén, espaciados a una distancia de veinte metros.

Los pasajeros empezaron a revisar sus posesiones, para asegurarse de que no llevaban ningún papel comprometedor. Una simple carta de un familiar, en la que se expresaba el deseo de que los alemanes perdiesen la guerra, podía hacer que su portador acabase en un calabozo.

La puerta del compartimiento se abrió, y un soldado alemán les ordenó que preparasen sus documentos de identidad y su autorización de viaje. Los pasajeros obedecieron, con movimientos herméticos que no conseguían ocultar su desasosiego. Un segundo soldado les preguntó si llevaban cartas o divisas extranjeras, pero ninguno de los pasajeros respondió.

El hombre examinó los documentos que le tendió Erik. Mathilde contuvo la respiración, mientras el hombre observaba sus pasaportes y leía su autorización falsificada para viajar a Bretaña. Después abrió el bolso de Mathilde y registró las

maletas de los otros pasajeros. Finalmente, los soldados se marcharon y prosiguieron su inspección en el siguiente compartimiento.

Media hora después, el tren se puso nuevamente en marcha. Era el tercer control al que habían sido sometidos en las últimas horas, y Mathilde tenía los nervios destrozados. Al menos, durante esa parada Marie había permanecido dormida.

Llegaron a Saint Briec, en la costa de Bretaña, al mediodía del día siguiente. El andén estaba lleno de policías, pero nadie les pidió sus documentos. Erik cogió a Marie en brazos y, con el corazón encogido, avanzaron hacia el vestíbulo de la estación. Pasaron frente a un soldado, al que acompañaba un perro de aspecto amenazador, y abandonaron la estación.

A pesar de sus trazas de huérfanos, avanzaron en dirección a la punta Rosalier sin ser importunados. Atardecía cuando llegaron a Saint Laurent de la Mer, una congregación de casas de pescadores construidas con materiales heteróclitos. En los dinteles había inscripciones de fechas, y en las fachadas colgaban aparejos de pesca.

El mar tenía un color cobrizo que presagiaba tormenta. Los Friedberg buscaron la dirección que habían memorizado y llamaron con timidez a la puerta de los Duhamel. En el umbral apareció una mujer enlutada, que les invitó a entrar sin decir una palabra. Una vez en la cocina, siempre en silencio, sacó tres platos de una alacena y vertió en ellos el contenido de un puchero que ardía al fuego.

Los Friedberg comieron con gesto agradecido, respetando el silencio de su anfitriona. Cuando acabaron, Erik pidió hablar con Monsieur Duhamel. La mujer hizo un gesto de asentimiento y salió de la cocina.

Poco después, un joven de aspecto adolescente apareció ante ellos. Erik creyó que se trataba de un malentendido, pero el joven se sentó a la mesa y empezó a explicarles su plan de huida. Se harían a la mar antes del amanecer, y un segundo barco los recogería, a varias millas de la costa, para llevarlos a Inglaterra. Podrían descansar unas horas en una habitación del piso superior, aunque sin descorrer los visillos. Duhamel les avisaría cuando fuese la hora de partir.

Los Friedberg subieron las escaleras y entraron en la habitación. Estaban intranquilos ante la perspectiva de poner su vida en manos de ese joven barbilampiño, pero no podían dar marcha atrás. La alternativa era ser detenidos por la policía y enviados a un campo de concentración. Estaban a un paso de Inglaterra, de la libertad. Tenían que confiar en que aquella no fuese la primera travesía del joven Duhamel; ni tampoco la última.

Marie se quedó dormida sobre la cama de hierro. Sin quitarse la ropa, sus padres se tumbaron en la cama, cada uno a un lado de la niña, y entrelazaron sus manos sobre la almohada. Eran conscientes del peligro de la travesía, de que tal vez fuese la última noche que pasaban juntos. Permanecieron en silencio un rato, para asegurarse de que Marie dormía profundamente.

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo? —le preguntó Erik.

Mathilde apretó la mano de su marido.

—Claro que no.

Erik acercó la mano de Mathilde a sus labios y la besó. Ella pensó en los

refugiados que, antes que ellos, habrían dormido en esa misma cama, y le vino a la mente la imagen de Joel Friedberg con la cabeza apoyada en la mesa de su apartamento berlinés, la fotografía de Erik y Mathilde entre las manos.

—Hay algo que debo contarte —susurró Mathilde.

Erik la miró en silencio.

—Unas horas antes de que tu padre muriese fui a verlo y le pedí...

—No tienes que darme explicaciones —le interrumpió Erik.

—Pero quiero hacerlo.

Erik selló con dos dedos los labios de su mujer.

—Si me sucede algo mañana —le dijo a Mathilde—, quiero que sepas que mi vida habrá merecido la pena. Marie y tú sois lo mejor que me ha sucedido.

Unieron sus brazos por encima de la niña y permanecieron así un largo rato. Erik empezó a roncar suavemente, pero Mathilde fue incapaz de dormir. Cada vez que cerraba los ojos tenía un presentimiento aciago sobre la travesía.

Al cabo de una hora en la cama, decidió bajar a la cocina para beber un vaso de agua. La casa estaba a oscuras, pero los rescoldos de un fuego brillaban en la cocina. El joven Duhamel estaba sentado a la mesa, con una taza entre las manos.

—Venía a buscar un poco de agua —se justificó Mathilde.

El hombre cogió un vaso de la alacena, lo llenó de agua y se lo dio.

—Necesito hablar con su marido —dijo el pescador—. ¿Está despierto?

—Acaba de dormirse —respondió ella—. ¿Pasa algo?

—Tenemos un problema.

Mathilde tragó con dificultad un sorbo de agua.

—El tiempo ha empeorado en las últimas horas —explicó Duhamel—. Con esta marejada no debería hacerme a la mar, pero voy a intentarlo. El problema es el peso... Uno de ustedes tiene que quedarse en tierra.

Mathilde le prometió al pescador que hablaría con Erik. Intentó sonreír mientras le deseaba las buenas noches, pero fue incapaz de hacerlo.

Marcel Duhamel se levantó a las cinco de la mañana, descansado a pesar de las escasas horas de sueño.

Tras la detención de su padre se había hecho cargo del langostero «La belle Helène» y ayudado a varios judíos a escapar de Francia. Aquella forma de resistencia, sin embargo, se había vuelto muy peligrosa. Los alemanes conocían cada vez mejor las costas bretonas, y en su última singladura había estado a punto de ser descubierto.

La llegada de los alemanes a Saint Brieuc, en junio de 1940, había paralizado la actividad pesquera. En previsión de la invasión de Inglaterra, los alemanes habían requisado muchas embarcaciones, y el puerto de Saint Brieuc se vio invadido por una flotilla de embarcaciones que los alemanes intentaban pilotar sin demasiada pericia, abordándose frecuentemente unos a otros. Cuando Hitler renunció a la invasión de Inglaterra, la flota pesquera de Saint Brieuc fue autorizada a volver a la mar, a fin de que el marisco regresara a la carta de los restaurantes parisinos frecuentados por la élite nazi.

«La belle Helène» contaba con un vivero para las langostas en el centro de la embarcación, en contacto permanente con el mar, y la escasa potencia de su motor Bolinders le había permitido no ser requisado por los alemanes.

Debido a los escasos litros de gasoil obtenidos cada mes, Duhamel reservaba el uso del motor para superar las corrientes más fuertes, privilegiando la pesca en las inmediaciones del puerto. El alquitrán para calafatear los cascos podía encontrarse en abundancia, pero la escasez de tela hacía casi imposible reparar las velas, que solían pudrirse en su parte inferior y sufrir desgarrones.

Los alemanes obligaban a cada patrón a llevar un cuaderno de viaje, que los aduaneros validaban a la entrada del puerto para verificar que el número de tripulantes era idéntico. Cada tarde, una embarcación de la autoridad portuaria comprobaba que todos los barcos habían regresado a puerto y, si era preciso, remolcaba a los que se demoraban.

Las salidas de Duhamel, legales e ilegales, tendrían que espaciarse a partir de los próximos días. La *Kommandantur* había conminado a todos los hombres de Saint Brieuc a presentarse como *voluntarios*, a cambio de 50 francos diarios y un plato de sopa, para trabajar en la fortificación del muro atlántico, destinado a proteger la costa francesa de una hipotética invasión aliada.

Duhamel se lavó y bebió una taza de café. A continuación, subió las escaleras y le pidió a los Friedberg que se preparasen para partir. Las autoridades del puerto cambiaban el turno de guardia a las seis de la mañana, y tenían que aprovechar esa ventana de cinco minutos si querían hacerse a la mar sin ser descubiertos.

Era noche cerrada cuando salieron a la calle. Una lluvia fina acariciaba los tejados dormidos, y en la lejanía se oían los ladridos de un perro. Los Friedberg siguieron a Duhamel hasta el espigón del puerto. «La belle Helène» estaba amarrada en el muelle, temblando como una estatua de arena.

El pescador saltó a la embarcación y olfateó la marejada. El oleaje hacía que el barco se balanceara cada vez con más fuerza. Duhamel tensó un cabo y se acercó a los Friedberg, que seguían atentamente sus movimientos desde el espigón.

—¿Han decidido quién de los dos se queda? —les preguntó.

—Lo haré yo —respondió Mathilde.

Erik la miró, sin comprender.

—A causa del temporal, el barco no puede llevarnos a los tres —le explicó su mujer.

—No voy a dejarte sola —replicó Erik, con determinación.

Mathilde se obligó a contener las lágrimas.

—Corres más peligro que yo —le dijo a su marido—. Me reuniré con vosotros en Inglaterra, dentro de unos días.

Duhamel les pidió que se apresuraran. Si no salían inmediatamente, corrían el riesgo de ser descubiertos.

—Nos quedamos todos en tierra —le dijo Erik al pescador.

Duhamel los miró con impaciencia.

—No podemos volver a Morly —susurró Mathilde a Erik—. Tienes que poner a salvo a Marie.

Mathilde abrazó a su marido, que tenía el rostro descompuesto. A continuación, cogió en brazos a Marie y le dio un beso.

—Me reuniré con vosotros muy pronto —le dijo a la niña.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

—Porque el barco no puede llevarnos a los tres. Vas a tener que ser muy valiente. ¿Verdad que lo serás?

Mathilde abrazó a la niña con fuerza y la dejó sobre la cubierta. Sin perder tiempo, el pescador largó amarras.

Antes de que la embarcación se alejase, los dedos de Erik y Mathilde se rozaron en la oscuridad.

Duhamel le indicó a Erik que entrase con la niña en el habitáculo del patrón, para protegerse de los golpes de mar que barrían la cubierta.

En el tambucho olía a brea y pescado frito, y Erik se sentó con Marie en un banco apuntalado a las tablas de madera. A su lado, sobre un soporte metálico, una taza de achicoria balanceaba sus posos.

El barco cabeceaba sobre las olas, afrontándolas por la amura de babor. La marejada se hizo más violenta a medida que dejaban atrás la costa. Erik abrazó a la niña y observó las olas que arremetían contra la proa, escorando la embarcación con sus embates.

La luz del amanecer empezó a teñir las nubes en el horizonte. Había dejado de llover, pero las olas que se cernían sobre el barco producían la impresión de encontrarse en medio de un aguacero.

El mar se enfureció por momentos, y Erik sintió miedo. La embarcación no parecía construida para soportar olas de ese tamaño. ¿Qué experiencia tendría el joven patrón para manejarse en el temporal?

Un barco les hizo señas con una lámpara. Duhamel corrigió su derrota hacia el noroeste, lo cual les obligó a afrontar las olas por estribor. El langostero empezó a escorarse peligrosamente hacia los lados, como un corcho a merced del oleaje.

Erik cogió una boya del suelo, la anudó al pecho de Marie y salió del tambucho para hablar con el patrón.

Al pisar la cubierta, vio que una ola gigantesca se cernía sobre el pesquero, y se agarró a un cabo antes de que la ola se abatiera sobre ellos.

De pie en el espigón del puerto, Mathilde vio alejarse al langostero «La belle Helène» y sintió que algo se rompía en su interior.

Las comunicaciones con Inglaterra habían sido interrumpidas a causa de la guerra, por lo que la probabilidad de reunirse con Erik y Marie era mínima. Sin embargo, necesitaba creer en ella. La guerra acabaría algún día, y entonces volvería a verlos.

Algún día, pero ¿cuándo?

Estaba a punto de amanecer, y el puerto se llenaría pronto de gente. Mathilde necesitaba un lugar para esconderse, pero sentía una profunda desidia. En los últimos años había atravesado momentos difíciles, pero nunca se había sentido tan vacía. Erik y Marie le habían ayudado a sobrellevar la desesperanza. Ahora estaba completamente sola.

Caminó hacia las fachadas que se elevaban frente a la línea del mar. A juzgar por el viento que hacía golpear una ventana, una de las casas parecía abandonada. Se acercó a la entrada y vio que la puerta no tenía cerradura. La empujó con el pie y entró en un pasillo en el que resonaban los chillidos de las gaviotas.

La casa no había sido habitada desde hacía años y estaba sucia, pero la protegería de la lluvia y del viento. Entró en una habitación que había servido antaño de dormitorio. La cómoda se había desmoronado a causa de las goteras, pero la cama seguía en pie. El colchón tenía cercos de humedad, y Mathilde lo arrastró al suelo. Se arrebujó en su abrigo y se tumbó sobre el somier metálico.

Tenía ganas de llorar, pero el convencimiento de que su marido y su hija estaban a salvo la reconfortó. Tal vez Duhamel hiciese otra travesía en los próximos días y pudiese llevarla.

El agotamiento hizo que no tardara en quedarse dormida. La despertaron las campanas de una iglesia. El sol estaba alto en el cielo, y sentía hambre. Tendría que gastar una parte de los doscientos francos que llevaba cosidos en el forro de su abrigo.

Se alisó la ropa y, tras asegurarse de que nadie la observaba desde los edificios contiguos, salió a la calle desierta.

Caminó hasta la casa de Duhamel y llamó a la puerta. Percibió movimiento en la cocina, pero nadie se acercó a abrir. Mathilde volvió a llamar, esta vez con más fuerza. La madre de Duhamel apareció frente a ella. Tenía los ojos hinchados, como si hubiese estado llorando, y miró a Mathilde como si fuera un espectro.

—¿Está su hijo en casa?

Sin decir nada, la mujer le dio la espalda y regresó a la cocina. Mathilde cerró la puerta y la siguió. Sobre la mesa había una botella de vino casi vacía.

—Mi hijo ha muerto —dijo la mujer—. Su cadáver fue arrojado ayer a la playa, junto al de su marido.

Mathilde sintió que se mareaba y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer al suelo. La madre del pescador le sirvió un vaso de vino, que Mathilde bebió de un

trago.

—¿Qué día es hoy?

—Miércoles.

Nada de aquello tenía sentido. Erik y Marie se habían embarcado en «La belle Helène» en la madrugada del martes. ¿Había dormido veinticuatro horas seguidas a causa del agotamiento?

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Mathilde con ansiedad.

—No han encontrado su cuerpo. Es posible que haya sobrevivido al naufragio.

Mathilde observó los cuchillos que colgaban de la pared, encima de la cocina de leña. La madre del pescador le dijo algo, pero no consiguió entender sus palabras. La cabeza empezó a darle vueltas, y sintió que se desmayaba.

Mathilde vio la luz del sol a través de los visillos y notó que sus sentidos se habían aguzado. Era capaz de oír el crepitar de la cocina de leña; el péndulo de un reloj en el piso inferior de la casa; los pasos de una gaviota sobre el tejado.

Se encontraba en la misma cama en la que había dormido con Erik y Marie, la noche antes de embarcarse hacia Inglaterra. Tal vez todo había sido una pesadilla.

Se levantó de la cama y empezó a llamar a Marie. Instantes después, la madre del pescador entró en la habitación. Fue entonces cuando Mathilde tuvo la certeza de que no había sido un sueño.

—¿Cuándo será el... funeral? —le preguntó a la mujer.

—No habrá funeral. La cofradía de pescadores enterró los cadáveres ayer. Alguien se fue de la lengua, y los alemanes han estado haciendo preguntas sobre un matrimonio que llegó a Saint Briec con una niña.

Mathilde se sentó en la cama y empezó a sollozar. Tal vez Marie había sido recogida por un barco y se encontraba a salvo en Inglaterra. Quizá había sido arrojada con vida a la costa. Su corazón quería creer en ello, pero su cabeza le decía lo contrario.

—No puede quedarse aquí —dijo la mujer—. Los alemanes vendrán a buscarla.

Mathilde no podía marcharse de Saint Briec. Allí reposaban los restos de su marido; y tal vez pronto lo hiciesen los de Marie.

—Si me envía una carta con su nueva dirección —propuso la mujer—, le escribiré para darle cualquier noticia que tenga de la niña.

Mathilde no podía regresar a Morly. Su marcha repentina habría generado una gran curiosidad entre sus vecinos. Y muchas preguntas.

—¿Tiene un sitio al que ir?

Mathilde negó con la cabeza, y la madre del pescador la miró con conmiseración. El naufragio de «La belle Helène» no sólo se había llevado a su hijo, sino también su medio de sustento. Al igual que Mathilde, lo había perdido todo.

—Mi sobrino tiene que ir dentro de unos días a Aix-en-Provence —ofreció la mujer—. Puedo pedirle que la lleve.

Saint-Coulomb, diciembre de 1943

Robert Langlois se levantó de la cama con dolor de espalda. El invierno estaba siendo más duro que los anteriores; o quizá se lo pareciese a causa de la penuria provocada por tres años de ocupación.

Langlois llevaba varias décadas ejerciendo como cartero en la localidad bretona de Saint-Coulomb, cerca de Saint-Malo, y nunca había tenido tan poco trabajo. El servicio postal francés había sido seriamente perturbado por la ocupación alemana. La mayoría de sus empleados habían sido movilizados, y muchos de ellos estaban detenidos como prisioneros de guerra.

El armisticio firmado con Alemania en 1940 había prohibido las comunicaciones telegráficas, y limitado las conversaciones telefónicas con los departamentos vecinos. En un momento en que la guerra había separado a muchas familias, la correspondencia postal había sido severamente restringida. Las cartas entre la zona ocupada y el extranjero habían sido limitadas a mil unidades diarias, una cuota que cubría una pequeña parte de las necesidades. El correo era controlado en París por los alemanes, y la presencia de cualquier documento comprometedor era castigada con trabajos forzados o la pena de muerte.

Robert Langlois no era un héroe. No había participado en el servicio postal clandestino, que permitía a los miembros de la resistencia comunicar entre ellos, ni había distribuido panfletos contra la ocupación. No obstante, había ayudado a perturbar las comunicaciones alemanas, extraviando cartas de delación, y prevenido a varios de sus vecinos de su inminente arresto.

Langlois se lavó la cara en el aguamanil y observó el retrato de su esposa, que colgaba en la pared. En esa foto, tomada poco después de su boda, ella tenía veinte años y una sonrisa que iluminaba los días de lluvia. Desde el infarto que había provocado su muerte, diez años atrás, Robert Langlois se sentía huérfano.

El cartero se puso su uniforme con lentitud, como si cada movimiento fuese necesario para mantener el equilibrio de un imaginario jarrón asentado sobre su cabeza. Después entró en la cocina y se preparó una taza de achicoria, que acompañó de un trozo de pan.

Antes de salir de casa, pasó por el salón y observó el tablero de ajedrez. En su última jugada, el médico del pueblo le había tomado un caballo y atacado su reina. Robert Langlois observó el tablero por enésima vez, sin decidirse por ninguna de las tres opciones a su alcance.

Habían iniciado esa partida tres meses atrás, y el doctor Duchene tenía en su casa un tablero que replicaba la posición de cada ficha. Cada vez que Robert Langlois le llevaba el correo, le preguntaba si había decidido su próximo movimiento o, si el turno era suyo, le comunicaba su decisión, para que su oponente ajustase las fichas en el tablero. El doctor Duchene solía ser más rápido que Robert Langlois en decidirse. El cartero llevaba una semana reflexionando sobre su próximo

movimiento.

Se subió a su bicicleta Griffon y pedaleó con lentitud hacia Saint-Coulomb, siguiendo el camino de los Aduaneros. El freno trasero de la bicicleta no funcionaba, y el delantero lo hacía mal, pero en esos días era imposible encontrar repuestos.

Observó la punta de Meinga, que se adentraba dos kilómetros en el mar y que le hizo pensar, como muchas otras veces, en un gigantesco transatlántico encallado en la costa.

Al llegar a la playa des Crevrets se apeó de la bicicleta y la dejó sobre la arena. Aquel había sido el lugar favorito de su esposa. Desde que había fallecido, Robert Langlois iba todos los días a esa playa antes de repartir el correo, hiciese frío, lluvia o sol. Allí podía hablar con su esposa sin que nadie lo tomase por loco. Le explicaba sus miedos y ansiedades, y le pedía consejo. No estaba seguro de que su esposa lo escuchase, pero ese ritual constituía un refugio contra la soledad.

Al acercarse a la orilla, Robert Langlois vio una roca que no recordaba en ese lugar. Su vista había empeorado con los años, y continuó su paseo sin darle importancia. Cuando alcanzó la orilla, comprobó que se trataba en realidad de una niña.

La pequeña estaba helada, y temió que estuviese muerta, pero cuando la cogió en brazos empezó a tiritar. Robert Langlois desató la boya que llevaba atada al pecho y la arropó con la chaqueta de su uniforme. Sin perder tiempo, la llevó hasta donde había dejado su bicicleta, la sentó sobre el manillar y pedaleó lo más rápido posible hacia Saint-Coulomb.

La niña había debido de caerse de un barco, o quizá sobrevivido a un naufragio. Desde el comienzo de la guerra, la aparición de ahogados en las inmediaciones de Saint-Coulomb no resultaba inusual. Algunos eran pescadores, pero en su mayoría se trataba de fugitivos que intentaban alcanzar Inglaterra, y cuyos cuerpos eran enterrados con rapidez por los lugareños para evitar preguntas de los alemanes.

Quizá no fuese buena idea llevar a la niña a Saint-Coulomb. El médico vivía en el centro del pueblo, y mucha gente lo vería llegar con la pequeña. Sería mejor llevar a la niña a su casa y pedirle al médico que acudiese a examinarla.

La respiración de la pequeña era irregular, y su frente estaba ardiendo. Robert Langlois le susurró al oído que todo iría bien y pedaleó con más fuerza. Su vivienda estaba situada cerca de un promontorio rocoso en el que solía concentrarse la niebla, y Langlois enfiló con dificultad la cuesta que conducía a la casa.

Dejó la bicicleta apoyada en un muro y entró con la niña en brazos. Decidió acostarla en la habitación en la que había dormido su mujer al final de su enfermedad y que, desde entonces, había permanecido cerrada.

Abrió las ventanas para ventilar el cuarto, le sacó a la niña sus ropas mojadas y la metió entre las sábanas. Después le hizo beber un vaso de agua con miel, muy caliente, y la arropó con dos mantas. Le preguntó si sabía dónde estaban sus padres, pero la niña no respondió.

Se subió otra vez a la bicicleta y fue a buscar al médico. El doctor Duchene había combatido en la batalla del Somme durante la Primera Guerra Mundial, hasta que se disparó a sí mismo una bala en un pie para escapar del horror de las trincheras. Sus

conversaciones con Robert Langlois gravitaban invariablemente en torno al ajedrez, pero el cartero había oído rumores de que el médico simpatizaba con la resistencia, de que curaba de forma gratuita a los *maquisards* de los alrededores.

La consulta del médico estaba casi vacía. Al principio, el doctor Duchene creyó que Langlois venía a informarle de su próximo movimiento de ajedrez, pero éste le pidió unos segundos en privado y le explicó lo sucedido. Sin hacer preguntas, el médico dejó a sus pacientes en la consulta, fue a buscar su bicicleta al trastero y siguió a Langlois.

Al llegar a casa del cartero, el doctor Duchene examinó a la niña. La pequeña se sometió al examen sin protestar, pero no respondió a ninguna de las preguntas del médico. Cuando terminó, el doctor Duchene guardó su estetoscopio en el maletín y fue al salón para hablar con Langlois. Este se encontraba de pie, absorto frente al tablero de ajedrez.

—¿Cómo está?

—Padece hipotermia, desnutrición y un fuerte resfriado —explicó el médico—. Considerando que estuvo flotando en el mar en pleno mes de noviembre, ha salido muy bien parada. Lo único que necesita es sopa caliente y compañía, ambas en abundancia.

Langlois observó el tablero de ajedrez. A diferencia de lo que sucedía en la vida, en el ajedrez había unas reglas muy precisas. Sólo había que respetarlas para mantenerse en territorio seguro.

Le dio las gracias al médico y lo acompañó hasta la puerta. Después fue a la habitación y vio que la niña se había quedado dormida. Pensó, con desazón, que su mujer habría sabido gestionar esa situación mejor que él. Langlois nunca había sabido tratar con los niños; ni, exceptuando a su esposa, tampoco con las mujeres.

Eran las once de la mañana, y todavía no había empezado el reparto del correo. Aunque no había muchas cartas que entregar, ni medios para hacerlo, en todos sus años de servicio sólo había faltado un día a su rutina. Y había sido para asistir al funeral de su esposa.

Langlois fue a la cocina y puso agua a hervir. Vertió en la olla unas gotas de aceite, un poco de sal y un muslo de pollo que había reservado para la cena. Pensó en qué hacer con la niña, pero no alcanzó ninguna conclusión. En momentos como ese era cuando más echaba de menos a su esposa.

Mientras revolvía la sopa, decidió atacar el caballo del doctor Duchene con el alfil y forzar un intercambio de piezas. Era una opción arriesgada, pero la mejor a su alcance. Lástima que la vida no fuese tan sencilla como el ajedrez.

Maiwen se acercó al acantilado y escrutó el mar entre los jirones de niebla. Observó el cabo Fréhel y extendió la vista hacia la península del Cotentin.

Siguiendo la costa hacia el este se encontraba la localidad de Dunkerke, donde había muerto su único hijo al poco de comenzar la guerra. Poco después de recibir la noticia, el marido de Maiwen se había despeñado por ese mismo acantilado mientras pastoreaba su rebaño de ovejas, en un accidente que muchos habitantes de Saint-Coulomb consideraron un suicidio.

Las expropiaciones alemanas habían reducido el rebaño de Maiwen a una sola oveja, pero no por ello había dejado de producir queso, aunque las cantidades eran tan pequeñas que ni siquiera cubrían su propio consumo. Antes de la guerra, Maiwen vendía sus quesos en las ferias, pero los alemanes habían prohibido su celebración.

La mujer observó el mar y pensó en su hijo, un muchacho alegre que había sido muy apreciado por las jóvenes de los alrededores. Maiwen había pensado varias veces en acabar con su vida, pero no quería irse del mundo hasta que la ocupación de Francia hubiese tocado a su fin. Su hijo había muerto por esa causa, y ella debía resistir hasta ver su objetivo cumplido.

Unas nubes de lluvia se habían levantado sobre el mar, creando reflejos cenicientos en su superficie. Maiwen se dio la vuelta para regresar a casa, y vio acercarse a Robert Langlois en su bicicleta. Cuando tenía correo, Langlois solía llevárselo a última hora de la mañana, y su visita resultaba inusual para alguien de costumbres tan fijas. Maiwen se arregló el pelo de forma inconsciente. De jóvenes, Robert había tonteado con ella en algún baile. Aunque de eso hacía mucho tiempo.

—Necesito tu ayuda —dijo Langlois, sin siquiera darle los buenos días—. ¿Puedes venir a mi casa?

Maiwen nunca había visto a su vecino tan alterado. Sin preguntarle qué sucedía, lo siguió por el camino que bordeaba la costa.

Al llegar a su casa, Maiwen reparó en las contraventanas cerradas y los cercos de polvo sobre los muebles. La última vez que había estado en el domicilio de Langlois había sido durante el velatorio de su mujer.

Entraron en la habitación donde dormía la niña. Maiwen la observó durante unos instantes, y le hizo un gesto al hombre para que le acompañase a la cocina.

—¿De dónde ha salido?

—La encontré en la playa des Chevrets esta mañana. El doctor Duchene dice que necesita compañía y sopa caliente.

De repente, Langlois se acordó de que el marido de Maiwen había sido devuelto por el mar en la playa des Chevrets. Tal vez no hubiese sido buena idea llamarla.

—¿Sabe alguien más que está aquí? —preguntó Maiwen.

—Sólo el doctor Duchene.

Maiwen le echó un vistazo a la olla que descansaba sobre la cocina de leña.

—¿Le has preguntado dónde viven sus padres?

—Sí, pero no ha dicho una palabra.

Maiwen regresó a la habitación. La pequeña dormía boca arriba, con una mano apoyada sobre la almohada. Debía de tener cuatro o cinco años, y estaba sin duda conmovida por lo sucedido.

—Puedes ir a repartir el correo —le susurró a Langlois—. Yo me quedo con ella.

Robert Langlois experimentó una profunda sensación de alivio. Antes de que su vecina cambiase de idea, le dio las gracias y se marchó.

Cuando se quedó sola, Maiwen acercó una silla a la cama y veló el sueño de la niña. Ésta empezó a delirar y su frente se perló de sudor, pero Maiwen le acarició el pelo hasta que volvió a tranquilizarse. A continuación recogió su ropa, la lavó en el fregadero y la puso a secar junto a la cocina de leña.

Probó la sopa que había preparado Langlois, y se dijo que era un milagro que hubiese sobrevivido diez años cocinando de esa forma. Buscó condimentos en las alacenas, pero lo único que encontró fueron unas hojas de laurel. Las vertió en la sopa y, tras avivar el fuego, añadió un poco de sal y aceite. Al darse la vuelta, vio a la niña en el umbral de la cocina.

—¿Dónde está mi papá?

Maiwen reflexionó sobre cómo responder a esa pregunta. No le gustaba mentir a los niños, pero tampoco tenía la certeza de que sus padres se hubiesen ahogado.

—Se ha ido de viaje por una temporada —respondió finalmente.

—¿Cuándo volverá?

Maiwen acarició el pelo castaño de la niña. Como buena bretona, sabía que la mejor forma de responder a una pregunta era con otra pregunta.

—¿Tienes hambre?

La niña asintió. Su ropa tardaría en secar, y Maiwen la arropó con una manta antes de sentarla en una silla.

—Yo me llamo Maiwen. ¿Y tú?

—Marie.

La mujer le sirvió un tazón de sopa con el muslo de pollo. La niña comió con avidez, como si no hubiese probado bocado en una semana. Su rostro conservaba la tristeza de los naufragos, pero empezaba a recuperar el color.

—¿Está rica la sopa?

Marie respondió con una sonrisa, que hizo pensar a Maiwen que los niños eran más fuertes que los adultos. Si se les daba cariño, eran capaces de arrinconar todas las tragedias en el fondo de su alma, de poner nuevamente a cero el reloj de su vida. *Ojalá fuese así en el caso de Marie.*

Robert Langlois acabó de repartir el correo al caer la tarde. Entró en su casa de puntillas, por si la niña seguía durmiendo, pero la cocina estaba vacía y, en el dormitorio, la cama estaba hecha. Revisó una a una las habitaciones, pero no encontró a Maiwen ni a la niña por ningún lado.

Lo primero que pensó fue que los alemanes las habían detenido, pero la casa estaba en perfecto orden. Se subió a la bicicleta y pedaleó en dirección a la casa de Maiwen. En las ventanas no había luz y, por mucho que llamó a la puerta, nadie le abrió.

Regresó a su casa en bicicleta, cada vez más nervioso. ¿Habría Maiwen acudido a las autoridades alemanas? Si era así, Langlois tendría dificultades. Perdería su trabajo y acabaría probablemente en un campo de concentración.

Al regresar por el camino de los Aduaneros, vio a Maiwen y la niña caminando de la mano. Venían de la playa des Chevrets.

—Me has dado un susto de muerte —le reprochó a Maiwen.

—Marie y yo fuimos a dar un paseo por la playa, para ver si encontrábamos a su padre.

Robert Langlois se alegró de haberle pedido ayuda a Maiwen. Al menos sabían que la niña se llamaba Marie.

—He preparado algo de cenar, aunque no tenías muchas cosas en la despensa —añadió Maiwen.

—No tenías que haberte molestado.

—No ha sido ninguna molestia.

Al llegar a casa de Langlois, Maiwen destapó una olla y sirvió en una fuente la col hervida. Se sentaron alrededor de la mesa y comieron con ganas, aunque habrían agradecido unas patatas para acompañar la verdura.

Cuando acabaron de cenar, había caído la noche. Maiwen llevó a Marie a la habitación, le dio un beso en la frente y dejó el quinqué encendido. Al regresar a la cocina, vio que Langlois tenía la mirada perdida en su vaso.

—Su padre iba con ella en el barco —susurró Maiwen.

—¿Y su madre?

—Al parecer, se quedó en tierra.

—¿Te ha dicho de dónde es?

—De un pueblo llamado Morly, en Provenza.

El cartero bebió un sorbo de agua. La seguridad de su vecina lo tranquilizaba.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó Maiwen.

Robert Langlois reparó en su uso del plural, pero no hizo ningún comentario. Provenza se encontraba a mil kilómetros de Saint-Coulomb y, con el país ocupado por los alemanes, lo único que podían hacer era esperar.

—Se ha hecho tarde —dijo Maiwen—. Será mejor que me vaya.

Los ojos de Robert Langlois se cruzaron con los de su vecina. Se sentía muy cómodo en ese momento, como no lo había hecho desde la muerte de su esposa.

—Te agradecería que cuidases de la niña en los próximos días, mientras yo voy a trabajar —balbuceó el cartero—. Hasta que se encuentre mejor.

—Claro —respondió Maiwen, con una sonrisa—. Hasta que se encuentre mejor.

Robert Langlois se detuvo en el café de la plaza cuando acabó de repartir el correo. Había transcurrido una semana desde la llegada de Marie a Saint-Coulomb, y la vida del cartero había dado un vuelco. Esa mañana se había olvidado de dar su paseo por la playa des Chevrets.

Maiwen iba todos los días a su casa para cuidar de la niña y, cuando Langlois regresaba, cenaban juntos y se explicaban las pequeñas anécdotas que habían jalonado su día. A veces, Robert Langlois se descubría contándole a Maiwen cosas que sólo había compartido con su mujer. Por primera vez en muchos años se sentía optimista, y pensó que era debido a la aparición de Marie.

Dejó su gorra sobre la barra y le pidió al propietario del café un vaso de limonada. Antes de que muriese su mujer, Langlois solía ir a ese café al acabar el reparto del correo. El fallecimiento de su esposa lo había cambiado todo, arrastrándolo a una indiferencia de la que sólo conseguían sacarlo sus partidas de ajedrez con el doctor Duchene. Langlois bebió un trago de limonada y comprobó que tenía un sabor diferente al que recordaba. Tal vez porque estaba hecha con sacarina, en lugar de azúcar.

El propietario del café se inclinó hacia él y, empleando un tono de confianza, le susurró:

—El doctor Duchene ha sido detenido por los alemanes.

Robert Langlois dejó el vaso sobre el mostrador.

—¿Cuándo?

—Fueron a buscarlo esta mañana a su consulta. Lo han llevado a Saint Malo para interrogarlo.

Langlois dejó una moneda sobre la barra y salió del café. Sometido a tortura, el doctor Duchene acabaría hablando a los alemanes de Marie; si no lo había hecho ya.

Langlois pedaleó con rapidez de vuelta a casa. Hacía un día gris, y la humedad le empapó el rostro. Lo mejor sería pedirle a Maiwen que escondiese a la niña durante unos días, pero se trataba de una solución provisional. Los alemanes registrarían las casas de los alrededores y terminarían por encontrarla.

Al llegar a su casa, vio en el mar arreboles de tormenta. Un automóvil con las insignias de la cruz gamada se acercaba a gran velocidad por el camino de los Aduaneros. Langlois miró hacia las ventanas de la casa. No tendría tiempo para esconder a la niña.

El vehículo se detuvo frente a la casa, y dos hombres descendieron de él. Se identificaron como miembros de la Gestapo y ordenaron a Langlois que abriese la puerta. No tenía sentido oponerse. El doctor Duchene había confesado bajo tortura, y la pesadilla de Langlois estaba a punto de hacerse realidad. La niña sería detenida, y él acabaría en Alemania, en un campo de concentración.

Uno de los hombres esperó frente a la puerta, mientras el otro inspeccionaba la casa. Los minutos discurrieron con una lentitud exasperante, sin que Langlois oyese ningún ruido.

El hombre salió finalmente de la casa y, sin dirigirle la palabra al cartero, le indicó a su compañero que entrara en el coche.

Langlois respiró al ver alejarse el automóvil por el camino de tierra. En esa ocasión habían tenido suerte, pero la Gestapo seguiría buscando a la niña. Marie no podía permanecer en Saint-Coulomb.

Maiwen entró con la niña en la bodega. Desde su llegada a Saint-Coulomb, Marie la seguía a todas partes como un perro faldero. Las primeras noches se había despertado frecuentemente, pero las pesadillas habían ido remitiendo y había recuperado la sonrisa.

Desde la muerte de su hijo, Maiwen no estaba en buenos términos con Dios. No obstante, consideraba a la niña un regalo de la providencia. Era *ella* quien necesitaba a Marie, más que a la inversa.

Tras su llegada a Saint-Coulomb, la pequeña le había devuelto las ganas de vivir, perdidas tras la muerte de su hijo en esa guerra sin sentido. Maiwen se sentía necesaria para la niña, y ese hecho despertaba en ella una energía que no había experimentado en años.

Con la ayuda de Marie, la mujer mezcló la leche en la prensa hasta formar una pasta sólida. Antes de la guerra, Maiwen fabricaba quesos de cinco kilos de peso. Desde el comienzo de la ocupación, sin embargo, la leche se había convertido en un artículo de lujo. Para fabricar un kilo de queso hacían falta cinco litros de leche, una cantidad que su oveja necesitaba casi una semana para producir. Sin embargo, la fabricación de queso se había convertido para Maiwen en una forma de resistencia, en un instrumento para convencerse de que su destino aún le pertenecía.

Calentó la pasta y la dejó en un molde. La masa láctea tendría que reposar durante varias semanas, a la temperatura y humedad adecuadas. Maiwen no pudo evitar preguntarse si, cuando el queso estuviese listo, Marie seguiría viviendo con ella en Saint-Coulomb.

La mujer oyó que Robert Langlois le llamaba desde el exterior. Su voz sonaba tan seria que Maiwen intuyó que pasaba algo. Le pidió a la niña que esperase dentro de la bodega y salió para hablar con su vecino.

—La Gestapo se ha presentado en mi casa para buscar a la niña.

—¿Cómo sabían que estaba allí?

—El doctor Duchene ha sido detenido por los alemanes.

Maiwen se frotó las manos con nerviosismo; Langlois reparó en que estaba temblando.

—Es demasiado peligroso que se quede en Saint-Coulomb.

—No creo que vuelvan a buscarla —replicó Maiwen, sin convencimiento—. Además, ¿dónde va a ir?

—A Morly, con su madre.

Ni siquiera sabían si su madre vivía allí. Y, con el país ocupado por los alemanes, viajar se había convertido en una tarea casi imposible.

—¿Y cómo pretendes llevarla?

—No lo sé. Algo se me ocurrirá.

Maiwen giró la cabeza para ocultar las lágrimas que empezaban a rodar por sus mejillas. ¿Qué sería de ella cuando Marie se hubiese marchado?

Provenza, enero de 1944

Henri se apoyó en el capó del automóvil y encendió un cigarrillo. Llevaba casi una hora esperando la llegada del cargamento y empezaba a impacientarse. Aunque la carga iba oculta bajo fardos de heno, el largo viaje desde Bretaña multiplicaba la probabilidad de que los alemanes la interceptasen.

Las tropas aliadas acababan de desembarcar en Normandía, pero los *boches* tenían recursos suficientes para arrasar Francia antes de retirarse. La prioridad de Henri en ese momento era permanecer con vida y, dentro de lo posible, posicionarse en la lucha de poder que ocurriría al final de la ocupación.

Unas horas antes había enviado a Londres, utilizando su radio B2, la información obtenida sobre la refinería de Lavéra. Aunque su contacto en el SOE no le había explicado el motivo, Henri suponía que los aliados planeaban sabotear la instalación.

Con sus quinientos trabajadores, el complejo industrial de Lavéra tenía capacidad para refinar anualmente 350.000 toneladas de petróleo y, desde finales de 1942, cuando los alemanes invadieron la mitad de Francia controlada por el régimen de Vichy, la refinería abastecía de combustible a las tropas alemanas estacionadas en el sur de Francia.

Henri había sido uno de los primeros operadores de radio, conocidos como *pianistas*, en la sección francesa del SOE británico. El Ejecutivo de Operaciones Especiales había sido creado en 1940 por Winston Churchill con el objetivo de «incendiar Europa», y su misión consistía en llevar a cabo actividades de espionaje y sabotaje en los territorios ocupados por Alemania.

Henri se había alistado en el ejército francés antes de que Francia le declarase la guerra a Alemania. Había sido una decisión irreflexiva, tomada más por deseos de aventura que por patriotismo. Después de un entrenamiento de varios meses, había sido destinado al ejército de marina. La guerra lo sorprendió a bordo de la fragata *Robespierre*, que fue torpedeada por un submarino alemán en las inmediaciones de Saint-Nazaire. Henri consiguió saltar al agua antes de que las calderas del buque explotaran, y alcanzó la costa a nado.

Durante el caos generado por la invasión alemana, permaneció junto a otros soldados franceses en un campamento de la Cruz Roja, donde le proporcionaron ropa, comida y la perspectiva de un trabajo. El médico del campo, un escocés de voz estentórea y ojos diminutos, resultó ser un agente de reclutamiento del SOE británico.

Henri partió hacia Inglaterra unos días después, acompañado de varios jóvenes de diversas nacionalidades, en un barco que los recogió en una playa próxima a Saint-Nazaire.

Al llegar a Inglaterra, con sus instrucciones de viaje memorizadas, los jóvenes cambiaron varias veces de tren hasta alcanzar la localidad escocesa de Mallaig. En el

cercano castillo de Inverailort, numerosos reclutas eran adiestrados en el arte de la guerra, antes de ser enviados de vuelta a los países europeos ocupados por Alemania.

Las enseñanzas del SOE estaban basadas en el convencimiento de que un comando bien entrenado podía causar más daño que un regimiento de fuerzas regulares. Henri recibió su formación en técnicas de supervivencia, combate armado y la especialidad local: el «asesinato silencioso». En Inverailort aprendió a sobrevivir a la intemperie, a cuidar su higiene en situaciones inhóspitas, así como técnicas de navegación, orientación, lectura de mapas, código morse y utilización de explosivos.

Tras su paso por Inverailort, recibió su formación como paracaidista en Ringway, en las inmediaciones de Manchester, y realizó varios saltos por debajo de 150 metros, la altitud a la que los aviones podían volar sin ser descubiertos por el radar.

A continuación fue enviado a North Berwick, en Escocia, para recibir su adiestramiento como radio-operador. Finalmente, en Beaulieu aprendió a vivir en la clandestinidad sin ser descubierto, y conoció la utilidad de las dos píldoras que formaban parte del equipamiento básico de todo recluta del SOE: benzadrina para mantenerse despierto, y la píldora «L», que permitía suicidarse en apenas quince segundos. En caso de ser detenidos por los alemanes, los agentes del SOE no recibirían la consideración de prisioneros de guerra ni podrían acogerse a las disposiciones de la Convención de Ginebra; de ahí la importancia de no ser capturados.

Concluido su entrenamiento, Henri fue lanzado en paracaídas sobre Francia. Ese día soplaba un fuerte viento, y el piloto estuvo a punto de cancelar el vuelo. Al acercarse al lugar convenido, el instructor le dio a Henri un vaso de ron, ató su paracaídas a un gancho y abrió una trampilla. Cuando los motores del avión se apagaron, y vio encenderse una luz verde, Henri saltó al vacío.

Su paracaídas se abrió instantáneamente, poco antes de tocar el suelo. Tras comprobar que estaba solo, recogió la maleta en la que se encontraba su equipo de radio, enterró el paracaídas con una pequeña pala y corrió a esconderse entre los árboles.

Pasó las primeras noches en un bosque cercano a Aix-en-Provence, enviando a Londres la escasa información obtenida sobre las posiciones alemanas en la zona. Cada radio-operador del SOE poseía un nombre en clave y unos códigos cifrados que le habían sido transmitidos en persona, para dificultar su interceptación por la *Abwehr* alemana.

Unos días después se estableció en Aix-en-Provence y creó una red de colaboradores, con el objetivo de informar al SOE sobre la organización de la Gestapo en el sur de Francia, las rutas de aprovisionamiento de la *Wehrmacht* y los nombres de agentes alemanes infiltrados en la resistencia.

Cuando la Gestapo ofreció una recompensa de un millón de francos por su cabeza, vivo o muerto, Henri decidió irse una temporada a Marsella. Esa ciudad no había conocido la ocupación hasta noviembre de 1942, cuando los alemanes invadieron el territorio de Francia controlado por Vichy.

Hasta esa fecha, numerosos judíos acudían a Marsella para embarcarse en dirección a otros puertos del mediterráneo, un hecho que llevó a Hitler a calificar la ciudad de «cáncer de Europa» y ordenar a sus tropas que dinamitasen el barrio situado al norte del Vieux-Port, cuyas calles estrechas eran consideradas por los alemanes un nido de insurgentes. Henri había estado a punto de ser detenido durante la razia de enero de 1943, llevada a cabo por la Gestapo en colaboración con la policía de Marsella, pero consiguió escapar en el último momento.

La refinería de Lavéra, próxima a Marsella, sería un enclave estratégico si los aliados desembarcaban en el sur de Francia. La instalación estaba protegida como una fortaleza y sometida a una vigilancia exhaustiva. Funcionaba con tres turnos de ocho horas, y sólo los trabajadores autorizados podían acceder al recinto. Los aprovisionamientos de materiales se realizaban los lunes por la mañana, en camiones escoltados por vehículos acorazados.

El complejo estaba cercado por una valla electrificada, con siete torretas ocupadas por soldados con ametralladoras MG42, capaces de disparar 1500 balas de 7.92 milímetros por minuto. Varios Panzer IV, dotados de cañones de 7.5 centímetros, hacían guardia en las esquinas de la empalizada. Atacar esa fortaleza con tropas de infantería era inviable.

Los alemanes realizaban controles exhaustivos, y sería imposible introducir los explosivos para sabotear la refinería. La única alternativa era bombardear las instalaciones desde el aire, pero las defensas alemanas eran sólidas, y las bases aéreas aliadas se encontraban todavía lejos del sur de Francia.

Henri tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó con su bota. Metió las manos en los bolsillos y acarició los granos de pimienta que llevaba en su interior, el único medio de desorientar a los perros de la Gestapo.

Escuchó un ruido en el camino y, con un movimiento rápido, se escondió detrás del automóvil. Con su pistola en la mano, vio aparecer un carro cubierto de fardos de heno. Al lado del conductor iba una mujer, lo cual no formaba parte del plan.

—¿Quién es? —preguntó Henri, apuntando a la mujer con su pistola.

—Está escapando de los alemanes —respondió, con un fuerte acento bretón, el hombre que sostenía las riendas.

Henri se acercó al carro y sintió un cosquilleo. La mujer tenía un gran parecido con su hermana Sophie, fallecida unos meses antes de que comenzara la guerra.

—¿Cómo te llamas?

—Mathilde —respondió ella, con voz decidida.

Muchos hombres jóvenes se habían unido a un *maquis*, estaban detenidos como prisioneros de guerra o habían sido enviados como obreros a Alemania. Las mujeres solían pasar más desapercibidas en Francia, y su contribución podía resultar más útil.

—¿Eres judía?

Mathilde no respondió durante unos segundos.

—Quiero unirme a la resistencia.

—¿Por qué? —preguntó Henri, con desconfianza.

—No me queda nada por perder.

Henri miró hacia los lados y guardó su pistola bajo el cinturón. Tal vez le daría una oportunidad a la mujer. Pero antes tendría que asegurarse de que podía confiar en ella.

—Si entras en la organización, no podrás utilizar tu verdadero nombre. A partir de ahora, te llamarás Sophie.

Morly, junio de 1944

Marie bajó al patio para jugar con su muñeca, como cada tarde. Madame Saint Matthieu la había cosido utilizando retazos de tela y, aunque Minette le había arrancado los ojos a arañazos, Marie no se separaba nunca de ella.

Hacía unos meses que vivía en Morly con los Saint Matthieu. Tras buscar infructuosamente a sus padres, el párroco de la localidad había puesto a Robert Langlois en contacto con los Saint Matthieu, que aceptaron quedarse con la niña hasta que sus padres volvieran a buscarla.

El cartero de Saint-Coulomb ignoraba que los Saint Matthieu eran judíos, y que habían conseguido ocultar su identidad gracias a la apariencia católica de su apellido, así como al pago de la totalidad de sus ahorros a un oficial del régimen de Vichy, que se comprometió a borrar sus nombres de los ficheros de la temida *Comisión General para Asuntos Judíos*.

Cuando llegaron los soldados, Marie estaba peinando a su muñeca. Los hombres llevaban uniformes grises y sus botas relucían como la lluvia, y la niña se preguntó cómo harían para que brillasen tanto.

Los soldados avanzaron hacia las escaleras, sin reparar en la niña que observaba, fascinada, sus botas relucientes. Marie se sentó junto al muro y continuó peinando a su muñeca. Los hombres regresaron poco después, acompañados por los Saint Matthieu. Estos llevaban dos maletas, como si fuesen a partir de viaje.

Marie quiso acercarse a Madame Saint Matthieu, pero la mirada de la mujer, unida a la intuición que una niña de cuatro años era capaz de desarrollar en tiempos de guerra hizo que se quedara callada, mientras los Saint Matthieu iniciaban un viaje del que no regresarían nunca.

Marie se sentó en las escaleras, con su muñeca en el regazo. Tenía hambre, pero Madame Saint Matthieu no podría darle la merienda, como las otras tardes.

Al cabo de una hora, Marie decidió subir al apartamento. La puerta estaba abierta, y entró corriendo en el dormitorio, como si un soldado invisible la persiguiese.

A continuación se tumbó en la cama, con su muñeca muy apretada contra el pecho, y cerró los ojos para intentar recuperar el rostro de su madre, cada vez más borroso en el recuerdo.

Marie se despertó con la esperanza de que los Saint Matthieu hubiesen regresado. Entró en la cocina, abrazada a su muñeca, pero el tazón de pan con leche que Madame Saint Matthieu le daba cada mañana no estaba sobre la mesa.

Recordó las botas relucientes de los soldados y tuvo miedo de que volviesen a buscarla. Apretó un poco más la muñeca contra su pecho como si, al resguardarla, se protegiese también a sí misma.

Se acordó del pequeño queso que había fabricado unos meses atrás con Maiwen, y que ésta le había dicho que podrían comer en primavera. Lástima que ya no viviesen juntas.

¿Aceptarían los Renard darle algo de comida a cambio de su muñeca? Marie se asomó con timidez a la escalera y llamó a la puerta de los vecinos. Madame Renard apareció en el umbral. Llevaba una bata descolorida, y una redecilla sujetaba su pelo color platino.

—¿Por qué no te han llevado con ellos?

Marie miró a su muñeca, sin comprender.

—Madame Saint Matthieu me daba siempre un trozo de pan de desayuno...

—Un trozo de pan, un trozo de pan, como si lo regalaran. Si no fuese por los judíos, los *boches* nos dejarían en paz. ¿Se han llevado tu cartilla de racionamiento?

Marie la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué vas a saber tú? Lo único que sabes es mirar como una tonta. Vamos, entra, que se enfría la casa.

El marido de Madame Renard apareció en el pasillo y miró a la niña con curiosidad.

—Dale las sobras de ayer —le pidió su mujer—. Voy a echarle un vistazo al apartamento, antes de que los alemanes hagan una limpieza.

El hombre guió a la niña hasta la cocina y le sirvió una cabeza de pescado. Marie estaba comiendo cuando Madame Renard regresó con una tetera, una sartén abollada y un reloj de cuco.

—Mira qué viejo está todo —observó la mujer.

—¿Has encontrado algo de valor?

Madame Renard sonrió, mostrando su dentadura amarillenta, y sacó de su bolsillo la cartilla de racionamiento de Marie. Todavía tenía los cupones para la leche.

—¿Puedo quedarme con Minette? —preguntó Marie.

—¿Quién es Minette? —preguntó el hombre.

—El gato —resopló Madame Renard—. Como si no tuviésemos suficientes bocas que alimentar.

Marie cerró los ojos e intentó pensar en algo alegre, pero el trastero estaba oscuro y lleno de bichos. Madame Renard la había encerrado allí por decir que su broche le recordaba mucho a uno que había visto lucir a Madame Saint Matthieu.

Al cabo de un rato, la puerta del trastero se abrió, y Madame Renard le ordenó que fuese a buscar sus cosas. La mujer llevaba un vestido muy gastado, y el broche con alas de mariposa que tanto se parecía al de Madame Saint Matthieu.

—¿Adónde vamos?

Madame Renard no respondió. En las últimas horas había conseguido aprovisionar su despensa de azúcar y leche gracias a los cupones de la cartilla de racionamiento de Marie.

La mujer metió en una bolsa la ropa de la niña —un vestido, tres piezas de ropa interior, dos pañuelos amarillentos y unas zapatillas con un agujero en la suela— y le dio la mano para bajar las escaleras.

Arrastrando su muñeca, Marie siguió a Madame Renard por la acera. Había llovido por la noche, y la niña tuvo que esforzarse para no pisar los charcos que se habían formado en la acera.

—¿Adónde vamos? —preguntó Marie.

—Si no quieres dormir esta noche en la calle, será mejor que estés callada.

Se detuvieron en un portal y Madame Renard subió las escaleras, seguida por la niña. Al llegar al primer piso, la mujer llamó a la puerta. Marie vio aparecer a Madame Rosier, su maestra en el colegio.

—Madame Renard, ¡qué sorpresa!

—Necesito hablar con usted. ¿Puedo pasar?

El rostro de Madame Rosier mostraba un evidente recelo, pero las invitó a pasar.

—¿Le apetece un té?

Madame Renard rechazó el ofrecimiento con un ademán de grandeza, como si viniera de tomarlo en el Palacio de Buckingham, y se sentó en el desgastado canapé de cretona. La maestra fue a la cocina y regresó con una manzana para la niña.

—¿No quieres ir a la terraza a ver los canarios? —le preguntó.

Marie le dio un mordisco a la manzana y se alejó, aunque sin perder de vista a las dos mujeres.

—Los Saint Matthieu han sido detenidos por la Gestapo —explicó Madame Renard—. Fíjese en qué peligro he vivido todo este tiempo, relacionándome con ellos.

Madame Rosier la escrutó durante unos instantes, pero no dijo nada.

—Gracias a Dios no se llevaron a la niña —opinó finalmente—. ¿Sabe algo de sus padres?

—Han desaparecido. La niña no tiene a nadie en el mundo.

—Pobre criatura.

—Pobre criatura —repitió Madame Renard—. Desgraciadamente, no puede

quedarse conmigo. Es el primer sitio donde la buscarán los alemanes.

—En eso tiene razón...

—Será mejor que se haga usted cargo de ella.

—¿Yo?

—Al fin y al cabo, es usted su maestra.

Madame Rosier se levantó del sofá y dio una vuelta por la habitación. Si la Gestapo descubría que cobijaba a una niña judía, tendría serios problemas.

—Lo que me propone es muy peligroso —susurró la maestra.

—Nadie tiene que enterarse de que la niña vive con usted.

—Morly es un lugar pequeño, Madame Renard. ¿Cómo pretende ocultar algo así?

—Puede tenerla encerrada en casa. La guerra no va a durar toda la vida.

—¿Y el colegio?

—Enséñele por las noches. Mejor profesora no va a tener.

Madame Rosier reflexionó durante unos instantes.

—¿Y si algún vecino pregunta por ella?

—Diremos que la Gestapo se la llevó con los Saint Matthieu.

El plan era razonable, aunque no sería fácil tener a Marie encerrada en casa. Una niña de cuatro años necesitaba jugar, respirar al aire libre. Desgraciadamente, no les quedaba otra alternativa.

—Tendremos que guardar el secreto hasta que acabe la guerra —dijo la maestra.

—Por lo que a mí respecta, la niña ha dejado de existir.

Madame Rosier se levantó y caminó hacia Marie. La niña estaba tan absorta mirando los canarios que no la vio llegar. La mujer apoyó una mano sobre su hombro.

—¿Te gustan los pájaros?

Marie asintió con la cabeza.

—Los canarios dan mucho trabajo, y me vendría bien algo de ayuda para darles de comer y cambiarles el agua. ¿Te gustaría quedarte conmigo para ayudarme?

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas, y Madame Rosier se las limpió con la manga de su chaqueta.

—¿Echas de menos a tus padres, verdad?

La niña asintió con la cabeza, y Madame Rosier se arrodilló junto a ella.

—Si quieres, esta tarde podemos escribirles una carta.

La niña volvió a asentir. Después, giró la cabeza hacia su maestra.

—Minette tampoco tiene adónde ir. ¿Puede quedarse con nosotras?

Aix-en-Provence, junio de 1944

El sonido de la ducha en la habitación contigua despertó a Mathilde, rebautizada en la resistencia como Sophie. Tiró de la sábana para cubrir su cuerpo y se acordó de Marie, a la que encantaba esconderse bajo las sábanas y fingir que estaba en un túnel.

El recuerdo de su hija le provocó un dolor tan intenso que se obligó a pensar en otra cosa. Lamentándose no conseguiría nada. Lo único que podía hacer era colaborar con la resistencia para que la guerra acabase lo antes posible. Sólo entonces podría buscar a su hija.

El sonido del agua se apagó, y Sophie vio aparecer a Henri con una toalla anudada a la cintura, el torso salpicado de gotas de agua. Henri se acercó a la cama y dejó caer la toalla, mostrándose ante ella sin pudor. A continuación, se deslizó bajo las sábanas y acarició sus pechos. Sophie lo dejó hacer, como si fuese otra mujer quien recibiese sus caricias.

Recordó la visita de Vancelle, el amigo de Henri, la tarde anterior. Los dos hombres tenían negocios en común, aunque Sophie no sabía exactamente cuáles. A pesar de que Henri estaba ausente, Vancelle había insistido en esperarlo. Durante casi una hora había escrutado a Sophie con sus ojos burlones y, finalmente, había intentado besarla. Henri había aparecido cuando Sophie ya no sabía qué hacer para mantener alejado a Vancelle.

Henri besó sus pechos, y el contacto con las gotas de agua que poblaban su rostro hizo recordar a Sophie su último viaje con Erik a Lübben. La felicidad no había durado mucho tiempo, pero había sido tan intensa que no se arrepentía de haberse casado con él.

Cuando acabaron de hacer el amor, Henri se sentó en la cama y encendió un cigarrillo. Expulsó el humo en dirección al techo y se levantó para buscar algo en el bolsillo del pantalón. Extrajo un papel, en el que estaban anotadas varias direcciones, y se lo tendió a Sophie.

A continuación se vistió y, sin explicarle adónde iba, salió del apartamento. Sophie permaneció en la cama durante unos minutos, sin moverse. Henri pensaba que era judía, y ella no había querido sacarlo de su error. Hasta cierto punto, era una forma de honrar la memoria de su marido. Erik era el hombre más íntegro que había conocido.

Sophie pensó en el final de la guerra y en Marie. Unos días atrás había enviado una carta a Madame Duhamel, a Saint Brieuc, y otra a los Saint Matthieu, a Morly, pidiéndoles que le escribieran si tenían noticias de la niña. Por el momento, no había recibido respuesta.

Se levantó de la cama y fue a la cocina para beber un vaso de agua. Hitler perdería seguramente la guerra, pero ella había perdido la suya el día en que se separó de Erik y Marie en el puerto de Saint Brieuc.

La incertidumbre sobre el paradero de su hija amenazaba con volverla loca. Tal vez Dieter pudiese ayudarle, aunque dudaba de que siguiese trabajando en la Embajada Alemana en París. Era un soldado y estaría luchando en el frente. Si seguía vivo, era improbable que pudiese hacer nada por Marie.

Se acordó de sus padres y pensó que la vida en Berlín tampoco sería fácil. Los aliados estaban bombardeando Alemania, y la capital del *Reich* sería su principal objetivo. El barón von Eisler era un hombre influyente y tal vez podría ayudarle a encontrar a Marie. No estaba segura de que aceptase, pero no perdía nada por intentarlo. Decidió escribirle una carta, que dejaría en el cuartel alemán de Aix-en-Provence, en un sobre dirigido al barón von Eisler, con domicilio en Französische Strasse.

Cogió un papel y se sentó en la cama para escribir. Era la primera vez, en varios años, que se obligaba a utilizar su lengua materna. Desde su llegada a Francia, expresarse en francés había sido una necesidad, y también una forma de oponerse al nazismo.

Observó el papel en blanco durante unos instantes, sin saber qué escribir. La carta sería leída por la censura, por lo que debía ser cuidadosa. Después de tanto tiempo, no sabía qué decirle a su padre. Tal vez éste ya no sintiese nada por ella.

Después de unos instantes de indecisión las palabras empezaron a fluir. Se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos escribir, y dejó que las dudas y remordimientos se plasmaran en el papel.

Le relató a su padre las circunstancias de la desaparición de Marie y, sin mencionar la intervención de Dieter en París, le explicó que su apellido era ahora Dehaene. A continuación le escribió a su padre lo que habría querido decirle durante su último encuentro en Berlín: que lo echaba de menos; que sentía haberlo decepcionado al casarse con Erik, y que nadie le había hecho sentirse tan segura como cuando, de pequeña, se encontraba entre sus brazos.

Acabó su carta con las palabras: «Si todavía significo algo para ti ayúdame a encontrar a mi hija. Marie es lo que más quiero en este mundo».

Sophie esperó en la acera, delante del comercio. El miedo a ser detenida por la Gestapo y los rumores sobre el final de la guerra le impedían dormir bien por las noches. La BBC llevaba días anunciando la inminencia de un desembarco aliado en el sur de Francia.

La lista proporcionada por Henri incluía panaderías, charcuterías y carnicerías que Sophie debía visitar una vez por semana para recoger sobres con dinero. Henri aseguraba que se trataba de contribuciones *voluntarias* para sufragar las actividades de la resistencia, pero Sophie sabía que se trataba de una forma de extorsión.

La penuria generalizada, junto a la decisión del gobierno de fijar los precios de los alimentos, había hecho que las materias primas abandonasen las tiendas para trasladarse al mercado negro. Las carreteras de Francia estaban inundadas de personas que cargaban con maletas llenas de víveres, que revendían en las ciudades a un precio muy superior. La contravención de la ley estaba severamente castigada, y los inspectores de avituallamiento visitaban regularmente las tiendas, pero algunos comerciantes seguían vendiendo todo tipo de alimentos; igual que antes de la guerra, pero a precios mucho más altos.

Sophie esperó a que el último cliente abandonase la carnicería. Al verla entrar, el tendero le pidió que fuese a la trastienda y puso el cartel de «cerrado» en la puerta. Sophie sabía que estaba participando en algo ilegal pero, a fin de cuentas, no hacía más que recaudar una parte de los beneficios obtenidos por gente sin escrúpulos.

El tendero le dio un sobre, y Sophie contó el dinero antes de guardarlo en su bolso. Salió a la calle y regresó directamente al apartamento, para evitar que pudiesen robarle.

Al entrar en el portal, vio descender por las escaleras a Vancelle. El corazón de Sophie empezó a latir aceleradamente. Se dirigió hacia las escaleras, evitando su mirada, pero Vancelle le cortó el paso y clavó en ella sus ojos burlones. Sophie le pidió que lo dejase pasar, pero el hombre no se movió un ápice, como si su azoramiento le divirtiese.

Vancelle intentó besarla, igual que unos días atrás, pero esta vez Sophie le propinó una bofetada. Aprovechando la entrada de un vecino en el portal, corrió a refugiarse en el apartamento de Henri.

Provenza, junio de 1944

Paul Chevalier se desplazó unos centímetros bajo el saliente de roca para protegerse del sol. Con ese calor, ningún animal abandonaría su madriguera. Tendría que esperar al menos un par de horas para avistar una pieza de caza.

Desde el comienzo de la guerra resultaba imposible conseguir munición, y aquellos eran sus últimos cartuchos. Vichy había prohibido la posesión de armas de fuego, pero Paul había cazado en esos montes antes de que llegasen los alemanes; y lo seguiría haciendo cuando se hubiesen marchado.

La invalidez de su padre, a consecuencia de las heridas recibidas durante la guerra de 1914, había permitido a Paul escapar de la movilización general decretada en 1939. Gracias a ello había evitado compartir la suerte de los dos millones de soldados franceses que, desde el armisticio de 1940, se encontraban en cautiverio alemán.

Paul recordó al lobo albino que, unos meses atrás, había atacado varias granjas de los alrededores. Aunque los lobos no solían pesar más de cuarenta kilos, este sobrepasaba la cincuentena y tenía fuerza suficiente para abatir a un buey. Su pelaje era completamente blanco, con excepción de una mancha gris en el entrecejo.

El albino había pasado semanas merodeando las granjas, escarbando debajo de las puertas y atacando los cercados. El miedo solía llevar a las ovejas a romper las vallas, lo cual permitía a los lobos seguirlas por la pradera y degollarlas. Algunos campesinos habían organizado una batida, pero el olor del albino ahuyentaba a los perros, y se vieron obligados a renunciar.

Paul se había lanzado al monte en solitario, armado con su escopeta, para seguir las huellas del animal. Durante los días que duró su búsqueda tuvo la impresión de comunicar con el lobo, como si el viento transmitiese sus pensamientos.

Los lobos solían cazar de noche y dormían durante el día. Igual que los zorros, se acercaban a sus presas sin hacer ruido y caían de un salto sobre ellas. A diferencia de los zorros, sin embargo, no se asustaban durante las batidas. Nunca atacaban al ganado cerca de las madrigueras donde criaban a sus lobeznos y, si caían en un cepo, no dudaban en cercenar la pata prisionera para escapar.

Seguir las huellas del albino no fue una tarea fácil. El lobo evitaba los lugares embarrados, privilegiando las hojas o el terreno seco para no dejar huellas, y caminaba apoyando la pata trasera sobre la marca dejada por la delantera. Un cazador poco experimentado habría podido confundir las huellas de un lobo con las de un perro, pero no Paul. Un lobo tenía la pata más estrecha y las garras más unidas, y sus excrementos contenían restos de huesos, así como una coloración blanquecina. El albino no tenía madrigueras fijas. Solía entrar y salir a horas distintas, y cambiaba frecuentemente de dominios de caza. Su búsqueda le llevó una semana. Cuando lo tuvo a la vista, Paul no disparó. Lo miró desde la distancia, y el lobo

comprendió. A partir de aquel día cambió sus dominios de caza, y ninguno de sus vecinos volvió a verlo.

Paul apoyó la escopeta en el suelo y, con los ojos cerrados, se dejó invadir por el sopor de la tarde. La muerte de Sophie, cinco años atrás, lo había vuelto aún más taciturno. Como los cazadores obligados a guardar silencio para no ahuyentar a sus presas, Paul prefería expresarse con gestos, en vez de palabras.

Nunca había creído en la versión de El Cojo, aceptada por el juez, según la cual Sophie había muerto al dispararse accidentalmente la escopeta de su padre mientras la limpiaba. Nunca sabría qué había sucedido realmente pues, unos meses después de la muerte de su hija, El Cojo se había volado los sesos con la misma escopeta que causó la muerte de ésta, en un acto que muchos interpretaron como un reconocimiento de culpabilidad.

En pocas semanas empezaría la cosecha de lavanda. Los ataques de asma de su padre habían empeorado, y Paul tendría que hacer casi todas las tareas en solitario. No le importaba el duro trabajo bajo el sol provenzal. Su ritual había marcado la vida de su familia durante generaciones, y lo seguiría haciendo cuando acabase la guerra. La lavanda continuaría creciendo cuando los *boches* regresaran a sus casas.

Paul se quedó dormido y despertó con el zumbido de un motor. Se arrastró hasta el borde de la escollera y distinguió un camión que se dirigía hacia el pueblo. Cuatro hombres, vestidos con el uniforme de la Milice, la organización paramilitar creada por el régimen de Vichy, iban sentados en sus bancos traseros.

Paul apuntó con su escopeta al miliciano de mayor graduación. Desde esa distancia tendría un tiro fácil. Acarició el gatillo durante unos segundos, pero decidió no disparar. Le quedaba poca munición y, de todas formas, aquella no era *su* guerra.

Se tumbó otra vez bajo la roca, mientras el camión se alejaba. Cuando el calor remitió salió de su escondite, pero ese día no tuvo suerte con la caza. No avistó ciervos ni jabalíes y, debido a la escasez de munición, renunció a abatir palomas torcaes.

El sol estaba todavía alto en el cielo cuando emprendió el camino de regreso, con la escopeta en bandolera y la camisa abierta para sobrellevar el calor. Al acercarse al pueblo percibió un olor a ceniza. Se apartó del camino y tomó un atajo entre los árboles, para llegar lo antes posible a su casa.

Los campos de lavanda habían sido arrasados por el fuego y estaban todavía humeantes. Encontró a su padre en la terraza, en medio de un charco de sangre. Con voz débil, éste le explicó que los milicianos habían incendiado los campos y, sin que hubiese hecho nada para provocarlos, la emprendieron a culatazos con él.

Paul corrió hacia el pueblo para buscar ayuda, pero cuando regresó su padre había ya muerto.

Durante el resto de su vida no conseguiría borrar de su memoria el olor de la lavanda calcinada. Ni el convencimiento de que, si hubiese apretado el gatillo en la escollera, el destino de su padre habría sido distinto.

Paul estiró su brazo hacia la botella de vino, pero volvió a dejarla sobre la mesa al comprobar que estaba vacía. Desde el entierro de su padre, una semana atrás, había permanecido encerrado en casa. Ese año no habría cosecha de lavanda; ni los siguientes tampoco.

Oyó unos golpes en la ventana y vio a través del cristal a Bernard, el mejor amigo de su padre. Los dos hombres solían jugar a las cartas en el café de la plaza. Al igual que su padre, Bernard había combatido en la guerra de 1914 y, gracias al asalto desesperado de una posición alemana, había recibido al finalizar la guerra la Cruz de Guerra con Palmas, una condecoración que nunca lucía en público.

Paul no tenía ganas de hablar con nadie, pero conocía bien a Bernard. Si no le abría la puerta, regresaría unas horas después.

—¿Qué quieres? —preguntó Paul.

—Necesito ayuda con mi cosecha de lavanda.

Paul negó con la cabeza. Su cuerpo estaba todavía impregnado del olor a ceniza amarga. No quería volver a ver una planta de lavanda en su vida.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —preguntó Bernard—. ¿Además de acabar con las existencias de vino de tu padre?

Paul apreciaba a Bernard. De niño le había acompañado a buscar setas, y aprendido a distinguir las venenosas de las comestibles. Bernard era también un gran aficionado a la mitología y, durante sus excursiones por los bosques, Paul había aprendido de él historias inverosímiles, que ignoraba si eran ciertas: que los dioses nórdicos comían una manzana al día para preservar su inmortalidad; que el sauce, plantado cerca de un arroyo, atraía los poderes benéficos de la luna, o que el fuerte olor de la lavanda quemada permitía mantener alejados a los malos espíritus, motivo por el cual se lanzaba en las hogueras durante la noche de San Juan. Con los campos calcinados que rodeaban su casa, ninguna bruja volvería a acercarse a ese lugar.

—En vez de emborracharte todo el día, podrías buscar al miliciano que mató a tu padre.

—¿Cómo?

—Henri está en la resistencia —dijo Bernard—. El podría ayudarte.

Paul percibió el hedor que desprendían sus ropas. No había visto al hermano de Sophie desde su alistamiento en el ejército.

—Henri nunca me ayudará.

—No lo sabrás hasta que se lo preguntes.

—¿Y cómo haré para encontrarlo?

—Su primo Clement es ferroviario en Aix-en-Provence. Quizá sepa dónde está.

Paul observó la tierra calcinada que rodeaba la casa y pensó en la enemistad entre su padre y El Cojo.

—¿Recuerdas los campos de lavanda que ardieron cerca de la granja de Henri? —le preguntó a Bernard.

—De eso hace mucho tiempo.

A Paul siempre le había costado comprender cómo su padre, un hombre de naturaleza pacífica, había conseguido despertar tanta animadversión en su vecino.

—¿Qué sucedió realmente entre El Cojo y mi padre? ¿Por qué se odiaban tanto?

Bernard recogió una botella vacía del suelo y la dejó sobre la mesa.

—Tu padre no llegó al pueblo después de la guerra, sino unos años antes —explicó Bernard—. Fue novio de la madre de Sophie, y la dejó embarazada antes de partir al frente... Sus padres la casaron con El Cojo para evitar un escándalo.

Así que era eso. Aquello explicaba la enemistad entre su padre y El Cojo, y por qué incluso la tía Charlotte se había opuesto a su noviazgo con Sophie: Paul y ella eran medio hermanos.

Las calles de Aix-en-Provence se encontraban desiertas. El asfalto reverberaba debido al calor, y los pájaros habían desaparecido de los postes telefónicos.

Paul dio una vuelta para evitar a los soldados que montaban guardia en el vestíbulo de la estación. Había vaciado sus bolsillos de cualquier documento, y sólo llevaba en ellos algo de dinero, unas avellanas y, en un viejo pañuelo, un puñado de tierra calcinada. La tierra por la que había muerto su padre.

Avanzó por el andén con aire despreocupado. Al fondo de las vías se encontraba un hangar para la reparación de vagones. Se acercó a la puerta y vio en el foso a Clement, el primo de Henri. No llevaba camisa, y tenía el rostro manchado de aceite. Clement salió del foso y se limpió las manos con un trapo grasiento.

—Estoy buscando a Henri.

El ferroviario tiró la estopa al suelo y se acercó a la puerta del hangar para echar un vistazo al exterior.

—¿Qué quieres de él?

—Necesito pedirle un favor. Dile que lo espero esta tarde, a las cinco, en el Café de la Paix.

Paul se dio la vuelta y abandonó la estación sin que nadie lo importunase. Era improbable que Henri se presentara a la cita. Paul no figuraba entre sus amigos y, si realmente estaba en la resistencia, Henri tenía que temerse una emboscada.

Pasó las horas siguientes en un parque, oculto tras unos arbustos. Comió las avellanas que llevaba en el bolsillo y, un poco antes de las cinco, se dirigió al Café de la Paix, en la Plaza de los Cuatro Delfines. Pasó varias veces por delante del establecimiento, para ver si alguien le había tendido una trampa, pero todo parecía normal.

Se sentó en una mesa junto a la puerta y pidió una taza de achicoria. La raíz de esa planta, tostada y caramelizada, evocaba el sabor del café. Después de cuatro años de ocupación, Francia era un país en ruinas, y el *Ersatz* —la achicoria, la sacarina, el gasógeno— se había convertido en una forma de vida.

¿Sabía Henri que Paul y Sophie eran medio hermanos? Eso explicaría sus peleas con Paul en el colegio; su odio acérrimo hacia los Chevalier; su agresividad al conocer el interés de Paul por su hermana.

Los minutos pasaron lentamente, pero Henri no se presentó a la cita. Tal vez Clement no le había transmitido el recado; tal vez lo había hecho, pero había decidido no acudir.

Cuando el reloj del café marcó las cinco y media, Paul salió a la calle. Necesitaba encontrar un lugar para pasar la noche, antes de que el toque de queda entrase en vigor.

Avanzó por la Rue Cardinale y se detuvo frente a una librería de la Milice, en cuyo escaparate se exponían obras de Pierre Laval, Joseph Darnand, así como una traducción francesa de *Mein Kampf*, la biblia del nazismo.

Paul se sentía decepcionado pero, al mismo tiempo, también aliviado. Podría

regresar a casa y esperar el fin de la guerra. Limpiaría los campos y replantaría la lavanda. En unos años las cosas volverían a ser como antes.

Iba a retomar su camino cuando vio a Clement, el primo de Henri, reflejado en el escaparate. El ferroviario le hizo una seña y empezó a caminar. Paul lo siguió por la calle Cardinale, manteniéndose a varios metros de él.

Al llegar a la plaza de San Juan de Malta, el hombre entró en un portal. Paul dudó unos instantes, pero hizo lo mismo. Clement le indicó que subiese al segundo piso y se quedó esperando junto a los buzones.

Paul avanzó por las escaleras, temiendo que se tratara de una encerrona. Apretó el puñado de tierra que llevaba en el bolsillo, y sintió el olor a ceniza amarga de la lavanda calcinada.

Cuando llegó al primer piso, vio frente a él a una mujer. Se parecía tanto a Sophie que sintió un escalofrío. Tenía los mismos labios, el mismo rostro de porcelana; la misma mirada cargada de tristeza.

La mujer observó a Paul durante unos instantes y le pidió que entrase. El piso era pequeño y tenía las contraventanas cerradas. A pesar de ello, hacía más calor que en la calle.

La puerta de una habitación se abrió, y Paul vio aparecer a Henri. Había perdido algo de pelo, pero no había cambiado apenas desde su último encuentro.

—¿A qué has venido?

Paul sostuvo la mirada de Henri. Quiso preguntarle si la muerte de su hermana había sido un accidente, pero primero debía ocuparse del asunto que lo había llevado a Aix-en-Provence.

—Mi padre ha sido asesinado por la Milice. Necesito ayuda para encontrar al hombre que lo hizo.

Henri dio una vuelta por el cuarto y se detuvo junto a la ventana.

—Ya veo. La guerra está a punto de terminar y quieres subirte al tren de la resistencia. Supongo que en los últimos años estabas demasiado ocupado para hacerlo.

Paul recordó sus peleas en el patio del colegio y pensó que Henri era una demostración de que las personas envejecían, pero no cambiaban con los años.

—¿Vas a ayudarme o no?

Henri le dirigió una mirada que encerraba odio y desprecio.

—¿Qué garantía tengo de que no trabajas para los alemanes?

Berlín, junio de 1944

El barón von Eisler se sentó en su sillón favorito y observó los escombros que se amontonaban en la terraza. Los bombardeos aliados habían creado socavones en el jardín y destruido el ala norte de la casa, que parecía víctima de la dentellada de un animal mitológico. El lado sur se mantenía todavía en pie, y el barón von Eisler había instalado allí su despacho.

Las ventanas del salón estaban rotas, y la lluvia formaba charcos sobre el parqué. Al igual que su propietario, la mansión de Französische Strasse había conocido tiempos mejores.

La baronesa había muerto un año antes, a consecuencia de una hemorragia cerebral. Su salud se había deteriorado progresivamente desde el comienzo de la guerra. La esposa de Manfred von Eisler había dejado de luchar cuando su hija decidió marcharse de Alemania.

El hombre acarició la pistola Luger que descansaba en su regazo. Desde hacía unos días vivía recluido en su mansión y, tal vez en un intento de ordenar el caos que se había adueñado de su vida, había retomado la lectura de los clásicos grecolatinos, especialmente de Aristóteles y Séneca.

A pesar del fracaso de la conspiración, el barón von Eisler no se arrepentía de haber apoyado el intento de asesinato a Hitler. Había sabido desde el principio que apoyar al «cabo austríaco» suponía abrir una caja de Pandora, y sus temores se habían convertido en realidad. Regido por un demente, el *Reich* alemán empezaba a desintegrarse.

Unas horas antes, dos miembros de las *Waffen-SS* habían ido a visitarlo a Französische Strasse. Descubierta la conspiración, le habían ofrecido la posibilidad de suicidarse y recibir un funeral de estado. En caso contrario, sería fusilado y deshonrado públicamente como un traidor.

El barón von Eisler acarició la pistola y pensó que lo había perdido todo: familia, fortuna, reputación. Incluso su país. No le quedaba ningún motivo para seguir viviendo.

Acercó la pistola a la sien y observó la terraza. Recordó los desayunos familiares durante los días de verano, con Mathilde jugando a su lado. Aquellos momentos habían sido los más felices de su vida. Y los había desperdiciado.

El barón von Eisler escuchó pasos a su espalda y escondió la pistola con un atisbo de pudor. Vio acercarse a Gretchen, la única criada que había decidido permanecer a su lado, aunque ya no tuviese dinero para pagarle. La mujer observó la pistola, pero no hizo ningún comentario.

—Acaba de llegar esta carta. Tiene la letra de Mathilde.

Manfred von Eisler sintió que el corazón le daba un vuelco, pero se esforzó para que su rostro no transparentase ninguna emoción.

Cuando Gretchen lo dejó solo, el barón rasgó el papel con ansiedad y leyó la

carta. Al llegar al final, releyó varias veces las últimas palabras de Mathilde: «Si todavía significa algo para ti ayúdame a encontrar a mi hija. Marie es lo que más quiero en este mundo».

El barón von Eisler sintió un dolor agudo en el pecho. Mathilde era lo que él más quería en el mundo, pero había desperdiciado el tiempo a su lado. Su única preocupación había sido contentar a aquellos lunáticos que habían conducido a Alemania a su destrucción.

Manfred von Eisler se levantó con esfuerzo. Su nieta se llamaba Marie y, según aseguraba Mathilde en la carta, se parecía mucho a ella. Y, por lo tanto, también a él.

¿Por qué no había intentado retener a Mathilde en Berlín? Habría podido utilizar sus influencias para borrar el origen judío de su yerno. Entonces habría sido aún posible, pero estaba demasiado preocupado por su carrera política. Si su hija se lo hubiese pedido habría accedido a ayudarlo, pero Mathilde era tan orgullosa como él.

Se apoyó en el piano Steinway, ahora en ruinas. Cerró los ojos y vio a Mathilde sentada en la banqueta, con un vestido blanco de organdí y las piernas colgando en el aire, mientras interpretaba una Invención de Bach.

Volvió a sentarse en el sillón y empuñó la pistola. En la lejanía resonó el eco de un bombardeo, y el barón von Eisler tuvo la certeza de que el mundo se desmoronaba a su alrededor. Lo que más le dolía era que, cuando su hija más lo necesitaba, sería incapaz de ayudarlo.

Morly, junio de 1944

Madame Rosier le había prohibido a Marie acercarse a la ventana, pero se aburría tanto que pegó la nariz al cristal y observó la calle desierta.

Formó con su aliento una nube en el cristal y dibujó con el dedo una serpiente que protegía un tesoro, y después a un beduino que tenía secuestrada a una princesa que se parecía mucho a ella.

Desde que vivía con Madame Rosier no había salido a la calle. El colegio era a veces aburrido, pero estar encerrada en casa era mucho peor. Madame Rosier le había explicado que los soldados podían volver a buscarla; por eso nadie debía saber que vivía con ella.

Al principio no se había aburrido. Darle de comer a los canarios era divertido, y podía jugar con Minette. Cuando el gato se escapó, se entretuvo diseñando vestidos para su muñeca, utilizando periódicos viejos. Después fabricó con ellos una alfombra mágica, y viajó por infinidad de países, atravesando montañas nevadas y lagos de color esmeralda, pero al cabo de unos días se cansó de viajar, de su muñeca y de los canarios, y empezó a aburrirse.

Madame Rosier iba a la escuela por las mañanas y no regresaba hasta la hora de comer. Por la tarde volvía a dejarla sola. Aquellas horas eran las peores, porque su muñeca dormía la siesta, y Marie no tenía a nadie con quien hablar. Madame Rosier le había traído varios libros del colegio, pero ya los había leído todos.

Por lo menos, esa tarde hacía frío, y podía dibujar en el cristal. Trazó con el dedo una nube y dibujó a su alrededor iglús, esquimales, pingüinos y un pez de tres ojos. Después borró uno de los iglús y dibujó en su lugar un palacio con cuatro torres, en el que vivía un mago enano que tenía secuestrada a una princesa que se parecía mucho a ella.

Al borrar el dibujo, distinguió una sombra en la calle. Era Renée, la niña con la que nadie jugaba en el colegio. Pasaba los recreos sola, y llevaba un peinado con dos trenzas que hizo pensar a Marie en su madre. Ésta solía recogerle el pelo en una coleta y se lo perfumaba con lavanda, aunque de eso hacía mucho tiempo. Lo que más recordaba de su madre era su risa, que evocaba las hojas de un árbol mecidas por el viento.

Marie siguió los pasos de Renée con la nariz pegada al cristal. Para su sorpresa, la niña se giró y alzó la vista. Durante unos instantes sus miradas se cruzaron, y Marie se apartó de la ventana con el corazón latiendo muy deprisa. Si se enteraba de que le había desobedecido, Madame Rosier iba a enfadarse mucho con ella.

Marie se mantuvo alejada de la ventana durante un buen rato. Tal vez se había imaginado la presencia de Renée. A esa hora, ésta tendría que estar en el colegio. En un cuento que Madame Rosier le había leído unos días atrás, un viajero creía ver un oasis en el desierto, pero éste existía sólo en su imaginación.

¿Qué le diría a Madame Rosier si le preguntaba cómo había pasado la tarde?

No era grave mentirle a Madame Renard, pero su maestra era cariñosa con ella. Si la encerraba en casa era para que los soldados no la detuviesen. Fuera de casa hacía frío, y Marie no tenía abrigo. Se resfriaría y tosería toda la noche, y tendría que beber un jarabe con sabor a ventana y permanecer en cama varios días. Se aburriría aún más que ahora.

Marie se acercó a la ventana, pero no se atrevió a asomarse. Tal vez Renée seguía en la calle. Corrió la cortina de la forma en que Madame Rosier le había enseñado, para no dejar ninguna rendija visible, y se escondió con su muñeca debajo de la cama. Allí estaría segura.

Entonces llamaron a la puerta. Madame Rosier le había ordenado que no abriese bajo ningún concepto. ¿Y si alguien había encontrado a Minette? Quizás el cartero le traía una carta de sus padres, o Madame Rosier había perdido sus llaves. Si no le abría la puerta, se moriría de hambre.

Salió de debajo de la cama y caminó de puntillas hacia la entrada. Las tablas de madera crujieron bajo sus pies. Marie arrastró un taburete y miró por la rejilla, pero no vio a nadie.

—Sé que estás ahí —dijo Renée, al otro lado de la puerta—. Déjame entrar.

Marie se tapó la boca con las manos y contuvo la respiración. Quiso volver a la habitación para esconderse debajo de la cama, pero el ruido de sus pisadas la delataría. Tenía que esperar a que Renée se hubiese marchado.

—Si no me abres, me pondré a gritar.

Marie no sabía qué hacer. Si abría la puerta, Madame Rosier se enfadaría mucho con ella. Si no lo hacía, Renée llamaría la atención de los vecinos, y los soldados sabrían dónde encontrarla.

Puso un pie detrás de la puerta y la abrió un poco, lo suficiente para asomar la nariz por la ranura. Renée estaba sola, y Marie la observó con ansiedad, como un prisionero que observara el mar desde su celda. Madame Rosier tardaría en volver y no tenía que enterarse. Finalmente, abrió la puerta y guió a Renée hasta su habitación.

—¿Por qué no estás en el colegio? —preguntó Marie.

—La maestra cree que estoy enferma.

Marie pensó que, como Renée nunca jugaba con los otros niños, nadie en el colegio se daría cuenta de su ausencia.

—¿Y a tu padre no le importa?

—Nunca está en casa. Desde que murió mi madre, le da igual lo que yo haga.

—¿Por qué nadie juega contigo en el recreo?

Renée la miró con los ojos entornados.

—Porque mi padre trabaja para los alemanes.

Marie no comprendía qué importancia podía tener eso, pero se quedó callada para no parecer una tonta.

—¿Tú quién quieres que gane la guerra? —le preguntó Renée.

—No lo sé.

—Yo antes quería que ganasen los alemanes, pero ahora prefiero a los norteamericanos. Mi padre dice que son los más fuertes.

Marie se quedó pensativa unos instantes. Tal vez Renée pudiese aclararle algo que le intrigaba desde hacía tiempo.

—¿Cómo hacen los alemanes para que sus botas brillen tanto?

Renée se puso las manos en la cintura, como solía hacer Madame Rosier en el colegio.

—¿No lo sabes?

Marie movió la cabeza hacia los lados, incómoda por tener que evidenciar su ignorancia.

—Brillan así porque son nuevas —explicó Renée—. Se las cambian todos los días.

Marie abrió mucho los ojos. Ella sólo tenía un par de zapatos gastados, y los alemanes se cambiaban de botas todos los días. Cada soldado debía de tener una habitación entera para guardar tantos zapatos.

—Todo el mundo piensa que eres judía —dijo Renée.

Marie había oído en el patio del colegio cosas terribles sobre los judíos. Comían niños y tenían dientes de oro que se sacaban antes de dormir.

—Pues no lo soy —replicó Marie—. ¿Ves? No tengo ningún diente de oro.

—Algunos judíos se los pintan de blanco, por miedo a que se los roben.

Marie la miró con perplejidad.

—Entonces, ¿cómo se sabe que son judíos?

—Porque tienen mucho dinero.

Marie respiró, aliviada. En ese caso, ella no podía ser judía.

—Si quieres podemos ser amigas —ofreció Marie, con timidez.

—No sé si puedo tener una amiga judía.

—Pero yo no soy judía.

Marie estuvo a punto de añadir algo, pero se calló. *¿Y si realmente era judía?* Tal vez sus padres la habían abandonado por ese motivo. Si Madame Rosier se enteraba, la llevaría de vuelta a casa de Madame Renard.

—Yo tampoco sé si quiero ser tu amiga —dijo Marie, herida.

—¿Por qué?

—Porque tu padre trabaja para los alemanes.

Renée miró a Marie con rencor y, sin despedirse, abandonó el apartamento. Cuando se quedó sola, Marie se sentó en la cama. Pensó que no habría debido hablarle de esa forma a Renée, pero ahora ya era demasiado tarde.

Cuando Madame Rosier llegó a casa, le dio a Marie un beso en la mejilla. Parecía más contenta de lo habitual.

—¿Sabes qué día es hoy?

Marie negó con la cabeza.

—Es 6 de junio. Hoy cumples cinco años.

Madame Rosier abrió su bolso y sacó un objeto envuelto en un papel marrón.

—¿No quieres abrir tu regalo?

La niña rasgó el papel con ansiedad. En su interior había una muñeca de madera, con un vestido auténtico.

Marie abrazó a Madame Rosier para darle las gracias. *Nunca se había sentido*

tan feliz.

Había transcurrido una semana desde la visita de Renée, y Marie pensó que debía seguir enfadada con ella.

Cogió un papel e hizo un dibujo en el que aparecían sus padres, los Saint Matthieu, Renée, Maiwen y Madame Rosier. Como no podía salir a la calle, lo guardó en un cajón para dárselo a Renée cuando volviese a verla.

Marie oyó que llamaban a la puerta. Acercó una silla a la entrada y dio un salto de alegría al ver que era Renée. Abrió la puerta muy rápido, temiendo que cambiase de idea y se marchara.

—¿Todavía quieres ser mi amiga?

Marie asintió con la cabeza y condujo a Renée hacia su habitación. Abrió el cajón de la cómoda y le dio su dibujo, pero reparó en que había olvidado dibujar al padre de su amiga.

—Es muy bonito —dijo Renée—. Cuando vuelva a verte, te traeré otro.

A Marie le pareció una buena idea. Si intercambiaban sus dibujos, Renée tendría un motivo para volver a verla.

—¿Le has preguntado a tu papá si podemos ser amigas?

Renée pareció avergonzada, como si le hubiesen ordenado callar delante de toda la clase.

—Si se entera, no me dejará venir a verte. Dice que los judíos son como animales, pero tú eres diferente.

En el fondo, Marie lo comprendía. Ella tampoco dejaría que su muñeca jugase con alguien que podía comérsela.

—¿Dónde están tus papás? —le preguntó Renée.

Marie se enroscó el pelo con los dedos. Pensar en sus padres la ponía muy triste.

—Están de viaje. Madame Rosier es mi tía.

Marie se sintió avergonzada de mentirle a su única amiga, pero no quería que Renée pensara que Madame Rosier la había acogido porque sentía lástima de ella.

Marie escuchó un ruido en la escalera y pensó que tal vez los soldados venían a buscarla. Corrió a esconderse debajo de la cama y le pidió a Renée que hiciese lo mismo.

La puerta de la entrada se abrió, y Marie oyó la voz de Madame Rosier. Presa del pánico, le susurró a Renée que no hiciese ruido.

Al ver que Marie no respondía, Madame Rosier entró en la habitación. Vio la muñeca de la niña en el suelo y se arrodilló para recogerla. Al hacerlo, descubrió a las dos niñas debajo de la cama. Sin decir nada, se sentó sobre el colchón y ocultó su cara entre las manos. Unos segundos después, pidió a las niñas que salieran de su escondite.

—No puedes contarle a nadie que has visto a Marie en mi casa —le dijo a Renée—. ¿Lo has entendido?

Renée asintió, con la cabeza baja.

—Hasta que acabe la guerra no podréis volver a veros —añadió Madame Rosier, dirigiéndose a las dos.

Marie maldijo su mala suerte. Ahora que había encontrado una amiga, tenía que separarse de ella.

—Vete a casa, Renée. Y ni una palabra de esto a nadie.

Cuando la niña se marchó, Madame Rosier rompió a llorar. Marie se quedó de pie frente a ella, con los brazos cruzados. Todo era culpa suya.

—¿Tengo que volver a casa de Madame Renard?

Madame Rosier acarició el pelo de la niña.

—Claro que no —respondió—. ¿Qué iba a hacer yo sin ti?

Vancelle apretó el cinturón de su bata de seda y bebió un trago de pastís. Desde su salida de la cárcel había empezado a colaborar activamente con los alemanes, sin que ello le plantease problemas de conciencia. Siempre se había sentido más alemán que francés, y lo único que le importaba eran sus propios intereses. La guerra era una magnífica oportunidad para ganar dinero.

Algunos oficiales de la *Wehrmacht* se habían embarcado en un lucrativo negocio, consistente en utilizar sus marcos artificialmente revaluados para comprar en Francia productos de consumo —martillos, sartenes, calcetines—, que revendían después en Alemania con pingües beneficios. Los *boches* tenían dinero, pero desconocían el mercado local. Necesitaban a alguien que gestionase las compras y controlase los aprovisionamientos. Vancelle hablaba alemán y francés, poseía grandes dotes de organización y, sobre todo, carecía de escrúpulos.

El siguiente paso de Vancelle fue el mercado negro. Las autoridades francesas y alemanas estaban dispuestas a hacer la vista gorda a cambio de una parte de los beneficios. Para garantizar su impunidad, Vancelle se había alistado en la Milice poco después de su creación.

Las atribuciones de esa organización paramilitar, establecida por Vichy para luchar contra el *terrorismo* de la resistencia, eran muy similares a las de la Gestapo. En los meses siguientes, Vancelle se dedicó a perseguir a todos aquellos que conspiraban contra los intereses alemanes. La Milice usaba la delación, la tortura y las ejecuciones sumarias para conseguir sus objetivos, lo cual permitió a Vancelle eliminar a muchos de sus adversarios en la lucha por el control del mercado negro.

Aunque había prestado juramento para combatir la «lepra judía» y se confesaba antisemita, lo que realmente le importaba era sobrevivir y enriquecerse, dos objetivos que peligrarían en cuanto los aliados recuperasen el control de Francia; algo que no tardaría en ocurrir.

Desde que tuvo la certeza de que Alemania perdería la guerra, Vancelle había empezado a preparar su coartada, haciéndose pasar por un miembro de la resistencia infiltrado en la Milice. Había falsificado documentos y extraído confesiones falsas a condenados a muerte, en las que éstos aseguraban que Vancelle había protegido a sus familias. No obstante, se había hecho tantos enemigos en los últimos años, que dudaba de que sus esfuerzos fueran suficientes. Cuando acabase la guerra tendría que huir de Francia, y necesitaría dinero para vivir en la clandestinidad hasta el final de sus días.

Vancelle miró a través de la ventana acristalada. El propietario del apartamento, un coleccionista de arte judío, había huido sin llevarse su mobiliario, y Vancelle alquilaba la vivienda por el precio simbólico de un franco.

Bebió otro trago de pastís y pensó en la mujer que vivía con Henri. Recordó la bofetada que le había dado unas horas antes, y se dijo que le haría pagar cara su arrogancia.

Alguien llamó a la puerta. Vancelle se acercó a abrir, con su pistola en la mano.

Era Henri, a quien había mandado recado unas horas antes. Henri entró en el apartamento y encendió un cigarrillo.

—¿Para qué querías verme? —le preguntó al miliciano.

Vancelle se acarició el cráneo, cada vez más liso. Todas las noches se untaba la cabeza con una cucharada de mantequilla, a fin de detener el avance de la alopecia. Desgraciadamente, sin mucho éxito.

—El Banco de Francia planea un envío de dinero en los próximos días —explicó el miliciano—. Un pago a la *Kriegsmarine*, en concepto de reparaciones de guerra.

Henri observó a Vancelle. Si compartía esa información con él era porque necesitaba ayuda.

—¿Cuánto?

—Suficiente para que vivamos cómodamente el resto de nuestras vidas.

Henri necesitaba a Vancelle para asegurar la entrada de alimentos en Aix-en-Provence, pero desconfiaba de él. Vancelle tenía unos ojos inexpresivos, carentes de vida, y resultaba completamente impredecible.

—Tenemos que atacar ese tren antes de que llegue a Marsella.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —le preguntó Henri.

—Con un grupo de *maquisards*. Les pagaremos una prima por cabeza.

—Exigirán una parte del botín.

—No tienen que saber qué hay en los sacos. Diremos que se trata de archivos de la Gestapo, que los alemanes quieren sacar de Francia antes de retirarse.

Henri reflexionó durante unos instantes. Tenía una buena relación con el cabecilla del maquis de Saint-Sauveur, pero sería difícil convencerlo de que arriesgase la vida de sus hombres por ese motivo.

—¿Cuándo tendrá lugar el transporte? —preguntó Henri.

—Lo sabrás a su debido tiempo —respondió Vancelle—. Por el momento, ocúpate de conseguir un grupo de hombres para atacar el tren.

Henri apagó su cigarrillo en un cenicero y dijo:

—Hay otra cosa. ¿Recuerdas el asunto del que te pedí que te ocuparas?

Vancelle asintió. Nunca olvidaba los favores ofrecidos, que engrosaban una cuenta de resultados en la que siempre resultaba acreedor.

—El hijo del hombre al que mataste está buscándote —explicó Henri—. Me ha pedido ayuda para encontrarte.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—No tienes de qué preocuparte. Tengo un plan para librarme de él.

Henri releyó la carta que había llegado esa mañana para Sophie. En ella, una mujer llamada Flore Saint Matthieu le contaba que su hija Marie estaba con ella en Morly.

Henri se sintió traicionado al descubrir que Sophie tenía una hija. Le había ofrecido techo y protección cuando no tenía a quién acudir, y ni siquiera le había contado la verdad. Su hermana, años atrás, había actuado de la misma forma.

Encendió una cerilla y quemó la carta para que Sophie no pudiese leerla. Si caía en sus manos, intentaría reunirse con su hija, y Henri la quería a su lado hasta que finalizara la guerra. Por lo menos, hasta que hubiese realizado su operación más importante.

Abrió la puerta del dormitorio y vio a Sophie tumbada en la cama, con un libro entre las manos. Se acercó a ella para besarla, pero la mujer apartó ligeramente su rostro.

—Necesito que me hagas algo para mí.

Sophie miró a Henri con prevención, imaginando qué tipo de ayuda esperaba de ella. Sus trabajos sucios no contribuirían a acelerar el final de la guerra.

—¿Recuerdas a Paul Chevalier, el hombre que vino a verme el otro día?

Sophie dejó el libro sobre la cama y asintió.

—He descubierto que trabaja para los alemanes.

Paul y Sophie permanecieron escondidos hasta la entrada en vigor del toque de queda y, cuando cayó la noche, se dirigieron al Cours Belsunce. Henri había informado a Paul de que el asesino de su padre vivía en esa calle de Marsella.

Las avenidas estaban desiertas, y caminaron muy pegados a las fachadas para no ser vistos. Al enfilarse la calle Colbert vieron pasar un automóvil, y su conductor también reparó en ellos. Los neumáticos chirriaron y, cuando el vehículo se detuvo, dos hombres descendieron de él.

Paul le dio la mano a Sophie, y corrieron hacia un pasaje comercial, con el aliento de sus perseguidores en la nuca. La reja de la galería estaba cerrada, pero Paul observó que no alcanzaba el techo. Con los hombres cada vez más cerca, Paul escaló la reja. Al llegar arriba, le dio la mano a Sophie para ayudarlo a trepar.

Sus perseguidores empezaron a disparar desde el extremo de la galería. Con un último esfuerzo, Paul consiguió izar a Sophie y se colaron por la abertura que separaba la reja del techo. Dejaron jirones de ropa en el intento, pero consiguieron pasar. Saltaron al suelo y, con las balas silbando a su alrededor, se alejaron por la acera.

En vez de correr, Sophie se llevó la mano al bolsillo y, como si hubiese perdido algo importante, se detuvo en medio de la calle. Paul miró hacia atrás y vio un papel en el suelo, que Sophie había debido perder al saltar. Desafiando las balas, Paul corrió hacia la reja, recogió del suelo lo que resultó ser una fotografía y se alejó con Sophie.

Entraron en un solar abandonado y se sentaron en el suelo de tierra, con la cabeza apoyada en una tapia. Permanecieron en silencio hasta que las voces de sus perseguidores se apagaron. Paul extrajo la fotografía del bolsillo y se la dio a Sophie.

—¿Es tu hija?

Ella asintió, a punto de sollozar. Paul recordó la forma en que Henri la miraba, como si fuese un objeto de su propiedad. Hasta ahora, Paul sólo había reparado en la dureza de sus ojos y en su parecido físico con la hermana de Henri. Era evidente que Sophie cargaba con una herida profunda, pero ¿quién no lo hacía en esos tiempos?

—¿Quieres hablar de ella?

Sophie no respondió. Por algún motivo que desconocía, Paul le infundía confianza. Todo lo contrario que Henri. Sin embargo, era peligroso revelar demasiados detalles de su vida, por lo que se obligó a recuperar la compostura.

Permanecieron callados unos minutos. Finalmente, abandonaron su escondite y se dirigieron al Cours Belsunce.

Una luna creciente los observaba entre pedazos de nubes. Las fuentes y edificios de la avenida habían conocido tiempos mejores. El inmueble donde vivía el miliciano tenía un balcón desgarrado por el impacto de una bomba, y su fachada mostraba cicatrices de bala.

Paul bebió un trago de una pequeña botella de coñac que había llevado para insuflarse ánimos, y se la ofreció a Sophie, pero ésta la rechazó. Había recuperado su

mirada dura e inexpresiva.

Tras asegurarse de que nadie los observaba, cruzaron la calle y entraron en el portal. La cerradura cedió con facilidad bajo la presión de un cuchillo. Dos negros venecianos, al extremo de una fila de buzones dorados, protegían el acceso a la escalera. Subieron los peldaños de mármol, muy pegados a la pared, hasta llegar a la azotea.

El plan era que Sophie permaneciese allí, para vigilar la calle y poder informar a Paul en caso de que hubiese dificultades. Lo que Paul ignoraba era que Sophie había recibido instrucciones de Henri de hacer lo contrario, y que éste había prevenido a los alemanes de que la resistencia planeaba un atentado en ese edificio. La presencia de Sophie estaba destinada a convencer a Paul de que no se trataba de una trampa.

Paul bajó las escaleras hasta el quinto piso, donde se encontraba la vivienda del miliciano. Observó la puerta de caoba, en la que lucía un timbre con forma de campana, y permaneció unos minutos en silencio, intentando escuchar algún ruido en el interior. Finalmente, introdujo su cuchillo en la cerradura y lo movió de forma circular, hasta que consiguió abrir la puerta.

Avanzó de puntillas sobre el parqué y vio que la luna se reflejaba en la ventana del salón. A continuación, examinó las habitaciones con su pistola en la mano. La puerta del dormitorio estaba entornada, y sobre la cama dormían un hombre y una mujer. Paul tenía una cuenta que saldar con el miliciano, pero no con su acompañante. El problema era que, si dejaba a la mujer con vida, sus gritos lo delatarían.

El miliciano movió un brazo y se giró sobre un costado, sin despertarse. Paul escuchó un ruido a sus espaldas y vio acercarse a Sophie, que le susurró que un grupo de soldados acababa de entrar en el portal. Su voz despertó al miliciano, que introdujo la mano bajo la almohada en busca de su pistola. Antes de que consiguiese empuñarla, Paul le disparó dos veces. La mujer se despertó y empezó a gritar de forma histérica, pero Paul decidió ignorarla y seguir a Sophie hacia el exterior del apartamento.

Al salir a la escalera oyeron un ruido de pasos. Los sentidos de Paul se aguzaron y percibió el olor a ceniza. Subieron corriendo hasta la azotea, un gran espacio abierto donde sólo unas chimeneas escuálidas ofrecían cobertura.

Avanzaron hacia el borde y comprobaron que el inmueble vecino se encontraba a unos tres metros de distancia. Varios disparos resonaron a sus espaldas. Paul cogió carrerilla y saltó. Resbaló sobre el borde, pero consiguió agarrarse a una cañería en el último momento. A continuación fue el turno de Sophie. Paul le tendió el brazo, para ayudarla a alcanzar el edificio vecino.

Corrieron por la azotea hasta llegar a una escalera metálica que descendía en espiral hacia la calle. Paul disparó varias veces, para mantener a sus perseguidores alejados, y se lanzaron por la escalera de caracol, trastabillando en la oscuridad.

La calle a la que descendieron era perpendicular al Cours Belsunce. Avanzaron pegados a las fachadas, para protegerse de las balas provenientes del tejado. Su única esperanza era esconderse en el alcantarillado, un laberinto de cientos de kilómetros que conducía las aguas residuales de Marsella hacia la cala de Cortiou.

Los alemanes tendrían que movilizar una gran cantidad de efectivos para atraparlos en ese lugar.

Paul corrió hacia una tapa de alcantarillado e intentó levantarla, pero pesaba demasiado. Los gritos y el ruido de silbatos resonaban cada vez más cerca.

Hizo palanca con su cuchillo y, ayudado por Sophie, consiguió levantar la tapa. Descendieron por los peldaños de hierro y corrieron por las canalizaciones, sin preocuparse de la dirección.

Avanzaron sin pausa durante media hora, y sólo entonces se permitieron un descanso. El agua que se filtraba por las paredes creaba un eco de palacio sumergido. Sophie temblaba de frío, pero en aquel lugar sería imposible secar sus ropas. Hasta que acabase el toque de queda no podrían salir a la superficie.

Los sentidos de Paul se aguzaron. Acababa de oír un ruido diferente en el alboroto de las canalizaciones. Su experiencia como cazador le permitía detectar anomalías, y le hizo una seña a Sophie para que permaneciese inmóvil. Las cañerías emitían un lamento herrumbroso en la oscuridad. Tal vez había sido una rata.

Paul avanzó unos pasos. El techo de la galería era bajo y tuvo que caminar agachado, esforzándose para no caer en el cenagal. De repente, percibió un aliento fétido en la nuca y sintió la hoja de un cuchillo sobre su garganta. Una mano huesuda le inmovilizó el brazo derecho y lo empujó hacia la pared.

En ese momento, Sophie apareció a su lado y golpeó al agresor de Paul con un trozo de mampostería. El cuchillo se hundió en la corriente, y Paul le propinó a su adversario un codazo que lo hizo caer en el agua cenagosa y le permitió agarrarlo por el cuello. El hombre, pequeño y encorvado, no dejaba de chillar y patear. Paul estuvo tentado de apretar un poco más, pero su oponente podría resultarles útil para encontrar una salida de aquel laberinto. Paul sacó su pistola del bolsillo y apuntó al individuo.

—¿En qué dirección queda el río Huveaune?

Paul sabía que ese río desembocaba cerca del parque Borély, en una zona en la que, cuando soplaba el mistral, las olas alcanzaban las calles. Al ser una zona menos industrial que L'Estaque, esperaba que estuviese menos sometida a la vigilancia alemana.

Sin responder a su pregunta, el hombre le dirigió a Sophie una mirada lasciva. Tenía el pelo ralo y marcas purulentas en los brazos, probablemente provocadas por mordeduras de rata.

Sacó de su bolsillo la pequeña botella de coñac y comprobó que no se había roto durante el forcejeo. Al verla, el hombre lanzó un bufido de codicia y extendió su mano hacia ella, pero Paul volvió a guardar la botella en el bolsillo.

—Te la daré si nos conduces a la desembocadura del río.

El individuo lanzó un soplido y les hizo una seña para que lo siguiesen. Avanzaron en fila india, con Sophie cerrando la comitiva.

Los túneles se parecían entre sí, y las galerías formaban una ciudad subterránea llena de vida. Había compuertas que se abrían, canalizaciones que goteaban como clepsidras y roedores que tenían que apartar a patadas sobre el líquido viscoso.

—¿Qué distancia nos queda? —preguntó Paul al cabo de unos minutos; tenía la

impresión de que caminaban en círculos, como en el interior de un laberinto.

Su guía olfateó el aire con la nariz. Parecía haber encontrado un aroma distinto entre los excrementos en putrefacción. Antes de que Paul pudiese retenerlo, desapareció por un túnel, y la oscuridad absorbió sus pasos, hasta que sólo se escuchó el borboteo del agua.

Paul conocía la ventaja de su escurridizo compañero en ese entorno, y decidió esperarlo en vez de aventurarse en los túneles. Sophie y él se apoyaron contra el muro excavado en la roca, hundidos hasta las rodillas, y aguzaron los oídos.

Algo se movió en el agua a pocos pasos de ellos. Vieron unas ondas circulares y, a continuación, un burbujeo lento. El chapoteo cesó, dejando paso al goteo de las canalizaciones.

Su guía emergió repentinamente del fango, sosteniendo una culebra por la cola. Golpeó la cabeza del reptil varias veces contra el muro, hasta que dejó de moverse. Después se enroscó la serpiente a la cintura, como si fuese un trofeo. Sin prestar atención a sus gestos de repugnancia, les indicó que lo siguieran.

Paul empuñó su pistola con firmeza. El agua cenagosa dificultaba su avance, y Sophie experimentaba cada vez más problemas para respirar. Al cabo de un rato la galería empezó a estrecharse, y su guía aceleró el paso. El agua parecía precipitarse al final del corredor, como si hubiese encontrado un desagüe.

—Al fondo de ese túnel hay una playa —declaró su guía, señalando el pasadizo angosto.

Paul tuvo la impresión de escuchar el sonido de las olas, pero podía tratarse de su imaginación. Era probable que su guía intentase engañarlos.

—Tú irás primero —le ordenó Paul, haciéndole una seña con la pistola.

—He cumplido mi parte del trato. Dame la botella.

—Te la daré en cuanto hayas salido.

El guía se abalanzó sobre Paul e hizo caer su pistola al agua. Forcejearon unos segundos, arremolinados en la oscuridad. A pesar de su reducida estatura, el hombre luchaba con desesperación. Tras varios intentos fallidos, Paul consiguió agarrarlo por la cintura y lo lanzó hacia el fondo del pasadizo. Allí la corriente era fuerte y, aunque su adversario intentó agarrarse a las paredes, fue arrastrado hacia el colector. Vociferó durante unos segundos y, tras un grito desgarrador, el agua se tiñó con su sangre.

—Este sitio es horrible —dijo Sophie—. Vámonos cuanto antes.

Paul también quería marcharse pero, con los alemanes buscándolos en el exterior, temía echar de menos ese lugar.

—La corriente tiene que conducir a algún sitio —reflexionó Paul en voz alta—. El mar no puede estar lejos.

Regresaron sobre sus pasos, buscando un pasadizo que condujese hacia la superficie. Desembocaron en una galería en cuyo extremo había un colector de aguas residuales. Paul le dio la mano a Sophie y descendieron cuidadosamente, para no ser absorbidos por la corriente. La cloaca desaguaba en el exterior a través de una cañería.

—¿Podemos salir por ahí? —le preguntó Sophie.

—Pronto lo sabremos.

Paul examinó la canalización. Tenía dos metros de largo y una braza de ancho. Si no conseguía atravesarla, corría el riesgo de ahogarse en el agua cenagosa.

—Si cruzo las piernas, querrá decir que me falta aire. En ese caso, tira de mí con todas tus fuerzas.

Paul llenó sus pulmones de aire e introdujo la cabeza en la tubería. Aunque ésta era estrecha, consiguió moverse lentamente. El flujo de agua, muy caudaloso, le impedía respirar.

Avanzó trabajosamente, sin preocuparse de las rozaduras en sus hombros y rodillas, hasta que llegó a la mitad de la cañería. Sus pulmones empezaban a arder por falta de oxígeno, pero era demasiado tarde para dar la vuelta.

Luchando contra la asfixia, consiguió pasar su mano derecha al otro lado de la cañería e hizo palanca para arrastrarse hacia el exterior. Con los pulmones a punto de estallar, distinguió el cielo borroso a través de una cortina de agua.

Se impulsó con las manos y los pies, de forma desesperada, hasta que consiguió sacar la cabeza. Inspiró varias bocanadas de aire, con el agua resbalando por su cara, hasta que recuperó el resuello. Después se movió lentamente y sacó los hombros de la cañería. Empujándose con los brazos, salió del colector.

Un mar azul y diáfano brillaba bajo la luz del sol. Paul inspeccionó la playa, aparentemente desierta. Protegida por un pequeño acantilado, la cala formaba una ensenada que abría sus brazos hacia el mar.

Seguro de que estaban solos, ayudó a Sophie a atravesar la cañería. Una vez fuera, la mujer caminó en silencio hacia la orilla y, sin desvestirse, entró en el agua.

Paul se vio asaltado por el recuerdo de la hermana de Henri. Lanzó una ojeada circular y observó un barco de guerra en el horizonte. Quizá alguien estuviese vigilando la playa pero, tras su excursión por las cloacas, tenían que desprenderse del olor que impregnaba sus ropas si querían pasar desapercibidos.

Tal vez se arrepentiría más tarde, pero decidió entrar en el agua. Sophie nadaba bien, y le costó alcanzarla. Cuando llegó a su lado, Sophie volvió a alejarse, braceando como una sirena.

Paul reflexionó sobre lo sucedido unas horas antes. Paradójicamente, no se sentía mejor después de matar al asesino de su padre. La guerra no había terminado; y no tenía ganas de volver a casa.

Paul recuperó la conciencia del peligro. Debido a la inminencia de un desembarco aliado, los alemanes habrían minado buena parte de la costa. Bañarse en el mar en esos momentos era una temeridad.

Nadó hacia la playa y le pidió a Sophie que hiciese lo mismo. Se sentaron detrás de una roca, para dejar que el sol secase sus ropas.

—El hombre al que mataste no era el asesino de tu padre —le dijo Sophie—. Era un controlador de avituallamiento que competía con Henri por el control del mercado negro.

—¿Cómo lo sabes?

—El miliciano que asesinó a tu padre se llama Vancelle. Henri me pidió que viniese contigo a Marsella para que no pensaras que se trataba de una trampa.

Paul la miró con intensidad. Si Henri se enteraba de esa conversación, los días de Sophie estaban contados. A no ser que estuviese mintiéndole.

—Podías haber esperado en la azotea y dejar que los alemanes me detuviesen. ¿Por qué te arriesgaste?

Sophie observó el mar, tan azul que hacía doler la vista. *¿Por qué se había arriesgado por Paul?* Tal vez porque confiaba en él; o porque necesitaba creer que, en medio de esa guerra absurda, los actos de humanidad eran todavía posibles.

Aviñón, julio de 1944

El *Sturmbannführer* Hambrecht, la máxima autoridad alemana en el departamento de Vaucluse, observó el monte Ventoux en la lejanía. Acababa de recibir la noticia de que el mariscal Rommel se debatía entre la vida y la muerte, tras sufrir una fractura de cráneo después de que su automóvil fuese ametrallado por un avión inglés en Normandía.

El *Feldmarschall* había comandado las defensas de la costa atlántica francesa pero, con cientos de kilómetros que proteger, no había podido obrar un milagro. Las minas, las trampas anti-tanque y los obstáculos no habían conseguido evitar el desembarco angloamericano. La decisión posterior del *Führer*, que rechazó la propuesta del mariscal Rommel de enviar los tanques inmediatamente a las playas, permitió a los aliados establecer una cabeza de puente y desembarcar sus tropas en Normandía. Era cuestión de tiempo que Francia cayese bajo su control. Y que el ejército norteamericano avanzase hacia Alemania.

La guerra estaba perdida desde hacía tiempo. El mayor Hambrecht respetaba al *Führer*, pero el mariscal Rommel era el único hombre al que habría seguido hasta el fin del mundo. Hambrecht había combatido a sus órdenes en el *Afrika Korps* y, desde entonces, le profesaba una admiración ciega.

Hambrecht formaba parte de las tropas alemanas que habían tomado Tobruk en 1942. Tras una brillante maniobra relámpago, Rommel había obligado a las tropas británicas a retirarse en dirección a Egipto. El *Afrika Korps* había sido derrotado posteriormente en El Alamein, a causa de la falta de suministros y de la infiltración de las comunicaciones alemanas, y la decisión que el mariscal Rommel tomó en ese momento le valió la admiración y el respeto de sus hombres: ignoró la orden de Hitler de resistir hasta el último soldado y retiró sus tropas de El Alamein, algo que a cualquier otro general le habría valido un consejo de guerra. Hambrecht le debía al *Feldmarschall* su vida.

Su labor en el departamento de Vaucluse era muy distinta. Allí la guerra no se libraba con tanques y decisiones estratégicas, sino luchando contra pequeños grupos de la resistencia, cuyos ataques minaban la moral de sus hombres.

El departamento de Vaucluse había sido ocupado por las tropas italianas hasta septiembre de 1943, fecha en que los alemanes decidieron tomar su control. Desde entonces, el mayor Hambrecht no había podido bajar la guardia ni un instante. En cualquier momento una columna alemana podía ser atacada; un tren, descarrilado por una bomba de la resistencia.

Su ayudante llamó a la puerta, y Hambrecht le ordenó que entrase. El hombre llevaba el pelo muy corto y sus ademanes eran marciales pero, como muchos otros miembros de la Gestapo, había hecho su carrera en los despachos.

Para alcanzar sus galones de *Sturmbannführer*, Hambrecht había hecho cosas de las que no estaba orgulloso, pero era un soldado y eso suponía obedecer *todas*

las órdenes.

En 1941 había formado parte de las *Einsatzgruppen*, los equipos móviles de las SS encargados de exterminar a judíos, gitanos y comunistas en los países del este de Europa. Hambrecht tenía entonces el rango de capitán y había estado en Babi Yar, la localidad cercana a Kiev donde habían sido masacradas miles de personas.

—Una vecina de Morly insiste en verlo, *Herr Sturmbannführer*. Asegura que hay una niña judía en la población.

—Dígale que hemos evacuado a todos los judíos de Vaucluse —replicó Hambrecht, con voz cansina.

—Tal vez pueda hablar con ella. Está esperando fuera.

El mayor Hambrecht asintió con un gesto de hastío. Por lo que a él respectaba, el departamento de Vaucluse estaba *limpio* de judíos. Y tenía problemas más graves de los que ocuparse.

Unos instantes después vio entrar en su despacho a una mujer con el pelo teñido de color platino, embutida en un vestido de flores marchitas.

—¿Su nombre?

—Madame Renard.

Las manos de la mujer temblaban. Hambrecht conocía bien a ese tipo de personas. En los interrogatorios solían contarle todo, sin necesidad de preguntarles.

—He oído que dan recompensas por denunciar a los judíos.

—A veces permitimos también que el informador siga vivo.

Hambrecht escuchó el ruido que hizo la mujer al tragar saliva.

—La niña vive escondida en casa de su maestra. La Gestapo olvidó llevársela.

—¿Dirección?

—Morly, Rue du Four... no sé el número. La maestra se llama Madame Rosier; la niña, Marie Dehaene. Sus padres huyeron de Morly hace unos meses.

Hambrecht observó a la mujer fijamente.

—¿Cómo se llaman los padres de la niña?

—Erik y Mathilde Dehaene.

Dieter Hambrecht se levantó de la silla con brusquedad. La última vez que había visto a Mathilde, en su pensión en el *Marais*, estaba a punto de dar a luz. Los nombres coincidían, igual que las fechas.

—Si la información es falsa, me encargaré personalmente de que reciba su merecido.

Madame Renard tembló bajo su vestido acartonado.

—Le juro que es cierto.

El mayor Hambrecht le hizo un gesto con la mano para que se marchara.

—¿Y mi recompensa? Me conformaría con que cambiasen mi cartilla de racionamiento a la letra T.

Dieter Hambrecht sacó de su cartera un billete de cien francos. Con esa cantidad podía comprarse una docena de huevos en el mercado negro; o la vida de una niña judía.

Cuando la mujer salió de su despacho, Dieter observó los tejados de Aviñón. Le vino a la memoria lo sucedido en Babi Yar, en septiembre de 1941. Durante dos días,

las tropas del *Sonderkommando4a* habían aniquilado a más de treinta mil personas y enterrado sus cuerpos en fosas comunes, en una acción destinada a eliminar a la población judía de Kiev.

Las autoridades alemanas habían conminado a todos los judíos a comparecer en la estación de ferrocarril, bajo pena de muerte. Muchos habían obedecido, creyendo que iban a ser deportados. Los hombres, mujeres y niños habían sido conducidos en grupos hasta el cementerio y obligados a desnudarse. Tras desprenderse de sus ropas y posesiones, los soldados los habían conducido al fondo de una zanja de quince metros de profundidad, donde eran obligados a tumbarse sobre los cadáveres de otros prisioneros, previamente asesinados mediante un tiro en la nuca.

Hambrecht recordó la imagen de los miembros del *Sicherheitsdienst*, encargados de rematar a los heridos, caminando sobre la montaña de cadáveres. Como ángeles de la muerte. Algunos de ellos se habían presentado voluntarios, pero la mayoría eran hombres que adoraban a sus familias y querían a sus perros, y que se habrían mostrado consternados si el Ejército Rojo hubiese perpetrado ese mismo acto en un pueblo de la Selva Negra.

Aunque obedecía órdenes, desde ese día Dieter sufría frecuentes pesadillas, en las que se veía rodeado de cadáveres con un agujero en la nuca. En sus sueños, los miembros del SD lo cubrían de tierra hasta que acababa por asfixiarse.

Su ayudante entró nuevamente en el despacho, pero el mayor Hambrecht no se volvió para mirarlo.

—¿Qué quiere que hagamos con la niña judía?

Dieter Hambrecht observó los tejados de Aviñón, navíos dorados por la luz del sol. De todos los departamentos de Francia, la hija de Mathilde tenía que encontrarse en el que él comandaba.

Aix-en-Provence, julio de 1944

Paul Chevalier observó la puerta del burdel *La linterna roja* desde la acera opuesta. El local, situado en el Cours Mirabeau, había sido ocupado anteriormente por un almacén textil, y los cercos de su nombre eran aún visibles en la fachada.

Desde el exterior, *La linterna roja* ofrecía el aspecto de cualquier café, aunque la escasez de clientes, unido al hecho de que todos fuesen hombres, hacía pensar que en su interior se negociaba la mercancía más antigua del mundo.

A cambio de dinero, un conserje en el cuartel de la Milice había informado a Paul de que Vancelle solía visitar ese burdel. El problema sería reconocerlo. Paul lo había tenido a tiro de escopeta unas semanas atrás, pero el camión estaba demasiado lejos para poder distinguir sus rasgos.

Una mujer salió del burdel. Encendió un cigarrillo y cerró los ojos para aspirar el humo. Cuando volvió a abrirlos, se encontró con Paul a su lado.

—¿Está el miliciano Vancelle ahí dentro?

La mujer intentó marcharse, pero Paul la retuvo por el brazo. No era ni fea ni guapa, ni joven ni vieja. Tenía el pelo teñido de rubio y olía a perfume barato.

—¿Está Vancelle en el prostíbulo?

La mujer asintió. Paul sacó del bolsillo un billete de quinientos francos, lo rompió en dos mitades y le dio una.

—Si quieres la otra mitad, abre y cierra una ventana de la fachada dos veces cuando Vancelle esté a punto de salir.

—Es un hombre peligroso. Yo no...

—Nadie sabrá que me has ayudado. Pero te juro que, si me engañas, vendré a buscarte.

La mujer guardó la mitad del billete en el escote de su vestido. Paul la vio entrar en el burdel y regresó a la acera de enfrente.

Durante dos horas no sucedió nada. Varios hombres entraron y salieron del burdel, pero Paul no vio abrirse ninguna ventana. Quizá la mujer le había mentido, y Vancelle no había visitado el burdel esa tarde.

Estaba a punto de marcharse cuando vio que una de las ventanas del primer piso se abría y cerraba dos veces. Instantes después, un hombre salió del prostíbulo. Tenía las piernas arqueadas y una complexión fuerte. El hombre escupió en el suelo y, con aire despreocupado, empezó a caminar por el Cours Mirabeau.

Paul lo siguió, consciente de que la prostituta había podido engañarle. Vancelle era cliente del burdel, y quinientos francos tal vez no justificaban el riesgo. Paul sólo tenía una forma de averiguarlo.

El hombre se adentró en la ciudad vieja y enfiló un callejón. Paul percibió el olor a ceniza y, temiendo una emboscada, dio un rodeo para encontrarse con Vancelle a la salida del callejón.

Empuñó su cuchillo para encarar al miliciano pero, antes de que pudiese

hacerlo, dos hombres salieron de un portal y se abalanzaron sobre él.

La luz de un reflector, filtrándose a través del saco que cubría su cabeza, hizo que Paul recuperase la conciencia.

Intentó moverse para contrarrestar un calambre en la pierna derecha, pero las cuerdas se lo impidieron. Llevaba varias horas detenido, y sus torturadores aún no le habían hecho ninguna pregunta. Lo habían introducido en una bañera de agua helada; le habían quemado la piel con cigarrillos, y clavado agujas por todo el cuerpo. Su objetivo era causar el mayor dolor posible. Y lo estaban consiguiendo.

Alguien retiró el saco que cubría su cabeza, y Paul distinguió un baile de sombras a su alrededor. Las heridas le escocían, como si alguien acabara de verter alcohol en ellas.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz distinguió a un hombre. Vestía una camisa azul marino, arremangada hasta los codos, y sostenía un cigarrillo entre el pulgar y el índice de la mano izquierda. Parecía aburrido, como si Paul estuviese distrayéndolo de una ocupación más importante.

El hombre se levantó y, con un gesto casual, le propinó un puñetazo. Paul sintió que la sangre resbalaba por la comisura de sus labios. Intentó cerrarlos, pero había perdido toda sensibilidad en ellos.

—¿Por qué me seguías?

Paul imaginó lo ocurrido. La prostituta habría prevenido a Vancelle, y el miliciano había enviado a otro hombre como señuelo. Había caído fácilmente en su trampa.

—¿Por qué me seguías? —insistió el hombre.

—El hombre al que mataste era mi padre.

Vancelle le propinó un puntapié que hizo caer a Paul al suelo, atado a la silla. Paul cerró los ojos a la espera de más golpes, pero éstos no llegaron. El miliciano aspiró el humo del cigarrillo y, sin decir nada, abandonó la sala de interrogatorios.

Unos minutos después, dos hombres entraron en la sala y colgaron a Paul, con los brazos atados a la espalda, de una cadena que pendía del techo. Las horas siguientes fueron las más largas de su vida. Los calambres se volvieron cada vez más violentos, y todos los músculos del cuerpo empezaron a dolerle.

Después de un tiempo interminable, la puerta del cuarto se abrió, y Paul vio al hombre que había confundido con Vancelle unas horas antes. Iba vestido con un uniforme de la policía francesa y, sin darle explicaciones, cortó sus ligaduras con un cuchillo.

Paul cayó al suelo con un ruido seco. Intentó incorporarse, pero sus piernas no conseguían sostenerlo. El policía le ayudó a levantarse y lo arrastró por un corredor. Atravesaron varias puertas y descendieron unas escaleras hasta llegar a un patio. Una vez allí, el policía abrió la puerta de un automóvil y dejó caer a Paul en el asiento trasero.

El vehículo avanzó durante unos minutos por las calles de Aix-en-Provence. Cuando se detuvo, el hombre abrió la puerta y arrastró a Paul hasta una tapia. Éste

cerró los ojos y esperó el tiro de gracia.

—Vancelle me dio orden de matarte, pero no voy a hacerlo... Cuando acabe la guerra, quiero que testifiques a mi favor. Mi nombre es Berri. ¿Lo has entendido?

Paul asintió. El policía se subió entonces al coche y se marchó. Paul permaneció inmóvil hasta que recuperó la sensibilidad en las articulaciones. Apartó las moscas que revoloteaban a su alrededor y, con gran dificultad, se incorporó.

Empezó a caminar, lentamente, hacia el centro de Aix. Al cabo de unos minutos distinguió la iglesia de San Juan de Malta. Necesitaba un lugar seguro para pasar las próximas horas. Si los alemanes lo descubrían violando el toque de queda, sería detenido nuevamente. Y tal vez no tuviese tanta suerte.

Su única alternativa era el piso de Henri. Éste lo había abandonado unos días atrás, preocupado por su seguridad.

Paul avanzó por la calle desierta, ocultándose en los portales. Tardó casi una hora en recorrer la distancia de un kilómetro. El portal estaba abierto y, aunque sintió el olor a ceniza amarga, se obligó a subir las escaleras.

Ascendió con gran esfuerzo los últimos peldaños y llamó a la puerta, pero nadie le abrió. Había visto a Sophie esconder la llave bajo una baldosa, y tanteó el suelo con impaciencia. Cuando encontró una baldosa suelta, hizo palanca con las uñas y extrajo la llave. Sus manos temblaban, y tardó unos segundos en introducir la llave en la cerradura.

Se arrastró por el pasillo, dejando un rastro de sangre, hasta que sus ojos se nublaron y perdió el conocimiento.

Al abrir los ojos, Paul vio a Sophie. Lucía un vestido azul que realzaba su belleza, pero su mirada era fría como el hielo.

—¿Qué haces aquí?

Paul no respondió. Sophie estaba sin duda preguntándose si había sido torturado por la Milice o por la Gestapo, y qué había contado para obtener su libertad. La mujer le ayudó a incorporarse y lo arrastró hasta la habitación. Allí le sacó la camisa manchada de sangre y le pidió que se tumbara en la cama.

—Henri vendrá a buscarme de un momento a otro —le dijo a Paul—. No puedes quedarte aquí.

Sophie le pasó una toalla húmeda por el pecho. Sus manos representaban la mejor anestesia contra el dolor.

—¿Desconfía de ti por lo sucedido en Marsella? —preguntó Paul.

—Henri piensa que conseguiste escapar porque temías una emboscada. Cree que yo tuve la culpa.

Sophie sacó del armario una camisa vieja y le ayudó a ponérsela. Mientras lo hacía, Paul se incorporó y la besó.

—Ven conmigo —dijo Paul, cuando separaron sus labios—. Buscaremos juntos a tu hija.

La puerta del apartamento se abrió y, segundos después, vieron entrar a Henri en la habitación. En su rostro había un atisbo de sarcasmo. Llevaba una pistola en la mano, y no parecía sorprendido de encontrarse a Paul.

—He aparcado el coche cerca de aquí —dijo Henri, dirigiéndose a Sophie.

—¿Y Paul?

—Vendrá con nosotros.

Henri le ordenó a Paul que enfilase las escaleras. Una vez en la calle, caminaron en dirección al vehículo. El automóvil estaba aparcado junto a un ciprés que apuñalaba el cristal del cielo. Sin dejar de apuntarlo con su pistola, Henri le ordenó que entrase en el maletero. Paul obedeció, sobreponiéndose al dolor, y se acurrucó en posición fetal.

El coche se puso en marcha instantes después. En el maletero hacía calor y olía fuertemente a aceite. Conseguir gasolina y un coche en esos tiempos era casi imposible, y Paul se preguntó si Henri trabajaba para los alemanes.

La voz de Sophie, distorsionada a través de la carrocería, le pidió que no hiciese ruido. El automóvil se detuvo en un control policial. Henri mostró el salvoconducto que había recibido de Vancelle, y el vehículo volvió a ponerse inmediatamente en movimiento.

Paul intentó cambiar su brazo de apoyo, pero la falta de espacio le impedía moverse. Las rendijas de la carrocería dejaban pasar una tenue corriente de aire, y un solitario rayo de sol se filtraba a través de un agujero en la chapa.

Una hora después, el vehículo se detuvo en las inmediaciones de un bosque. Cuando el maletero se abrió, Paul escuchó el canto de las cigarras y sintió una brisa

en el rostro.

Varios hombres, vestidos con uniformes desiguales, le apuntaban con sus fusiles.

Los resistentes hicieron fila para subir al camión. El Renault AGC, de 48 caballos, había sido requisado por los alemanes en 1940, y utilizado para el transporte de material militar hasta que cayó en poder del *maquis* de Saint-Sauveur.

Dos *maquisards*, armados con metralletas, se instalaron en las aletas delanteras del camión, y Henri lo hizo en los bancos traseros, junto a los otros partisanos. Cumpliendo con un ritual que precedía a todas las acciones del grupo, los hombres entonaron a coro «La Marsellesa».

Sophie se había quedado en el campamento, igual que Paul. Por instrucción de Henri, este último se hallaba bajo la vigilancia de un resistente, a la espera de ser juzgado por colaborar con los alemanes.

Mal entrenados y peor armados, el rol de los *maquisards* era principalmente psicológico. Su objetivo era crear un clima de inseguridad que dificultase los movimientos de los alemanes y disuadiera a potenciales colaboracionistas de ayudar al agresor.

El *maquis* de Saint Sauveur, como muchos otros de Francia, estaba integrado por jóvenes que habían escapado del «Servicio de Trabajo Obligatorio», destinado a abastecer las industrias alemanas de mano de obra. Vichy había favorecido esa forma de colaboración, bajo el pretexto de permitir el regreso de prisioneros de guerra. Por cada tres franceses que aceptasen trabajar en Alemania, un prisionero de guerra sería liberado. Los alemanes, sin embargo, habían interpretado el acuerdo a su antojo, liberando a prisioneros ancianos o gravemente enfermos, y aceptando en su lugar tan sólo obreros especializados. La consiguiente falta de voluntarios había llevado al gobierno de Vichy a establecer la obligatoriedad del Servicio de Trabajo, un hecho que impulsó a muchos jóvenes franceses a unirse a la resistencia.

El camión avanzó con rapidez por la carretera polvorienta, dejando atrás colinas y cañadas. Los campos se extendían hasta donde alcanzaba la vista, perfilando en el horizonte las cumbres escarpadas del Luberón.

Los *maquisards* llegaron a su destino a la hora prevista. La localidad estaba en calma, y tomaron posiciones en la oficina de correos y la estación de ferrocarril. Para evitar el acceso de vehículos blindados, dos resistentes se situaron con un mortero en la carretera que discurría paralela a la vía férrea. Sus compañeros se mantuvieron al acecho, ocultos en un terraplén junto a la vía.

El reloj de la iglesia marcó, con sus cinco campanadas, el inicio de una tensa espera. El tren llegó con unos minutos de retraso, flanqueado por una cortina de humo cobrizo. Henri observó que uno de los vagones estaba acorazado y que disponía de una torreta coronada por una ametralladora. Para no dañar la carga, tendrían que realizar el asalto sin utilizar explosivos.

El cabecilla del *maquis* ordenó a sus hombres que esperasen. Cuando el convoy se detuvo junto al andén, el cabecilla sacó el seguro de una granada y abandonó su escondite para lanzarla.

El vigía situado en el vagón blindado lo abatió con una ráfaga de ametralladora,

antes de que la granada destruyese la torreta en la que se encontraba. Al ver caer a su compañero, los partisanos abrieron fuego. Varios soldados alemanes respondieron desde las ventanas del tren, pero sus armas eran de pequeño calibre, y los *maquisards* los eliminaron con rapidez.

Cuando se agotó el último cargador, la estación quedó en completo silencio. Henri subió al tren, acompañado por varios partisanos. Avanzó hasta el último vagón, pasando por encima de varios cadáveres. La puerta era blindada, y tuvieron que utilizar una pequeña carga de dinamita para forzarla.

Henri fue el primero en entrar en el vagón y observar los sacos del Banco de Francia.

La lluvia torrencial obligó a los *maquisards* a descender del camión y portar los sacos a hombros hasta el campamento, con las botas hundidas en el barro.

Concluido el transporte, ocultaron el camión en la floresta y lo camuflaron con ramas. Las torrenteras que bajaban de la montaña borrarían las huellas de los neumáticos y harían el resto.

La lluvia dejó paso a una niebla espesa. Para no delatar su emplazamiento, la cena se preparó sin fuego. Los *maquisards* sólo encendían hogueras durante el día, y sólo si la madera estaba seca y no producía humo al arder. Debido a la falta de aprovisionamientos, llevaban varios días alimentándose con patatas: cocidas en el desayuno; en puré durante el almuerzo, y en sopa para la cena.

A pesar de la prima de mil francos recibida por el asalto al tren, la muerte de varios *maquisards* había oscurecido el ánimo de los supervivientes. Antes de irse a dormir, un partisano entonó con voz queda una canción que hablaba de libertad y coraje, del mundo que estaban ayudando a crear y que, algún día, disfrutarían sus hijos.

Henri se alejó del grupo para fumar un cigarrillo. Su misión en ese lugar había terminado, y al día siguiente regresaría a Aix-en-Provence.

Caminó hasta la cueva donde estaba detenido Paul y se sentó a su lado. Le sacó la mordaza, pero no las cuerdas que inmovilizaban sus muñecas y tobillos. Paul tenía hambre y, sobre todo, sed. El vaso de sopa que había recibido para cenar le había sabido a poco.

—¿Qué va a pasar conmigo?

Henri dibujó un círculo en el suelo con el talón de su bota.

—Serás fusilado al amanecer —respondió, con indiferencia.

Paul observó el rostro de Henri, iluminado por la brasa del cigarrillo. A continuación, giró la vista hacia el grupo de resistentes y distinguió a Sophie entre ellos.

—Nunca he creído que la muerte de tu hermana fuese un accidente. ¿Qué ocurrió realmente?

Henri pensó en lo sucedido aquella noche, cinco años atrás. Al regresar de la fiesta había oído voces en el establo, y vio a través de una ventana que Sophie y su padre estaban discutiendo. El Cojo empuñaba su escopeta, y amenazó a Sophie con pegarle un tiro si volvía a ver a Paul.

El recuerdo de Henri se vio bruscamente interrumpido por el ruido de una ametralladora, que abatió a los resistentes que se habían reunido a fumar después de la cena. Después se oyeron varios disparos aislados, y el campamento quedó en completo silencio. Varios soldados alemanes salieron de la floresta y rodearon a los escasos supervivientes.

Sin perder tiempo, Henri apagó su cigarrillo y metió la colilla dentro de su bota. Se arrastró hasta el fondo de la cueva y levantó una trampilla disimulada en el suelo. Antes de entrar en la cavidad miró a Paul. Si lo dejaba allí, delataría su

emplazamiento, así que regresó sobre sus pasos, volvió a ponerle la mordaza y lo arrastró hasta la trampilla.

Paul cayó violentamente en el suelo de tierra, dos metros más abajo. Cuando Henri cerró la trampilla, el lugar quedó a oscuras. Las paredes tenían una fosforescencia que permitía visualizar algunas formas, y Paul distinguió varios sacos apilados al fondo de la cueva.

Henri cogió una metralleta y apuntó hacia el techo. Si los alemanes sabían que el *maquis* era responsable del asalto al tren, buscarían el dinero por todas partes. No tardarían en torturar a los supervivientes, y alguno de ellos revelaría lo sucedido. Desde su posición, la resistencia de Henri sería simbólica. Los alemanes sólo tendrían que dejar caer una granada en su escondite.

Henri le hizo un gesto a Paul para que no hiciese ruido y esperaron en silencio, sin mover un músculo. Unos minutos después, oyeron un sonido apagado sobre sus cabezas, como si alguien caminase por la cueva. Eran dos hombres, tal vez tres, y el ruido de sus pisadas se apagó en poco tiempo.

Henri permaneció inmóvil, con la metralleta apuntando al techo, mientras escuchaba el compás rítmico de una gotera. Quizá los alemanes conocían su escondite y estaban esperando a que saliesen por su propio pie.

Al cabo de unos minutos, Henri decidió no esperar más. Si los alemanes torturaban a los supervivientes, averiguarían dónde encontrar los cien millones de francos enviados por el Banco de Francia, en concepto de reparaciones de guerra, a la *Kriegsmarine* alemana.

Henri ignoró los gestos de Paul, pidiéndole que lo desatara, y ascendió los peldaños de hierro incrustados en la roca. Al llegar arriba, abrió la trampilla un par de centímetros.

No vio nada extraño, pero no podía descartar que algún soldado estuviese escondido en la oscuridad. Levantó un poco más la trampilla y pudo ver la explanada llena de cadáveres, bajo el cielo limpio de nubes.

Cerró la trampilla con un movimiento rápido y se pegó a la roca. Los alemanes parecían haberse marchado, pero había tenido suficiente trato con ellos para desconfiar. Tal vez habían minado el campamento, por si otros resistentes decidían utilizarlo.

Intentó distinguir señales de tierra revuelta, pero fue un brillo extraño lo que lo puso sobre aviso. Provenía de un arbusto, y no era un reflejo de la luna. Era probable que los alemanes hubiesen dejado a un francotirador apostado en la maleza, por si otros resistentes se presentaban en el lugar en las horas siguientes.

Desde esa distancia, Henri podría abatir al francotirador con facilidad. El problema era que delataría su posición y, si el alemán no estaba solo, se convertiría en un blanco fácil.

Se arrastró hacia la trampilla y bajó los peldaños sin hacer ruido. Cortó las cuerdas que inmovilizaban los tobillos de Paul, pero dejó sus muñecas atadas.

Subió por la escalera de hierro y le hizo una señal a Paul para que lo siguiese. Una vez arriba, Henri liberó sus muñecas, le indicó la posición del francotirador y le tendió un cuchillo.

—Tienes que eliminarlo sin hacer ruido —ordenó a Paul—, para que no dé la señal de alarma. Si lo consigues, te dejaré libre.

Henri sostenía una ametralladora, y Paul decidió que no era inteligente oponerse. Se arrastró hasta la entrada de la cueva y permaneció inmóvil unos instantes.

Afortunadamente, la luna apenas iluminaba el campamento. Antes de moverse, Paul verificó la dirección del viento. Si se acercaba por el lado equivocado, el más pequeño ruido podría delatarlo. Tendría que dar una larga vuelta para sorprender al francotirador por la espalda.

Paul se deslizó con el cuerpo muy pegado al suelo. Resbaló sobre la hierba mojada, pero consiguió recuperar el equilibrio a tiempo. Avanzó lentamente, como si caminase sobre un terreno minado, hasta que se halló a pocos metros del soldado.

El hombre vestía el uniforme de las *Waffen-SS*, las unidades de élite dentro de las SS, y apuntaba con su metralleta hacia el camino de acceso al campamento, como si esperase la aparición de una columna de resistentes.

Paul se acercó por su espalda, con movimientos lentos. Se encontraba a cinco metros de distancia, y el más mínimo error podía costarle la vida. Continuó avanzando hasta que casi pudo sentir la respiración del soldado. Dio un paso más y le clavó el cuchillo en el cuello, mientras tapaba la boca del soldado con la otra mano. El hombre emitió un estertor mientras se desangraba.

Paul se tumbó en el suelo y esperó. Si hubiera habido otros francotiradores, estaría ya muerto. Henri debía de haber llegado a la misma conclusión porque, sin preocuparse de que alguien lo escuchara, le ordenó a Paul que avanzase hacia él con las manos en alto.

Paul miró la ametralladora del soldado alemán, pero no tendría tiempo de empuñarla. Henri estaba apuntándolo desde una posición elevada y gozaría de una ventaja de varios segundos.

Se giró para ocultar su gesto y guardó el cuchillo en el interior de la bota. A continuación, caminó hacia la cueva en la que se encontraba Henri. Examinó el lugar donde había visto a Sophie, antes de que apareciesen los alemanes, y comprobó que su cadáver no estaba en el suelo. Tal vez había conseguido huir; o quizá estaba siendo interrogada en ese mismo momento.

—Quiero que cargues en el camión los sacos que están en la cueva —le ordenó Henri, cuando llegó a su lado.

—¿Qué hay en ellos?

—Panfletos del partido comunista. Date prisa; no tenemos mucho tiempo.

Paul ignoraba qué había en los sacos, pero intuía que los alemanes regresarían para recuperarlos. Saltó al interior de la cavidad y levantó uno de los sacos: pesaba al menos veinte kilos. Se encontraba todavía débil tras el interrogatorio de la Milice, pero no podía esperar simpatía de Henri.

La parte más dura era ascender los peldaños con los sacos al hombro. Paul los fue alineando poco a poco en la cueva, bajo la mirada atenta de Henri, que había remplazado su metralleta por una pistola del arsenal del maquis.

Cuando todos los sacos estuvieron en la cueva, Henri le ordenó que lo

acompañase para buscar el camión. Avanzaron entre los árboles sin hacer ruido, bajo un cielo inundado de estrellas.

Henri retiró las ramas que ocultaban el camión y le ordenó a Paul que se sentara al volante. El viejo Renault tardó en encender. Cuando lo hizo, enfilaron el camino con las luces apagadas.

El vehículo recorrió con dificultad la distancia que los separaba de la entrada del campamento. Al llegar a las inmediaciones de la cueva, Henri le ordenó a Paul que transportara los sacos hasta el camión.

Paul estaba al límite de sus fuerzas, pero consiguió acabar la tarea. A continuación, Henri le pidió que se sentara al volante.

Avanzaron por un camino que serpenteaba alrededor de la montaña, y se detuvieron frente a una pared rocosa. Henri le ordenó que descendiese del camión, y Paul fue consciente de que había llegado al final de *su* viaje.

—¿Por qué le pediste a Vancelle que matara a mi padre?

—Tenía que pagar por lo que le hizo a mi familia.

Henri lo había visto todo desde la ventana del establo, la noche en que había muerto su hermana. El Cojo había amenazado a Sophie con matarla, si volvía a ver a Paul, y ella se había enfrentado a él. Preso de la ira, su padre había estado a punto de apretar el gatillo. Finalmente, le había explicado que Paul era su medio hermano, había dejado caer la escopeta y abandonado el establo. Sophie había cogido entonces el arma y, sin que Henri pudiese impedirlo, se había disparado a sí misma.

Henri apuntó a Paul y apretó el gatillo de su pistola, pero la bala se encasquetó. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, Paul llevó una mano a la bota para coger el cuchillo, y se abalanzó sobre su oponente.

Henri dejó caer la pistola y aferró la mano de Paul. Éste acercó el cuchillo lentamente hacia Henri, pero su adversario le propinó un rodillazo que lo hizo caer al suelo. El resistente se abalanzó sobre Paul, pero éste situó el cuchillo en su trayectoria y Henri se ensartó en él.

Sus pupilas se dilataron y un espasmo recorrió su cuerpo. Paul mantuvo el cuchillo hundido en el pecho de Henri hasta que estuvo muerto. Sólo entonces se dejó caer, exhausto, en el suelo.

Permaneció así unos minutos, mirando el cielo. Cuando recuperó las fuerzas, se levantó, limpió el cuchillo en la hierba y abrió uno de los sacos para ver qué había dentro.

Morly, julio de 1944

El gramófono desgranó con lentitud un aria de *Lucia di Lammermoor*. Madame Rosier había comprado ese aparato, un modelo de principios de siglo de la Compagnie Française du Gramophone, poco después de la muerte de su marido. La polilla se había infiltrado entre las conchas dibujadas en su ebanistería, pero nunca había sufrido una avería. Los discos, sin embargo, se habían rayado de tanto escucharlos, y Madame Rosier se veía obligada frecuentemente a hacer avanzar la aguja.

La música sonaba distorsionada, como si los intérpretes tocasen desde detrás de un biombo. *Lucia di Lammermoor* era su ópera favorita; la única que Madame Rosier había visto representada en un escenario.

Había sido en el Teatro Garnier de París, en vida de su marido. Aunque habían pasado muchos años, Madame Rosier recordaba cada minuto de la velada, antes y después de la representación. Hacía una noche cálida, y las mujeres llevaban vestidos ampulosos y joyas que brillaban más que las lámparas del teatro. Para una joven de provincias como ella, aquel espectáculo había sido una revelación. Y la música, ¡qué música! Cada vez que escuchaba *Lucia di Lammermoor* regresaba al Teatro Garnier; volvía a tener veinte años.

Madame Rosier observó a Marie, que dormía plácidamente en la habitación contigua, y se asomó a la ventana para respirar un poco de aire fresco. Hacía una noche espléndida, y las estrellas brillaban con guiños sonoros. El mundo parecía en orden.

Unas horas antes, sin embargo, Madame Rosier había estado a punto de sufrir un infarto al descubrir a Renée en su casa. No le quedaba más remedio que confiar en su silencio. Madame Rosier no tenía ningún sitio donde esconderse hasta que acabara la guerra; y menos en compañía de una niña judía.

No podía culpar a Marie de lo sucedido. Esta llevaba semanas encerrada en casa, sin poder jugar con otros niños. Había perdido a sus padres, y después a los Saint Matthieu. No era de extrañar que le hubiese abierto la puerta a Renée.

La maestra sintió un escalofrío. Morly era un pueblo pequeño, y no podría ocultar de forma indefinida que Marie vivía con ella. La BBC, que escuchaba a hurtadillas algunas noches, aseguraba que los aliados habían desembarcado en Normandía, y que la ocupación se acercaba a su fin. *¿Sería cierto?*

Desde hacía unos meses, Madame Rosier había recuperado la costumbre de rezar por las noches. Lo hacía por sus alumnos, por el general de Gaulle y, sobre todo, por Marie. Desde que la niña vivía con ella, guardaba escondida entre su lencería la vieja pistola Le Français, que su marido había utilizado como arma de servicio durante la guerra de 1914.

Marie llevaba sólo unas semanas con ella, pero había llenado su vida de tal forma que Madame Rosier tenía miedo de que sus padres volvieran a buscarla. A

veces se sorprendía a sí misma deseando que no regresaran nunca, para que la niña pudiese quedarse definitivamente con ella.

Su marido no había querido tener hijos, una exigencia que Madame Rosier lamentaba haber aceptado. Su esposo tenía veinte años más que ella, y había tomado todas las decisiones en el matrimonio. Cuando obtuvo su plaza de maestra, sus alumnos se convirtieron en los hijos que no había podido tener.

Madame Rosier sintió un orgullo casi maternal al pensar en las oportunidades de las que dispondría Marie al acabar la guerra, en un mundo en el que ser judío no obligaría a nadie a portar una estrella amarilla ni a ser enviado a un campo de concentración.

Lo que más conmovía a Madame Rosier era la sed de cariño de Marie. Protegerla era una forma de preservar su esperanza en el futuro, de ignorar las atrocidades de la guerra. En sus cinco años de vida, Marie había tenido vivencias que ningún niño hubiera debido experimentar: la separación de su familia; la soledad; el miedo. La pequeña estaba ansiosa de dar y recibir afecto, y Madame Rosier sintió miedo de lo mucho que empezaba a quererla. *¿Cómo reharía su vida cuando sus padres volviesen a buscarla?*

A pesar de lo sucedido, Marie había conservado intacta su inocencia. Desde su regreso a Morly, tras la desaparición de sus padres, Madame Rosier tenía la impresión de que la niña se comportaba de una manera más infantil, como si se hubiese encerrado en una burbuja para protegerse de tantas adversidades. Marie escribía y leía como si tuviera siete años, pero a veces se comportaba como una niña de tres. Parecía ignorar voluntariamente el mundo que la rodeaba.

Madame Rosier caminó hacia la habitación de Marie. La niña dormía de costado, con su muñeca abrazada al pecho. La maestra recordó con emoción el momento en que Marie había descubierto su regalo. Aquella muñeca había sido confeccionada por un resistente confinado en un «campo de trabajo» en Vernet d'Ariège, y Madame Rosier la había adquirido a precio de saldo en un mercadillo de la Cruz Roja.

Dejó la muñeca sobre la mesilla, tapó a Marie con la sábana y apartó los cabellos que caían sobre su frente. Viendo dormir a Marie, habría sido fácil creer que la guerra había terminado, pero unos golpes en la puerta, acompañados de gritos en alemán, le hicieron ver que no era así.

La guerra de Madame Rosier no había hecho más que comenzar.

Los golpes eran tan violentos que Madame Rosier temió que la puerta se viniese abajo. *¿Las habría delatado René?*

En previsión de lo que estaba ocurriendo, Madame Rosier había preparado un escondite para Marie en el fondo de un armario empotrado. Despertó a la niña, y le pidió que no hiciese ruido. Marie obedeció y entró en el armario, como Madame Rosier le había enseñado a hacer.

La maestra cerró la puerta y se dirigió al salón. En ese momento, dos hombres irrumpieron en el apartamento con un estruendo de madera rota. Uno de ellos llevaba un abrigo de cuero negro; el otro, una gabardina de color beis.

—¿Dónde está la niña judía? —preguntó uno de los hombres.

Madame Rosier respondió que vivía sola, y recibió una bofetada que la hizo caer al suelo. Sin prestarle atención, los hombres se dirigieron hacia la habitación donde estaba Marie. Uno de ellos regresó con un vestido infantil, que tiró a los pies de Madame Rosier.

Las voces del otro hombre, desde la habitación, evitaron que Madame Rosier recibiese una bofetada aún más brutal que la anterior. Temblando de miedo, siguió a los dos hombres hasta el cuarto. Estaban arrodillados junto al armario, y uno de ellos arañaba con las uñas cerca del lugar donde estaba escondida Marie.

Madame Rosier se dirigió a su habitación. Sacó de la cómoda la pistola de su marido y regresó al cuarto de Marie. Era la primera vez que empuñaba un arma, pero el pulso no le tembló al disparar.

Madame Rosier pasó por encima de los dos cadáveres, abrió la puerta del armario y abrazó a Marie con todas sus fuerzas.

Su corazón latía de forma acelerada, pero no sentía ningún remordimiento por lo que acababa de hacer. De ser preciso, volvería a apretar el gatillo para proteger a Marie.

Algún vecino tenía que haber escuchado los disparos en medio de la noche, y la Gestapo no tardaría en darse cuenta de que sus hombres tardaban en regresar. Era cuestión de tiempo que enviaran refuerzos.

Tenían que esconderse hasta que acabara la guerra, pero Madame Rosier no tenía edad para dormir en un bosque; y Marie todavía menos. Necesitaba acudir a alguien de confianza, pero su familia no residía en los alrededores, y el hijo de su hermana había sido detenido unos meses atrás por colaborar con la resistencia. Con el toque de queda en vigor, no llegarían muy lejos.

La maestra pensó en Madame Renard. Era la única persona que sabía que Marie vivía con ella. ¿Aceptaría esconderlas durante un par de días, hasta que encontrasen un lugar al que ir?

Madame Rosier tapó los ojos de la niña, para que no viese los cadáveres, y la llevó en brazos hasta el sofá del salón. Desde él podía observarse el boquete que los hombres habían abierto en la puerta.

Regresó a la habitación, cubrió los cadáveres con una sábana y metió en su bolso varias prendas de ropa, dos manzanas y un tubo casi vacío de leche condensada. Vistió a Marie con prisa, y guardó en su cartera todo el dinero que tenía.

—Tenemos que salir —le dijo a la niña—, pero no podemos hacer ruido para no despertar a los vecinos.

—¿Vamos a buscar a mis padres?

Madame Rosier acarició el pelo de Marie y le dio la mano para bajar las escaleras. En el patio había un automóvil de color negro. Tras comprobar que estaba vacío, enfilaron la acera en dirección al apartamento de Madame Renard. La maestra no estaba segura de cómo reaccionaría la mujer al verlas aparecer en medio de la noche. Si no eran detenidas antes por violar el toque de queda.

Madame Rosier escuchó el ruido de un automóvil, y se ocultó con la niña en un portal. El vehículo se detuvo sobre la acera, y varios hombres entraron en el inmueble donde vivía Madame Rosier. Se habían salvado por unos minutos.

—No quiero vivir con Madame Renard —protestó Marie, cuando alcanzaron el portal de su casa.

Madame Rosier estaba demasiado nerviosa para razonar con la niña. La agarró del brazo y subió con ella las escaleras. Cuando se disponía a llamar al timbre, vio que la puerta de los Saint Matthieu estaba abierta. Tal vez sería mejor no importunar a los Renard a esas horas de la madrugada,

La maestra entró con Marie en el apartamento de los Saint Matthieu.

Avanzaron en la oscuridad, tanteando las paredes, y Madame Rosier reprimió un grito al distinguir unos ojos en la oscuridad. Paralizada por el miedo, vio que Marie se soltaba de su mano y corría a abrazar a Minette, el gato de los Saint Matthieu, que se había escapado la semana anterior para volver a casa de sus dueños.

Madame Rosier se alegró del alborozo de la niña, pero no se hacía ilusiones sobre su situación. Había matado a dos agentes de la Gestapo y, cuando los alemanes la encontrasen, no tendrían clemencia con ella.

Ni siquiera disponían de provisiones para esconderse unos días. Las manzanas y la leche condensada les permitirían sobrevivir unas horas. ¿Aceptaría Madame Renard quedarse con la niña mientras ella intentaba ponerse a salvo?

Marie se quedó dormida, abrazada a Minette. La maestra se sentó a su lado y apoyó la cabeza en la pared. Permaneció así largo rato, con los ojos cerrados y la mente en ebullición.

Unos gritos resonaron en la escalera. Madame Rosier se incorporó con el pulso acelerado, preguntándose cómo habían hecho los alemanes para encontrarlas tan pronto. ¿Las habría delatado algún vecino?

Madame Rosier escuchó un ruido de pasos y buscó en el bolso la pistola de su marido, pero estaba tan nerviosa que fue incapaz de empuñarla. Los pasos se acercaron por la escalera.

Marie continuaba dormida, a pesar del ruido. Madame Rosier rezó una oración sin despegar los labios, y se vio recompensada cuando los alemanes llamaron a la puerta de enfrente. La maestra oyó protestar a Madame Renard, pero los soldados obligaron al matrimonio a acompañarlos, sin permitirles siquiera cambiarse de ropa.

La detención de la niña judía iba a terminar de forma muy distinta a lo que Madame Renard había esperado.

Después de varias horas de tensión, Madame Rosier se quedó dormida sobre el suelo de madera. Cuando despertó, le dolían todos los huesos del cuerpo aunque, considerando los sucesos de la noche anterior, podía considerarse afortunada.

Los alemanes habrían encontrado en su casa los dos cadáveres y estarían buscándolas. Lo mejor, por el momento, sería quedarse en el apartamento de los Saint Matthieu. Al menos, mientras les quedase comida.

Madame Rosier cubrió a Marie con su chaqueta y caminó hacia la entrada. A través de la mirilla vio que la puerta de los Renard había quedado abierta. ¿Tendrían algo de comida en su despensa? Desgraciadamente, a ellos no les serviría de nada.

Salió al rellano y entró en el piso de los Renard. Tras comprobar que no había nadie, cerró la puerta. En la despensa encontró una lata de sardinas, dos patatas y un trozo de pan reseco, y lo metió todo en su bolso.

Cuando se disponía a salir del apartamento, escuchó un ruido de pasos en la escalera. A través de la rejilla observó, con horror, que se trataba de un soldado alemán.

El hombre se detuvo en el rellano. Al ver la estrella de David pintada en la puerta de los Saint Matthieu, llamó al timbre de los Renard. La maestra asomó su nariz por la rejilla y le preguntó qué quería.

—Estoy buscando a Marie, la niña que vive con los Saint Matthieu.

Madame Rosier se quedó callada unos instantes. Deseaba librarse del soldado pero, por encima de todo, quería evitar que registrase el apartamento de los Saint Matthieu.

—La Gestapo vino hace unos días a buscar a los Saint Matthieu —explicó Madame Rosier—. Se llevaron a la niña con ellos a Royallieu.

Royallieu era un campo de concentración en el que Vichy confinaba a prisioneros políticos, judíos y resistentes, antes de que fuesen deportados a Alemania. El soldado reflexionó durante unos instantes y, para alivio de Madame Rosier, desapareció escaleras abajo.

La maestra regresó al apartamento de los Saint Matthieu, despertó a Marie y le hizo beber el resto de la leche condensada. Tenían que irse de allí lo antes posible, pero no podía cargar sobre sus vecinos la responsabilidad de esconderlas.

De repente se le ocurrió una idea. *Renée*. No vivía lejos de allí y, al ser su padre un miembro de la Milice, los alemanes no irían allí a buscarlas. Tal vez Renée las había delatado pero, con un poco de suerte, su padre no estaría cuando llegasen. Si la niña les abría la puerta, podrían esconderse en el desván hasta que las cosas se calmaran. El plan conllevaba riesgos, pero no tenían alternativa. Tal vez los soldados regresaran para registrar el apartamento de los Saint Matthieu.

La maestra le dio la mano a Marie, y bajaron hasta el portal. En la calle reinaba un completo silencio, y todas las contraventanas estaban cerradas. Avanzaron por la acera sin cruzarse con nadie, aunque Madame Rosier tuvo la impresión de que sus vecinos la observaban desde las ventanas, dispuestos a denunciarla.

Renée vivía con su padre en un edificio de dos plantas que, hasta la muerte de su madre, había albergado una panadería. La maestra llamó a la puerta con los nudillos, y Renée abrió poco después.

—¿Está tu padre en casa? —le preguntó Madame Rosier.

La niña negó con la cabeza, asustada.

—Necesitamos escondernos en tu casa un par de días. Tu padre no puede saberlo.

Renée supuso que Madame Rosier era también judía, pero no se atrevió a negarse. Su padre repetía que debía obedecer a sus profesores.

—No tienes de qué preocuparte. Si tu padre nos descubre, le diré que nos colamos por una ventana.

Renée no parecía convencida, pero las condujo hasta la antigua panadería. El lugar estaba lleno de cachivaches y, desde la muerte de su madre, nadie entraba allí.

Renée oyó que su padre había regresado a casa, acompañado de un soldado alemán, y dejó a Madame Rosier y Marie solas en la panadería. Los dos hombres ignoraron a Renée y se dirigieron al piso superior. La niña fue a su habitación para terminar el dibujo que estaba haciendo, pero los hombres hablaban tan alto que fue incapaz de concentrarse.

—¿Dónde se habrá metido esa zorra? —dijo el alemán.

—No te preocupes. En cuanto la Brigada Norteafricana empiece a repartir tiros, alguien la delatará.

—No creo que les dé tiempo a llegar —añadió el alemán—. La resistencia está tomando posiciones en la región.

El padre de Renée se preguntó qué haría cuando los alemanes se retirasen de Francia, pero no dijo nada.

—Será mejor que repartamos el botín ahora.

El padre de Renée asintió, y guió al soldado hacia la panadería. Al oírlos bajar las escaleras, Renée salió de puntillas de su habitación y deseó que se la tragara la tierra. Si su padre encontraba en la panadería a Marie y Madame Rosier, se enfadaría mucho.

El padre de Renée abrió la puerta y, cuando encendió la luz, las paredes se inundaron de sombras. Cogió una vieja maleta y, con ella en la mano, volvió a cerrar la puerta.

—¿La cubertería de plata de Serignac está dentro? —preguntó el alemán.

El padre de Renée masculló algo entre dientes y volvió a abrir la puerta de la panadería.

—Ayúdame a buscarla —le pidió al soldado—. Está por aquí, metida en una bolsa.

Los hombres movieron cabeceros de cama; colchones en los que anidaban roedores; cestos y cacerolas. Incluso una lápida con el nombre de la madre de Renée, inservible a causa de una falta de ortografía.

—¿Es esto lo que buscas?

El alemán le enseñó un bolso de mujer. El padre de Renée lo abrió y vio en su interior una lata de sardinas y una vieja pistola *Le Français*. Dejó el bolso en el suelo

y le pidió a su compañero que lo ayudase a apartar los trastos. Esta vez, sin embargo, no era la cubertería de plata lo que buscaban.

Desde su escondite tras un baúl, Madame Rosier siguió los movimientos de los dos hombres. Su corazón estaba a punto de estallar. Pensó en atacarlos con algún objeto, para que Marie pudiese escapar en medio de la confusión, pero sabía que la niña no llegaría muy lejos. La única opción de Madame Rosier era entregarse, y confiar en que los hombres no encontrasen a la pequeña.

La mujer le hizo una seña a Marie para que no se moviera de su escondite y salió con las manos en alto, consciente de que su sacrificio era la única forma de salvar a Marie.

La niña la siguió con la mirada desde detrás del baúl. La panadería estaba llena de telarañas, y tuvo tanto miedo de quedarse sola que decidió abandonar su escondite. Ante la desolación de Madame Rosier, corrió a abrazarse a su falda.

Cinco días antes

Mathilde Friedberg atravesó las puertas de la prisión de Mauriac, escoltada por dos soldados. Unos reclusos que trabajaban en la construcción de un muro se volvieron para mirarla. Caminaba muy erguida, como una reina que los hombres protegiesen con sus fusiles.

Al llegar al perímetro exterior de la prisión, los soldados le ordenaron que se situara frente a una tapia coronada por una alambrada de espino y salpicada de muescas de bala.

Durante lo que creyó serían sus últimos instantes de vida, Mathilde observó el bloque en el que estaban confinadas reclusas de diversas nacionalidades, en espera de su traslado a Alemania.

Tras ser detenida en el campamento del *maquis* de Saint-Sauveur, Mathilde había sido interrogada por la Gestapo. Cuando se dieron cuenta de que desconocía el paradero de los millones del Banco de Francia, la encerraron en Mauriac, a la espera de su envío a un campo de concentración.

Aunque sólo llevaba unos días en la cárcel, Mathilde se había acostumbrado con rapidez a su rutina, como una mula que girase alrededor de una noria. Los paseos por el patio. La sopa aguada. La suciedad. Los recuerdos. Y, sobre todo, la espera. Muchas reclusas dibujaban en los muros de la prisión mensajes que buscaban inmortalizar a su autora, darle sentido a una vida que no era vida, sino antesala hacia algo peor.

Las horas de la tarde eran las preferidas de Mathilde. Las puertas de las celdas permanecían abiertas durante dos horas, y las reclusas podían caminar unos metros por el corredor.

Geneviève, la mujer que ocupaba la celda contigua a la de Mathilde, pasaba todo el día frente a la ventana. Había sido detenida por atacar a los soldados que se presentaron para detener a su hijo, ausente en la convocatoria del «Servicio de Trabajo Obligatorio».

En la prisión se rumoreaba que Geneviève era capaz de comunicar con los muertos y que, antes de la guerra, había celebrado sesiones de espiritismo en La Rochelle. Durante una de esas sesiones se le había aparecido un marinero ahogado, supuestamente antes de que llegase a puerto la noticia del naufragio.

Separadas de sus familias, muchas reclusas llevaban años sin recibir noticias de sus seres queridos. La reputación de Geneviève había convertido su celda en lugar de peregrinación para guardias y reclusas por igual. Se decía que su espíritu recorría los corredores de la prisión al caer la noche, y su aura era tal que la guardia de su corredor, apodada Zepelín por su ideología y su corpulencia, le perdonaba el «canon de protección» que reclamaba a las otras presas.

Mathilde no era supersticiosa, pero estaba tan desesperada por recibir noticias de su hija que había decidido hablar con Geneviève.

Cuando entró en su celda, la mujer estaba observando el horizonte a través de la ventana enrejada. Tenía el cuerpo muy rígido, como si estuviese atada a un poste invisible. Al oírla llegar, se dio la vuelta y clavó su mirada en Mathilde. Tenía los ojos de distinto color: uno verde y otro azul.

—Me gustaría tener noticias de mi hija...

Geneviève le pidió que se acercara y sostuvo sus manos entre las suyas. Mathilde percibió el olor a cloaca de la celda y sintió ganas de vomitar la sopa aguada del almuerzo. La mujer cerró los ojos y murmuró unas palabras incomprensibles. A continuación, como si hubiese recibido una descarga eléctrica, apartó sus manos con rapidez.

—¿Qué has visto? —le preguntó Mathilde, atemorizada.

La mujer caminó hacia la ventana y observó una bandada de cuervos, que arrastraban en sus alas jirones de niebla. Geneviève había visto a una niña muerta de sed, en un vagón destinado al transporte del ganado, pero no quiso decírselo a Mathilde porque sus visiones se correspondían a veces con un futuro que no llegaba a materializarse. Aunque Mathilde insistió, Geneviève no rompió su silencio.

Dos días después, frente a la tapia de la prisión, Mathilde tuvo el convencimiento de que iba a ser fusilada, y tembló de frío y rabia bajo la fina tela de su uniforme.

La puerta del patio se abrió y, a través de ella, vio un automóvil detenido sobre la acera. Para su sorpresa, los soldados la condujeron hasta el vehículo. En su interior se encontraba el miliciano Vancelle.

El hombre le ordenó a los soldados que se marcharan y, con una sonrisa burlona, invitó a Mathilde a sentarse a su lado. Esta lo hizo en el borde del asiento, para no manchar la tapicería con su uniforme infestado de liendres.

—¿Dónde está Henri? —le preguntó Vancelle.

—No lo sé.

Vancelle introdujo su mano bajo el uniforme de Mathilde y pellizcó sus pechos. Sus uñas le hacían daño, pero Mathilde no se atrevió a protestar.

—Las sacas que iban en el tren contenían dinero —dijo Vancelle—. ¿Dónde están?

Mathilde reflexionó unos segundos. Aquello explicaba por qué Henri había actuado con tanto sigilo respecto al asalto, preparando la operación a solas.

—No sé de qué dinero me hablas.

El miliciano le dio a Mathilde una bofetada que dejó una marca en su mejilla. Después sonrió, como un dictador magnánimo que odiase utilizar la mano dura con sus súbditos.

—Los alemanes no detuvieron a Henri en el campamento de los *maquisards*, y su cuerpo no estaba entre los cadáveres. Extraño, ¿no te parece?

—Quizás se escondió con Paul Chevalier —propuso ella.

Paul Chevalier. Vancelle había ordenado a Berri que lo ejecutase en Aix-en-Provence pero, al parecer, no había cumplido su orden. El miliciano desgarró el uniforme de Mathilde con brusquedad y acarició sus pechos con un movimiento circular, como si dibujara estrellas en una noche de Van Gogh.

—Paul sabe dónde está el dinero —aventuró Mathilde—. Si me ayudas a encontrar a mi hija, te conduciré hasta él.

En el gramófono del café sonaba una melodía de Django Reinhardt, cuyo título Mathilde fue incapaz de recordar.

Expulsó el humo del cigarrillo y pensó en su marido, enterrado en una tumba sin nombre en Saint Briec. Erik había sido un excelente bailarín. En una pista de baile, y fuera de ella, había sido capaz de transmitirle seguridad, de hacer aflorar lo mejor que había en ella. Ambos habrían merecido una vida mejor.

Mathilde observó a Paul furtivamente. A juzgar por su estado de alerta, daba la impresión de intuir que su encuentro era una trampa. ¿Por qué había acudido, entonces? Tal vez era incapaz de olfatear el peligro. O tal vez estaba enamorado de ella.

El carácter de Paul le recordaba al personaje central de *El lobo estepario*, de Hermann Hesse, un hombre dividido entre su humanidad y unas pulsiones animales que dificultaban su integración en la sociedad.

En otras circunstancias, en otra vida, Mathilde habría podido enamorarse de él. Traicionar a Paul era algo de lo que no se sentía orgullosa, pero habría hecho cualquier cosa para encontrar a Marie. Su padre no había respondido a su carta, y Mathilde ignoraba dónde encontrar a Dieter. Vancelle era la única persona que podía ayudarle.

Recordó su visita con Erik a Lübben, en las cercanías del bosque de Spree, sabedora de que nunca regresaría a ese lugar. Aunque Vancelle encontrase el dinero, no la dejaría en libertad para que no divulgara su secreto.

Pensó en el beso de Paul, unos días atrás, y sintió que estaba traicionando a la única persona que la había tratado bien desde su llegada al sur de Francia. Quizá por ello, tenía la certeza de que Paul sería capaz de perdonarla. Entendería que cualquier madre habría actuado como ella.

Un hombre entró en el café, seguido por Vancelle. Mathilde oyó varios disparos, y el tiempo quedó suspendido durante unos instantes. A continuación vio la cara borrosa de Paul.

Mathilde sacó del bolsillo la fotografía de su hija y se oyó decir a sí misma: «Dile a Marie que la quiero». El rostro de Paul se difuminó, y Mathilde se vio rodeada por una completa oscuridad. Por fin iba a reunirse con su hija.

Paul salió tambaleándose del café, con la cabeza turbia y los dientes apretados a causa del dolor en el brazo.

Había dejado una bicicleta apoyada junto a la puerta, en previsión de una posible huida. Cuando se subió a ella, el miliciano Vancelle se asomó desde un portal contiguo, y una bala pasó silbando junto a la cabeza de Paul.

La bicicleta tomó velocidad en una pendiente, conduciéndolo hasta una plaza. Paul dejó la bicicleta en la acera, tiró la pistola en una boca de alcantarillado y se perdió entre la multitud.

Las mangas de su chaqueta, ceñidas en las muñecas, remansaban el reguero de sangre que habría podido delatarlo. Aparentando tranquilidad, entró en un café en la calle de los Cordeleros. Fue al baño para examinar su herida y comprobó que, por fortuna, la bala sólo había rozado el brazo.

Abandonó el café, sin prestar atención a las personas que cambiaban de acera para evitarlo. Se detuvo varias veces para comprobar que no lo seguían y avanzó hacia la estación de ferrocarril.

Al final de los andenes había una cabaña de madera donde se almacenaban herramientas, y Paul entró en ella. Su interior olía a amoníaco y excrementos, pero era un escondite seguro.

Cuando se hizo de noche, salió a inspeccionar los andenes. Caminó, agachado, hasta un convoy de mercancías. Los sabotajes de la resistencia y los ataques aéreos aliados habían convertido el tren en un medio de transporte muy peligroso y, más por su efecto intimidatorio que por su utilidad práctica, los alemanes habían instalado torretas de fuego antiaéreo en muchos trenes.

Paul escuchó los ladridos de un perro y se escondió en uno de los vagones. Dos soldados se acercaron con pasos enérgicos y, tras inspeccionar los ejes del tren, continuaron su camino.

Era peligroso viajar en un convoy cuyo destino no conocía, pero los soldados representaban un riesgo más inmediato, así que Paul decidió permanecer en el tren.

El vagón estaba lleno de barriles de vino, con la inscripción *Wehrmacht* en letras rojas. A juzgar por los restos de paja y el olor animal que reinaba en el vagón, éste había servido recientemente para el transporte de ganado.

Cuando el tren se puso en marcha, Paul se agazapó en una esquina del vagón y vio alejarse las luces de la ciudad. Inclino uno a uno los barriles, pero estaban vacíos. Uno de ellos almacenaba algo de líquido en el fondo, y Paul bebió con sus manos en forma de cuenco. El vino era de mala calidad, pero tenía tanta sed que no le importó. La carestía de cobre y sulfatos, junto a varios años de ocupación, había convertido las últimas añadas en un desastre.

Con el estómago hinchado, Paul se dejó caer en el suelo. El brazo seguía doliéndole, pero menos que antes. Vertió unas gotas de vino sobre la herida y apretó los dientes para sobrellevar el escozor.

Intentó dormir, pero cada vez que cerraba los ojos recordaba lo sucedido en el

café. Sacó del bolsillo la fotografía de la hija de Sophie. La niña debía de tener dos o tres años y, según indicaba uno de los márgenes, la foto había sido tomada en la localidad de Morly.

La lluvia empezó a caer sobre el techo metálico del vagón, y Paul cerró los ojos para escucharla. De niño le gustaba sentarse entre las hileras de lavanda y dejar que la lluvia lo volviese invisible, empapándolo con su olor a tierras lejanas.

Paul había sabido desde el principio que la reunión en el Café de la Paix era una trampa, pero la esperanza de saldar su deuda pendiente con Vancelle lo había impulsado a acudir. Aquella motivación, sin embargo, empezaba a perder fuerza. Matar a Vancelle no le devolvería la vida a su padre. Ni a Sophie. Y tampoco le libraría del olor a ceniza amarga.

Se quedó dormido con el movimiento del tren y despertó al amanecer. A juzgar por los paisajes, dedujo que estaban todavía en Provenza. Era demasiado peligroso continuar en el tren a plena luz del día, y aprovechó una cuesta que ralentizó la marcha para saltar del vagón.

Al tocar el suelo, se incorporó con rapidez y fue a esconderse tras unos arbustos. Permaneció inmóvil durante unos instantes, atento a su entorno, hasta que tuvo la certeza de que nadie lo había visto.

Buscó un charco y se lavó en él. El agua le devolvió el reflejo de un hombre vencido, con unas ojeras profundas.

Caminó entre los árboles hasta llegar a un camino de tierra. El brazo seguía doliéndole, y sentía el olor a ceniza. No había probado bocado desde la mañana anterior, y comió las moras de un arbusto hasta saciarse.

Después continuó la marcha, siguiendo la dirección del camino. Hacia el mediodía escuchó el ruido de una motocicleta y se escondió entre los árboles. El conductor, vestido con un uniforme alemán, se detuvo en lo alto de una loma y esperó con el motor encendido, como si hubiese olfateado la presencia de Paul en el viento.

Este pensó que lo más razonable sería esconderse y dejar marchar al soldado, pero estaba agotado y necesitaba un medio de transporte. Cogió una piedra del suelo y se ocultó detrás de un árbol. Si no acertaba el tiro, tendría que salir corriendo. Y no se encontraba en su mejor momento de forma.

El soldado husmeó el aire una vez más y se lanzó a gran velocidad por el camino. Paul acarició la piedra y siguió con los ojos la trayectoria de la motocicleta.

Cuando estuvo a pocos metros de él, Paul se levantó para lanzarla. El soldado desenfundó su pistola, pero la piedra le golpeó en el pecho antes de que pudiese disparar.

La motocicleta rodó unos metros por el suelo y quedó tumbada en la carretera, con el motor encendido. Paul se acercó con precaución al soldado. Este se había desnucado al caer, y estaba desmadejado como una marioneta.

El muerto llevaba el uniforme de un *Ruttenführer*. Paul examinó las pertenencias del sargento y encontró en la cartera colgada de su cuello un documento con la rúbrica *Geheim*.

Las órdenes, redactadas en francés y codificadas como «secretas», iban

dirigidas a la Brigada Norteafricana. Sus miembros debían presentarse en la localidad de Morly para dar un escarmiento a la población por el asesinato de dos miembros de la Gestapo.

Morly.

Paul conocía de oídas la reputación de la Brigada Norteafricana. Había sido creada por el responsable de la Gestapo en Francia, Henri Lafont, en colaboración con el nacionalista argelino Mohamed el-Maadi, que soñaba con una Argelia independiente y nacionalsocialista en pago a sus servicios. Los integrantes de la Brigada Norteafricana, principalmente árabes y cabillos reclutados en el barrio parisino «La Gota de Oro», eran conocidos por su falta de escrúpulos. Su especialidad era el saqueo y el robo, violando, quemando y asesinando a su paso.

Paul había abatido al correo que llevaba las órdenes, pero la Brigada Norteafricana las recibiría por otros medios. Unas semanas atrás, las SS habían perpetrado una masacre en Oradour-sur-Glane, como represalia por un atentado de la resistencia. En aquella acción habían muerto casi todos sus habitantes. Las mujeres y los niños fueron encerrados en la iglesia, y miembros de las SS hicieron explotar en su interior una bomba, antes de rematar a los supervivientes con ráfagas de ametralladora.

Si la hija de Sophie estaba en Morly, corría un grave peligro. Paul sacó de su bolsillo la fotografía de Marie y pensó que tal vez fuese la motivación que necesitaba. En las guerras morían millones de personas, pero una sola vida podía representar una gran diferencia. Salvar a Marie le permitiría redimirse, tal vez salvarse a sí mismo.

Arrastró el cadáver del soldado hasta los arbustos, le sacó el uniforme y se lo puso. Si era detenido conseguiría engañar a los alemanes; pero también a la resistencia.

Se subió a la motocicleta *Zundapp* y aceleró el motor. Tenía que llegar a Morly antes de que lo hiciese la Brigada Norteafricana.

Paul aparcó la motocicleta frente al ayuntamiento de Morly. Su reloj tenía la esfera resquebrajada, y la gravedad hacía que las agujas marcaran permanentemente las seis y media. En el frontispicio podían distinguirse los cercos de la divisa «Liberté, Egalité, Fraternité», borrada al comienzo de la ocupación.

El silencio era abrumador, como si una sombra flotase en el aire. Las calles estaban desiertas; las contraventanas, cerradas. Paul disponía de poco tiempo para encontrar a la hija de Sophie y alertar a los habitantes de la llegada de la Brigada Norteafricana.

Los sacerdotes conocían a todo el mundo en los pueblos, así que decidió ir a la iglesia. Llamó varias veces a la puerta del templo, pero nadie abrió.

Echó a andar por una calle adyacente y reparó en que alguien lo observaba desde una ventana próxima a la acera. Con su uniforme de la *Wehrmacht*, sería un blanco fácil en la calle desierta. Se pegó a la fachada y caminó hacia la ventana del curioso. Rompió el cristal con el mango de su pistola y agarró por el cuello a la persona que se ocultaba detrás. Era un anciano, y parecía aterrorizado.

—Estoy buscando a esta niña —dijo Paul, mostrándole la fotografía de Marie—. ¿Dónde vive?

Ante el silencio del hombre, Paul sacó su pistola de la cartuchera y la situó sobre su pecho.

—Vive con los Saint Matthieu, en la Rue du Calvaire.

—¿Cómo se llega hasta allí?

—Gire a la derecha en ese cruce. El edificio de los Saint Matthieu tiene una hornacina con una estatua de la Virgen.

Paul siguió las instrucciones del hombre y buscó el nombre de los Saint Matthieu en los buzones. El portal estaba abierto, y en su interior olía a verdura hervida.

En el edificio había dos viviendas, ambas situadas en el primer piso. Alguien había pintado una estrella amarilla sobre la puerta de los Saint Matthieu. *Había llegado demasiado tarde.*

Llamó a la puerta de enfrente, y unos ojos inquisitoriales lo miraron a través de la rejilla.

—Estoy buscando a Marie, la niña que vive con los Saint Matthieu.

La mujer guardó silencio unos instantes.

—La Gestapo vino hace unos días a buscar a los Saint Matthieu —explicó finalmente—. Se llevaron a la niña con ellos a Royallieu.

Paul permaneció callado, mientras digería la noticia. El campo de concentración de Royallieu estaba situado en las inmediaciones de Compiègne, el lugar donde Francia y Alemania habían firmado los armisticios de 1918 y 1940. La probabilidad de que una niña sobreviviera en ese lugar era ínfima.

Se dio la vuelta y bajó las escaleras, sudando bajo su uniforme demasiado estrecho. Después pensaría en Marie. Ahora debía prevenir al alcalde de la llegada

de la Brigada Norteafricana, para que evacuase a la población.

Al llegar a la plaza del ayuntamiento vio un camión. Alrededor de él se congregaba un grupo de hombres, vestidos con las insignias azules de la Brigada Norteafricana.

Paul se alisó el uniforme y decidió huir hacia delante. Con grandes aspavientos, empezó a increpar a los recién llegados por su tardanza. El líder de la brigada, cuyo vientre amenazaba con romper los botones de su camisa, no pareció muy impresionado por sus galones de sargento.

—¿Por qué habéis llegado tan tarde? —insistió Paul—. ¿Os habéis detenido en un burdel?

Algunos mercenarios rieron, pero el cabecilla acalló sus risas con un gesto enérgico. Varios hombres subieron al camión y dejaron en el suelo los cadáveres de un hombre y una mujer, vestidos con pijamas sucios. Llevaban colgados del cuello sendos cartones con la palabra «Renard» y el rudimentario dibujo de un zorro.

El líder de la brigada ordenó a sus hombres que colgaran los cadáveres de un poste, para que todos los vecinos de Morly pudiesen verlos. A continuación, desenfundó su pistola y caminó hacia el ayuntamiento.

—¿Dónde va? —le preguntó Paul.

—A obtener una lista de habitantes de la población.

—Lo acompañaré.

El hombre le dedicó a Paul una mirada impaciente, pero no dijo nada. Al entrar en el vestíbulo del ayuntamiento, el mercenario llamó a gritos al alcalde. Como nadie respondía, se acercó a una mujer que estaba detrás de un mostrador y la apuntó con su pistola.

—¿Va a acompañarme hasta el alcalde, o prefiere que encuentre el camino yo solo?

La mujer se levantó con torpeza y los guió hasta un despacho en el primer piso, cuya puerta abrió sin llamar. Al ver el uniforme de Paul, el alcalde se levantó como un resorte y le transmitió sus condolencias por la muerte de los dos miembros de la Gestapo. El cabecilla de la Brigada Norteafricana se acercó al hombre y, sin mediar palabra, le propinó un puñetazo en el estómago.

—Quiero los nombres de veinte habitantes de Morly con afiliaciones masónicas o comunistas. Si no los tengo en cinco minutos, su nombre será el primero en la lista.

El mercenario se dio la vuelta y encendió un cigarrillo, mientras observaba un retrato del mariscal Pétain orlado con la divisa «Trabajo, familia, patria». Sin previo aviso, Paul desenfundó su pistola y le asestó al mercenario un tiro a quemarropa.

Ante la mirada atónita del alcalde, Paul despojó al mercenario de las dos granadas que colgaban de su cinturón y se asomó a la plaza. Sus posibilidades de oponerse a un grupo de veinte hombres armados eran mínimas. Por lo menos, vendería cara su piel.

Para su sorpresa, al asomarse por la ventana vio que los miembros de la Brigada norteafricana se subían atropelladamente al camión. Sin preocuparse del hombre que habían dejado en el ayuntamiento, se marcharon a toda prisa de Morly.

Una bandera tricolor asomó con timidez en una ventana, y otras la siguieron.

Poco después, una comitiva de resistentes entró en la población. Algunos iban a pie; otros en bicicleta, y unos pocos en automóvil. Vestían uniformes desiguales y lucían una sonrisa en el rostro. Las campanas de la iglesia repicaron para señalar la liberación de Morly, tras varios años de ocupación.

Paul observó la llegada de los resistentes desde la ventana del ayuntamiento, pero no sintió una gran emoción. Sabía que la liberación sólo sería una realidad cuando los alemanes hubiesen abandonado París.

Se quitó el uniforme alemán y se vistió las ropas del mercenario, que le venían demasiado grandes. Después bajó las escaleras en dirección a la plaza, con la intención de escaparse discretamente, pero un hombre lo señaló con el dedo desde la puerta del ayuntamiento. Era el anciano al que había amenazado con su pistola para averiguar dónde vivía Marie.

Varios resistentes se abalanzaron sobre Paul, que se hizo un ovillo para protegerse de los golpes que caían sobre él.

Royallieu, agosto de 1944

Iluminado por proyectores gigantescos, el campo de concentración de Royallieu ofrecía el aspecto de una ciénaga en medio del desierto. Una empalizada de tres metros de altura, coronada por una valla electrificada, emitía un zumbido de insecto. Varios soldados vigilaban desde las torretas, parapetados detrás de sus ametralladoras.

Paul había tenido suerte de que el alcalde de Morly hubiese detenido su linchamiento, aunque aún no se había recuperado de la paliza recibida. Tenía dificultades para mover el brazo derecho y su visión era ligeramente borrosa, aunque era suficiente para reconocer que sería imposible acceder a la fortaleza de Royallieu. Tal vez Marie había sido deportada a otro lugar. Quizá ni siquiera había estado en Royallieu.

A diferencia de otros campos de internamiento en territorio francés, como Drancy o Pithivilliers, Royallieu dependía directamente de las autoridades alemanas. Con los aliados a las puertas de París, Paul se preguntó qué decisión tomaría el director del campo. ¿Daría la orden de asesinar a los prisioneros?

Escuchó gritos de soldados y ladridos de perros, seguidos por varios disparos y un rumor de toses, de pasos apresurados. Un olor viejo como la noche, mezcla de miedo y orines, se elevó sobre la empalizada.

Los alemanes empezaron a pasar lista a los prisioneros. ¿Iban a enviar un último convoy hacia Alemania? El viaje hacia el este, sin apenas agua ni comida, duraba cuatro días. Decenas de personas se hacinaban en vagones diseñados para transportar animales, obligados a chapotear sobre sus excrementos y beber su propia orina.

Las puertas del campo se abrieron poco después. Paul vio aparecer una columna de prisioneros, flanqueados por un nutrido grupo de soldados. En medio de la fila iban varios niños, pero estaban demasiado lejos para poder distinguir sus rasgos. ¿Llevaban a los prisioneros al bosque para asesinarlos?

La comitiva enfiló el camino hacia Compiègne. Paul se dio cuenta de que no iban al bosque, sino a la estación de tren. Los alemanes pretendían realizar un último transporte de prisioneros hacia el este.

Paul se adentró en el bosque. Supondría un largo rodeo, pero tenía que llegar a Compiègne antes que los prisioneros de Royallieu. Una vez allí, intentaría movilizar a la población y conseguir ayuda de la resistencia local.

Al igual que Paul hasta hacía unas semanas, una mayoría de franceses se habían mantenido ajenos a la guerra, sin participar en la resistencia ni colaborar con los alemanes. Durante las guerras, la gente corriente se limitaba a sobrevivir e intentar alimentar a sus familias, pero a veces bastaba una chispa para sacar a alguien de su letargo. En el caso de Paul había sido la muerte de su padre y, posteriormente, la promesa silenciosa hecha a Sophie.

Corrió en la oscuridad por el bosque, evitando las ramas de los árboles. Aunque se torció varias veces los tobillos, continuó siempre hacia delante.

Al salir de la espesura, las luces tenues de Compiègne aparecieron frente a él. Bajó corriendo por la colina, pero trastabilló en la oscuridad y rodó por la ladera, hasta que una roca detuvo su descenso.

Paul quedó tumbado sobre la hierba, inconsciente, mientras los prisioneros de Royallieu continuaban su lenta marcha hacia el infierno.

Marie se pellizcó el brazo, pero no consiguió despertarse. Apoyó la cabeza en el pecho de Madame Rosier y observó a las personas que se hacinaban en el vagón. A su alrededor había varios niños, pero ninguno quería jugar con ella.

En el vagón hacía calor, y Marie tenía mucha sed. Un bebé no dejaba de llorar, y su madre intentaba darle el pecho, pero estaba tan delgada que apenas tenía leche. Por lo menos, la sed había hecho que Marie se olvidara de las ganas de comer. Y del aburrimiento.

La luz del sol se filtraba por las rendijas del vagón, como los surcos de innumerables relojes de arena. Una mujer empezó a sollozar, y Marie se sintió triste porque nadie iba a consolarla. Las ganas de llorar eran como los bostezos, y tuvo miedo de contagiarse.

Lo mejor sería dormir un rato. Quizá la pesadilla se habría terminado cuando despertara. Marie siempre iba al baño antes de dormir, pero en el vagón no había lavabo, y no quería pasar al lado de la mujer que estaba llorando.

Cerró los ojos y soñó que su madre había regresado. Le hacía a Marie un bonito peinado y se bañaban en la playa. Después inventaban juntas una historia con un final feliz.

Cuando se despertó, algunos pasajeros habían cambiado de sitio. A su lado había ahora un hombre muy delgado. Parecía agotado, pero sonrió a Marie a pesar de todo. Era la primera vez, desde que habían subido al tren, que alguien le sonreía. Y no sólo eso. El hombre empezó a replicar los movimientos de Marie: se rascó la cabeza al mismo tiempo que ella; se llevó la mano a la nuca y bostezó. Igual que ella. Después sacó un corcho del bolsillo y cerró la mano alrededor de él. Cuando volvió a abrirla, ¡el corcho había desaparecido!

Marie iba a preguntarle cómo lo había hecho, pero el tren aminoró la marcha hasta detenerse. Las puertas del vagón se abrieron poco después.

Paul tardó unos segundos en reparar en dónde estaba. Tenía las piernas dormidas y una mancha de sangre en la frente.

La mañana era fría, y una alfombra de niebla cubría el horizonte. Se incorporó con dificultad y caminó hacia el centro de Compiègne.

La estación ofrecía un aspecto desolado. Un vagón para el transporte de ganado estaba abandonado en la vía, y sobre el andén yacían varios cadáveres de hombres adultos, todos ellos con un tiro de bala en la nuca.

Caminó por el andén con las manos en los bolsillos, incapaz de contener la rabia. Desde el túnel que conducía al vestíbulo de la estación una voz le ordenó, en un mal francés, que levantase las manos.

Paul distinguió entre la bruma a dos hombres armados con fusiles. La visión de los cadáveres le había revuelto el estómago, provocándole una sensación de vértigo. Pensando que los alemanes lo matarían de todas formas, Paul gritó una retahíla de insultos contra Hitler y el tercer Reich.

Los dos soldados resultaron ser norteamericanos en misión de reconocimiento, pertenecientes al segundo batallón del 75º regimiento de Exploradores. Habían recibido su entrenamiento en Tennessee, y entrado por primera vez en combate durante el desembarco aliado en Normandía, donde recibieron la orden de tomar la posición alemana de Point-du-Hoc, una gesta que los obligó a escalar un acantilado con cuerdas, bajo un intenso fuego de ametralladora. A partir de ese día, consideraban cada minuto posterior de su vida como un milagro.

Los norteamericanos se mostraron aliviados de encontrar un rostro amigo en aquella estación llena de cadáveres. Cuando Paul les informó de la partida de un tren con prisioneros del campo de Royallieu, le ofrecieron su ayuda para localizarlo.

Su jeep estaba aparcado en el vestíbulo de la estación. Paul se sentó en el asiento trasero y observó los nidos de golondrina en los aleros del edificio, que alguien había utilizado recientemente para hacer prácticas de tiro.

Los norteamericanos llevaban dos días explorando la zona, y sugirieron ir hacia el norte. La vía férrea a Soissons había sido bombardeada, y era probable que el convoy de Royallieu hubiese tomado la dirección de Peronne.

Un destacamento de tropas británicas, con los que se encontraron una hora después, les informaron de que el tren de Royallieu había alcanzado Peronne al mediodía, pero se había visto obligado a dar la vuelta debido a la destrucción del puente de La Chapelette.

Paul se despidió de los dos soldados norteamericanos, obligados a regresar a su campamento, y se unió al destacamento británico para esperar la llegada del tren en las inmediaciones de Roye.

Hacía una tarde calurosa, y los minutos discurrieron con lentitud. A pesar del agotamiento, Paul se obligó a permanecer concentrado. Unas nubes de tormenta se condensaron en el cielo, y un trueno retumbó en las montañas cercanas. El viento empezó a agitar las copas de los árboles, y una lluvia afilada descargó su ira sobre

ellos.

Paul vio aparecer en la lejanía la columna de humo de un tren. Calados hasta los huesos, los soldados británicos se escondieron entre los árboles y tomaron posiciones. La vida de los prisioneros de Royallieu dependía de que el ataque fuese una completa sorpresa. Si se sentían acorralados, los alemanes incendiarían los vagones con los prisioneros dentro.

Cuando el tren se aproximó a su posición, los ingleses hicieron explotar una bomba sobre la vía, que obligó al conductor a frenar para evitar un descarrilamiento, y abrieron fuego sobre los soldados apostados en el techo del tren. Los alemanes que no fueron abatidos huyeron hacia el bosque, dejando el convoy desprotegido.

Paul se sumó a los soldados ingleses para forzar las puertas de los vagones. Algunas formas humanas se asomaron al exterior, pero muchos prisioneros no habían sobrevivido al viaje. Paul fue de vagón en vagón, sobreponiéndose al hedor insoportable. Rebuscó entre vivos y muertos, hasta que tuvo la certeza de que Marie no estaba en el tren.

Paul se arrodilló en el andén, consciente de que había sido incapaz de cumplir la última voluntad de Sophie, cuando un pensamiento atravesó su mente. *¿Y si la vecina de los Saint Matthieu le había mentado?*

Aviñón, agosto de 1944

El mayor Hambrecht releyó la orden de retirar todos sus efectivos del departamento de Vaucluse. Aunque esa decisión resultaba inevitable, era resultado de anteriores elecciones del Estado Mayor. Si Alemania hubiese concentrado sus esfuerzos en controlar los pozos de petróleo de Oriente Medio, en vez de abrir un nuevo frente en Rusia, no se habría visto obligado a impartir las órdenes más humillantes de su vida.

Levantó el auricular del teléfono y le pidió a su ayudante que fuese a verlo. Algunos destacamentos alemanes habían pactado con la resistencia local una salida segura de sus hombres, pero necesitarían varias horas para completar la retirada de todos sus efectivos.

Su ayudante entró en el despacho y chocó sus talones. Llevaba el uniforme impecable, pero su gesto parecía menos hierático que en los últimos días.

—Dé la orden de retirar todos nuestros efectivos de Vaucluse —dijo el mayor Hambrecht—. Y disponga mi coche: quiero hacer una visita a Morly.

Su ayudante no reaccionó durante unos instantes.

—Me temo que esa visita no será posible, *Herr Sturmbannführer*. La Brigada Norteafricana se ha presentado allí esta tarde.

—¿Quién dio esa orden?

—Lo hice yo, en su nombre. Dos agentes de la Gestapo fueron asesinados al intentar detener a la niña judía.

—¿La niña judía? Le ordené expresamente que no hiciese nada al respecto.

—Obré por patriotismo, mi mayor.

Dieter Hambrecht miró a su ayudante con desprecio. El mariscal Rommel nunca habría impartido una orden destinada a hacerle daño a una niña indefensa.

—¿Dónde está la niña ahora?

—En un tren con destino a Alemania.

—Prepare mi coche ahora mismo.

—Con su permiso, esa zona es muy peligrosa. La resistencia ha tomado posiciones en ella.

—¡Le he ordenado que prepare mi coche!

Dieter Hambrecht esperó a que el hombre saliese del despacho y cogió un papel de su escritorio. La última orden que firmaría como comandante de la región de Vaucluse sería el traslado de su ayudante al frente ruso, donde tendría sobradas oportunidades para demostrar su patriotismo.

Madame Rosier observó el rostro empapado en sudor de Marie, que dormía apoyada en su regazo. En el vagón se hacinaban al menos cien personas, y hacía un calor de fragua.

Tras ser detenidas en casa de Renée, habían sido conducidas al cuartel de la Gestapo en Aviñón y, unos días después, metidas en ese tren con destino a Alemania.

Marie tenía los labios agrietados por la sed. No tenían nada para beber y, a medida que avanzase la mañana, la temperatura aumentaría aún más. Madame Rosier dudaba de que sobreviviesen a ese viaje. Sentía ganas de llorar, pero debía mantenerse fuerte por la niña.

El tren se detuvo poco después, y Madame Rosier vio abrirse la puerta del vagón. Un soldado ordenó a los pasajeros que bajasen del tren. La maestra despertó a Marie, y siguieron a los otros prisioneros hacia el andén.

Un soldado empezó a gritar el nombre de Marie Dehaene. Al principio Madame Rosier pensó que iban a liberarla, pero su sentido de la realidad le hizo temer que el motivo fuese otro. El soldado se acercó a ellas y le preguntó a la niña si se llamaba Marie Dehaene. Ante la desolación de Madame Rosier, la pequeña asintió.

La maestra intentó retener a Marie a su lado, pero el soldado la apartó a culatazos. Tumbada en el suelo, con la cara ensangrentada, Madame Rosier vio alejarse a Marie por el andén.

El vehículo del mayor Hambrecht no llevaba ninguna insignia oficial, pero el Mercedes 260D era el coche de elección de la Gestapo y las SS, y la resistencia no tendría problemas para identificarlo. En ese aspecto, su ayudante tenía razón.

Dieter Hambrecht abrió la puerta del automóvil e invitó a Marie a sentarse a su lado. La niña empezó a sollozar, ocultando su rostro con el antebrazo, y Dieter sintió un estremecimiento al comprobar lo mucho que se parecía a su madre.

La visión de Marie hizo aflorar en él una miríada de recuerdos: del día en que se había caído de un árbol, intentando capturar un pájaro para Mathilde; de cómo habían compartido sus meriendas y explorado sus cuerpos. Recordó en particular una tarde de otoño, en la que Mathilde y él habían lanzado castañas, con un tirachinas, sobre los autobuses que circulaban por Französische Strasse, hasta que un conductor airado había detenido su autobús para darles caza. La niña que tenía a su lado le recordó que Mathilde había sido su único, su gran amor.

—No llores. Soy un amigo de tu madre y no voy a hacerte daño.

—¿Va a venir mi mamá a verme?

Dieter Hambrecht le ordenó al conductor que arrancara. Su encuentro con la hija de Mathilde, el accidente del mariscal Rommel y la retirada de Vaucluse habían provocado en él la impresión de que el mundo se tambaleaba. Y de que su vida lo hacía también.

—Voy a llevarte a casa de tus abuelos.

—Yo no tengo abuelos.

—Claro que los tienes. Viven en Berlín, en una casa con un jardín muy grande. ¿No tienes ganas de conocerlos?

La niña se quedó pensativa unos instantes.

—¿Mis abuelos son judíos?

Dieter Hambrecht se estremeció al pensar que Marie habría podido ser su hija. Si no la hubiese sacado del tren, habría acabado en un horno crematorio o, como en sus pesadillas, rodeada de una montaña de cadáveres.

—No, tus abuelos no son judíos.

—¿Madame Rosier puede venir conmigo?

El mayor Hambrecht no tuvo tiempo de responder. Observó un resplandor entre los árboles y, antes de que pudiese comprender qué sucedía, el automóvil dio varias vueltas de campana.

Marie tenía la cara chamuscada y la ropa hecha jirones. Se había dado un golpe en la espalda al salir despedida del vehículo, pero sólo había sufrido unos rasguños.

El automóvil estaba recostado en la cuneta, envuelto en llamas. Los zapatos de Marie tenían agujeros en las suelas, y se encontraba muy cansada, pero la posibilidad de quedarse sola le daba tanto miedo que comenzó a andar siguiendo la vía férrea. Tal vez la llevase hasta el tren en el que viajaba Madame Rosier.

Hacía sol y los pájaros cantaban, pero Marie habría preferido estar encerrada en casa de Madame Rosier. Ni siquiera tenía a su muñeca para hacerle compañía.

Cuando la vía férrea se adentró en un túnel, Marie rodeó la montaña siguiendo un camino polvoriento. Al llegar a un repecho, vio una larga fila de personas que transportaban sus enseres en carros y mulas.

No quería estar sola cuando cayese la noche, así que corrió por la ladera hasta que alcanzó a las últimas personas de la fila. Nadie hablaba ni reía, y todo el mundo parecía enfadado, pero estar sola era mucho peor.

Una mujer que iba en un carro tiró el corazón de una manzana, y Marie se abalanzó para cogerlo antes de que lo hiciese un perro. Lo comió con fruición, sin dejar de caminar. No le gustaban las pepitas, pero tenía tanta hambre que no le importó comerlas.

A su lado caminaba un hombre cuyo rostro le resultó familiar. Al cabo de unos segundos, reparó en que era el mismo hombre que, antes de bajar del tren, había hecho desaparecer el corcho.

—¿Estás sola? —le preguntó a Marie.

El hombre no parecía peligroso, pero Marie conocía el riesgo de hablar con desconocidos. *¿Y si era judío y quería comérsela?*

Caminaron en silencio durante un rato. Marie se esforzó por seguir al hombre, pero fue quedándose poco a poco atrás. Estaba empezando a anochecer, y pronto no se vería nada.

Marie trastabilló en una piedra y estuvo a punto de caerse. Antes de que lo hiciera, el hombre la cogió en volandas y la sentó sobre sus hombros. Después situó una mano en la espalda de Marie, como solía hacer su padre, para asegurar su equilibrio.

Marie estaba agotada, pero luchó con el sueño, por miedo a que el hombre la abandonara si se quedaba dormida.

Tras su detención por el asesinato de Camille Fontaine, Víctor del Monte estuvo encerrado unos meses en la cárcel, a la espera de su juicio. El comienzo de la guerra lo retrasó definitivamente y, como muchos presos comunes de nacionalidad extranjera, «El Gran Dumont» fue enviado al campo de concentración de Vernet d'Ariège.

La disentería había estado a punto de terminar con él, pero Etienne Duhamel había conseguido que se aferrase a la vida. El trozo de pan que había compartido con él no sólo había alimentado su cuerpo, sino también su esperanza en el género humano, sus deseos de seguir viviendo.

Unos meses después de conocerse, «El Gran Dumont» y Duhamel tuvieron que seguir caminos distintos. Debido a la inminencia de un desembarco aliado, Víctor y otros prisioneros fueron enviados a la costa atlántica francesa, para trabajar en las defensas de la organización Todt.

Después del desembarco angloamericano en Normandía, Víctor del Monte se encontró, sin comprender el motivo, en un tren con destino a Alemania. Durante su última parada, el alboroto causado por una mujer le permitió escabullirse de la vigilancia de los soldados y esconderse entre los árboles. De algo le había valido, pensó con ironía, ser uno de los mejores magos escapistas de Europa.

Unas horas después se había encontrado con Marie. Sin dinero ni comida, «El Gran Dumont» tuvo que utilizar sus habilidades como mago para subsistir. Realizaba sus trucos de magia cuando los refugiados hacían una pausa para descansar, y buscaba grupos numerosos, preferiblemente familias, pues las personas que caminaban solas rara vez compartían su comida.

Marie había insistido en participar en sus actuaciones. La niña aprendía rápido, y su presencia hacía que la gente fuese más generosa. Los trucos que «El Gran Dumont» realizaba no tenían nada que ver con sus actuaciones en *Le chat noir*. Se limitaba a sacar un pañuelo de la boca de Marie y extraía bolas de papel de sus orejas. Su actuación estelar consistía en convertir un palo en una piedra, un truco que le valía siempre aplausos y la mirada atónita de sus espectadores. Sus espectáculos no proporcionaban dinero, pero les permitían evitar el hambre.

Después de una de sus actuaciones, «El Gran Dumont» se sentó junto a Marie. Habían recibido una cebolla durante su último espectáculo, y le dio la mitad a la niña.

—¿Eres un mago de verdad?

—Claro —respondió Víctor del Monte, con una sonrisa triste.

Marie lo miró en silencio unos instantes.

—Entonces, ¿puedes hacer volver a mis padres?

«El Gran Dumont» observó a la niña. En los últimos años creía haber perdido la fe en el género humano, y se consideraba inmunizado contra el dolor ajeno, pero Marie le había demostrado que no era cierto.

Tras descansar un poco, volvieron a ponerse en camino. Se encontraban en una zona ocupada por los alemanes, y las explosiones retumbaban en las montañas

cercanas.

La artillería de uno de los bandos empezó a lanzar obuses que explotaron muy cerca de ellos. La columna de refugiados se dispersó, y muchos intentaron ganar el bosque cercano.

Fue entonces cuando aparecieron los aviones. Al principio Víctor creyó que eran norteamericanos, pero pronto comprobó que no era así. Un avión barrió el asfalto con su ametralladora. Instintivamente, «El Gran Dumont» corrió a refugiarse en la maleza pero, al mirar atrás, vio a Marie paralizada en medio del camino.

En ese momento deseó ser un verdadero mago y poder hacer desaparecer a la niña. Durante una fracción de segundo, mientras las ráfagas de ametralladora se acercaban a Marie, Víctor del Monte tuvo el convencimiento de que salvarla era una forma de salvar al mundo, aún a costa de su propia vida. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia la niña y la cubrió con su cuerpo.

Cuando los aviones desaparecieron, el aire se inundó con un olor a pólvora, con los quejidos de los heridos y los lamentos de quienes habían perdido a sus seres queridos.

El cuerpo de «El Gran Dumont» estaba a punto de asfixiar a Marie. Poco a poco, la niña movió el peso de su cuerpo hacia los lados y liberó su torso. Finalmente, consiguió ponerse en pie.

Marie besó la mejilla del mago y, para no quedarse otra vez sola, siguió a los refugiados que habían vuelto a ponerse en camino.

Aix-en-Provence, 29 de agosto de 1944

Paul había hecho el viaje a Aix en un camión norteamericano, acompañando a un grupo de soldados que se dirigían a Toulon para dragar el puerto de explosivos, y que pasaron todo el viaje bromeando.

Aix-en-Provence había sido liberada tras el desembarco de las tropas aliadas cerca de Cannes. París también era libre, después de que el General von Choltitz desobedeciera las órdenes del *Führer* de arrasar la ciudad. Una parte de Francia, sin embargo, continuaba todavía bajo control alemán.

Aix-en-Provence tardaría en recuperarse de los años oscuros de la ocupación. Aunque los comités de liberación, formados por los diferentes movimientos de la resistencia, habían transferido el poder ejecutivo a las autoridades republicanas, todavía jugaban un papel importante en los juicios sumarios a los colaboradores con el invasor alemán.

La posibilidad de encontrar a Vancelle era lo único que daba fuerzas a Paul, aunque consideraba improbable que el miliciano estuviese todavía en Aix. Seguramente había cambiado de identidad y huido de Francia al ver llegar a los aliados. Tal vez a Alemania, utilizando los vínculos entre la Milice y las SS. Quizá a Marruecos o Indochina. O había cruzado la frontera y disfrutaba de un retiro dorado en Suiza.

El camión dejó a Paul en el centro de la ciudad. Las calles de Aix-en-Provence, que habían vibrado con un tráfico alborotador antes de la guerra, contaban ahora con un puñado de automóviles. Las cosas tardarían años en volver a ser como antes; si es que alguna vez llegaban a hacerlo.

Paul caminó hacia el cuartel de la Milice. No encontraría allí a Vancelle, pero quería visitar el lugar donde lo habían torturado.

El edificio había sido saqueado; las puertas, arrancadas. El suelo estaba cubierto de papeles y cristales, y en una esquina ardían las ascuas de una hoguera. Varios hombres se paseaban por el cuartel, tal vez por curiosidad o, como Paul, para exorcizar las experiencias vividas entre sus muros.

Abandonó el edificio y se dirigió hacia el Cours Mirabeau. Aunque no tenía esperanzas de encontrar a Vancelle en *La linterna roja*, tal vez pudiese obtener alguna información sobre su paradero.

Mientras caminaba hacia el burdel, se cruzó con un grupo de mujeres que caminaban en reata, con las manos atadas. Tenían el cráneo rapado y varias de ellas llevaban el torso desnudo, con cruces gamadas dibujadas en su espalda con carmín o alquitrán.

Era el trato reservado a las mujeres acusadas de colaborar *horizontalmente* con el enemigo. En una Francia en la que las palomas habían desaparecido de las plazas, los cuervos se vendían a diez francos la unidad y muchas familias enviaban a sus hijos al tendero con la esperanza de que hiciese la vista gorda ante su cartilla de

raconamiento falsificada, aquella había sido para muchas mujeres la única forma de sobrevivir al hambre y los rudos inviernos sin carbón.

Las aceras del Cours Mirabeau estaban llenas de traficantes del mercado negro. Paul pasó de largo frente a ellos y entró en *La linterna roja*. Varias muchachas de mirada mustia se volvieron para mirarlo. En una de las mesas, un soldado canadiense acariciaba la cintura de una joven. Ésta llevaba en la cara una gran cantidad de maquillaje, y por lo menos el doble de tristeza, pero a su acompañante no parecía importarle. En otra mesa, una mujer compartía una botella de coñac con un soldado estadounidense completamente borracho. En los ojos de la muchacha brillaba la esperanza de que su acompañante la llevase a Estados Unidos, lejos de las ruinas de Europa. Los sueños eran la única mercancía que no escaseaba en Francia en esos días de miseria.

Paul se acercó al mostrador. Detrás de él, una matrona con las uñas pintadas de rosa leía «El Conde de Montecristo».

—Estoy buscando al miliciano Vancelle.

La mujer se lamió ceremoniosamente el índice de la mano derecha y pasó una página, sin decir nada. Paul sacó de su bolsillo una cajetilla de Lucky Strike, obsequio de los soldados con los que había viajado hasta Aix-en-Provence, y dejó tres cigarrillos sobre la barra. Sin apartar la vista del libro, la mujer se los guardó en el escote de su blusa.

—Hace tres semanas que Vancelle no viene por aquí. Ahora que los *boches* se han marchado, no creo que vuelva.

La pensión Royale era un lugar modesto y no muy limpio, pero su propietaria no hacía preguntas. A pesar de las cucarachas que infestaban su habitación, Paul había dormido en lugares mucho peores.

El botín del Banco de Francia estaba escondido en una cueva, cerca del campamento del *maquis* de Saint-Sauveur. Paul habría podido permitirse el mejor hotel de Aix-en-Provence, pero no quería demostrar que tenía dinero. En esos tiempos, sólo los colaboracionistas y los traficantes del mercado negro disponían de recursos, y no quería ser confundido con uno de ellos.

Paul se sentó en la cama y se afeitó lentamente, con una palangana sobre las rodillas. Buscar a Vancelle era una excusa para no regresar a casa, donde lo esperaban sus campos de tierra calcinada. Con el botín del tren podría comprar la mitad del territorio de Provenza, pero ese dinero no le pertenecía. Sin embargo, si se lo entregaba a las autoridades civiles o militares, los fondos nunca llegarían a las arcas del estado. Terminarían en los bolsillos del Consejo de la Resistencia.

Cuando acabó de afeitarse, se vistió y salió a la calle. No le costó mucho encontrar a Berri, el policía que, contraviniendo las órdenes de Vancelle, le había salvado la vida unas semanas atrás.

Berri no pareció sorprendido al abrir la puerta y encontrarse con Paul. Su vivienda era sobria, y en ella reinaba un olor rancio. Los muebles eran viejos y estaban cubiertos de polvo. Berri tampoco había engordado gracias a la guerra: los pantalones le venían demasiado anchos, y su rostro tenía una delgadez enfermiza. Vestía una avejentada camisa de paño, un anacronismo en la canícula del mes de agosto.

—Estoy buscando a Vancelle. ¿Sabe dónde encontrarlo?

Berri caminó hacia la ventana y se sentó en un sillón.

—He perdido mi trabajo, y es posible que me juzguen por colaboracionismo. ¿Cree que me importa lo que le suceda a Vancelle?

Paul observó las paredes descoloridas del apartamento. Colaboracionista o no, Berri no se había enriquecido en los últimos años.

—Si me ayuda a encontrar a Vancelle seré generoso. Dispongo de mucho dinero.

El hombre lo miró con nerviosismo y le pidió con la mirada que se marchase. Antes de que Paul comprendiese qué sucedía, la puerta de una habitación se abrió y vio aparecer a Vancelle. El miliciano lo apuntaba con un Colt 1911.

Vancelle le ordenó que levantase las manos y requisó su pistola. Paul comprendió entonces lo sucedido. El miliciano se había escondido en casa de Berri, seguramente contra su voluntad, para esperar a que pasara la tormenta.

—Así que tienes dinero —dijo Vancelle—. ¿Dónde está el botín del tren?

El miliciano avanzó hacia Paul y le propinó un puñetazo en el estómago. Paul era consciente de que, si no hablaba, el miliciano le pegaría un tiro allí mismo. Llevándolo hasta el lugar donde estaba escondido el dinero, alargaría su esperanza

de vida unas horas.

—Está en una cueva, cerca del campamento del *maquis*.

—¿Dónde exactamente?

—No lo sé. Tendría que ver el terreno para reconocer el lugar.

Vancelle aferró a Paul por el hombro. Lo arrastró hacia la puerta y le indicó a Berri que los acompañase. Bajaron las escaleras y, al llegar a la calle, entraron en un automóvil aparcado junto a la acera. Berri se sentó al volante, y Vancelle lo hizo en el asiento trasero junto a Paul, sin dejar de apuntarlo con su pistola.

Estaba empezando a atardecer cuando llegaron al campamento del *maquis*. Paul no necesitó buscar mucho tiempo para orientarse. Dos buitres volaban en círculos sobre la montaña, alrededor de lo que seguramente era el cadáver de Henri.

Nada más descender del coche, Vancelle le disparó a Berri un tiro en la frente. Paul observó al miliciano en silencio. Sabía que, cuando lo hubiese guiado hasta donde estaban los sacos, haría lo mismo con él.

El miliciano arrancó una manga de la camisa de Berri y la enroscó alrededor de un palo, para improvisar una antorcha. A continuación, siguió a Paul por una senda que serpenteaba junto a un arroyo. La corriente se hizo más caudalosa, y el paisaje se llenó de castaños. Poco después distinguieron una pared rocosa.

Paul guió a Vancelle hasta la cueva en la que se encontraban los sacos. Temiéndose una estratagema, el miliciano encendió la antorcha con su mechero y le ordenó a Paul que caminase delante de él.

La diferencia de temperatura entre el exterior y el interior de la cueva era de al menos diez grados. La llama de la antorcha descubrió en las paredes dibujos de figuras primitivas, cubiertas de calcita, pero Vancelle sólo tenía ojos para los sacos.

Aprovechando su distracción, Paul empujó el brazo del miliciano que sostenía la antorcha. Ésta cayó al suelo e incendió los billetes. Escapando del humo y los disparos ciegos de Vancelle, Paul corrió hacia el interior de la cueva.

Luchando contra la asfixia, siguió avanzando hasta que se topó con una pared. Tanteó el muro en busca de alguna oquedad, pero no encontró ninguna. Se dejó caer en el suelo, resignado, y fue entonces cuando percibió una corriente de aire en el rostro.

Palpó la roca con los dedos hasta que descubrió una cavidad. Entró en ella y se arrastró hacia el interior de la montaña. Sus pulmones estaban a punto de estallar, pero consiguió avanzar hasta un túnel más ancho. Inspiró el aire limpio y continuó deslizándose sobre sus codos.

Unos metros más adelante distinguió un fragmento de cielo. Avanzó por el pasadizo, que ascendía de forma cada vez más pronunciada, hasta que el corredor se estrechó y desembocó en una hendidura abierta en la montaña.

Se tumbó en el suelo y respiró la brisa nocturna, esforzándose por contener la tos. Se hallaba justo encima del lugar donde habían ardido los sacos.

Avanzó cuidadosamente hasta el borde y vio que el fuego se había apagado, después de consumir casi todos los billetes. Vancelle se encontraba frente a la entrada de la cueva y apuntaba con su pistola hacia el interior. El suelo, a su alrededor, estaba cubierto de billetes dispersos.

La distancia que separaba a Paul del suelo era suficiente para romperse varios huesos. A no ser que cayera encima de Vancelle. Si no lo conseguía, sin embargo, quedaría a su merced.

Lo más inteligente sería quedarse quieto, a la espera de que el miliciano lo diese por muerto y se marchara, pero esa no era una opción para Paul. Vancelle había matado a su padre, y no dispondría de otra oportunidad para vengarse.

Se acercó con cuidado al borde de la montaña. El miliciano se había agachado para recoger algunos billetes dispersos, sin dejar de apuntar con su pistola hacia la entrada de la cueva.

Paul midió la distancia que lo separaba de Vancelle, y se preguntó si no estaba a punto de cometer una temeridad. Entonces se acordó de Sophie y de su padre, muertos a manos del miliciano, y sintió que la rabia hacía crecer sus fuerzas.

Se alejó unos pasos, cogió carrerilla y saltó al vacío. Cayó como un fardo sobre Vancelle, y la pistola del miliciano rodó a varios metros de distancia.

Vancelle quedó atontado por el golpe, y Paul se había torcido un tobillo a consecuencia de la caída. Ambos se precipitaron hacia la pistola, pero fue el miliciano quien se hizo con ella. Paul aferró su muñeca y, durante el forcejeo, dos balas se estrellaron contra la roca.

Vancelle intentó librarse de Paul, y rodaron juntos por el suelo. Fue entonces Paul quien se hizo con el arma. Antes de que el miliciano pudiese reaccionar, Paul disparó cuatro balas en su cuerpo. Después, agotado, se dejó caer al suelo.

Los billetes del Banco de Francia bailaban a su alrededor, impulsados por la brisa del atardecer. Paul empezó a toser convulsivamente y vomitó un líquido ceniciento.

Cuando sus pulmones se calmaron, se acercó al cadáver de Vancelle. En sus bolsillos encontró las llaves del automóvil. Y un brazaletes de diamantes.

Alsacia, 1 de septiembre de 1944

Aunque sólo habían transcurrido unas semanas desde su detención en casa de Renée, Madame Rosier tenía la impresión de haber pasado la mitad de su vida en el campo de concentración de Natzweiler.

Durante su internamiento había mantenido la mirada baja cuando los guardias ladraban sus órdenes, y acudido puntualmente al recuento de prisioneros. En Natzweiler, sin embargo, la muerte podía llegar por sorpresa: como una ración inesperada de margarina; como la lluvia o el recuerdo de un momento feliz.

Los soldados que condujeron a Madame Rosier y otra prisionera fuera del campo les obligaron a llevar una pala, para cavar sus propias tumbas. Al comandante de Natzweiler no le gustaba encontrar, cuando paseaba por el bosque, cadáveres en estado de descomposición.

Los soldados las condujeron por una senda flanqueada de hayas, y Madame Rosier ni siquiera pensó en usar la pala para atacarlos. Estaba muy débil, y lo único que conseguiría era que la torturasen, antes de matarla. Después de todo, la muerte sería una liberación. La rutina destructora de Natzweiler le había hecho perder la esperanza de volver a ver algún día a Marie.

Cuando los soldados la llevaron al bosque, hacía tiempo que Madame Rosier se había rendido. Llevaba días descuidando su higiene, bebiendo agua de los charcos e ignorando las llagas de sus pies. Había dejado de comer y perdido las fuerzas. Lo único que deseaba era morir cuanto antes.

Las dos mujeres empezaron a cavar en el sitio en que los soldados les indicaron. Madame Rosier lo hizo con energía, sabiendo que pronto se acabaría todo. Un solo disparo en la nuca, para no malgastar munición. Había visto morir a un prisionero el día anterior, y sabía que la fuerza del proyectil la empujaría hacia delante. Caería en la fosa como una solitaria ficha de dominó.

Estaba tan absorta en su labor que no prestó atención a la discusión entre los dos soldados. Supuso que estaban en desacuerdo sobre la forma de matarlas, y estuvo tentada de decirles que no le importaba de qué forma morir, con tal de que fuese rápido.

La discusión se hizo más violenta, y Madame Rosier comprendió que se peleaban por otro motivo. Uno de los soldados tenía una deuda de juego con el otro, y no parecía dispuesto a rembolsarla.

La maestra siguió cavando lentamente. Uno de los soldados profirió un insulto, y el otro le clavó un cuchillo en el vientre. Mientras se desangraba, el primero empuñó su pistola y le disparó a su agresor las dos balas destinadas a las prisioneras.

Madame Rosier observó la escena con incredulidad, con un gesto cercano al reproche. Había terminado de cavar su tumba, pero faltaba un verdugo para ejecutarla. Uno de los soldados estaba muerto, y el otro se desangraba con rapidez.

Madame Rosier se acercó al hombre que estaba todavía vivo y le suplicó que la

matara, pero el hombre fijó en ella sus ojos asustados y murió sin decir nada. La maestra cogió la pistola y se la acercó a la sien, pero estaba tan débil que fue incapaz de apretar el gatillo.

Metió la pistola en el bolsillo de su uniforme y, sin prestar atención a la otra prisionera, se adentró en el bosque, sin preocuparse de la dirección de su marcha.

Unas horas después se encontró con un grupo de resistentes, que le informaron de que gran parte de Francia había sido liberada, y le indicaron la dirección para regresar a Morly.

Madame Rosier hizo el camino a pie, por carreteras inundadas de gente que regresaba a sus hogares. Al principio de la guerra, muchos franceses habían cruzado la línea de demarcación para reunirse con sus familias en la zona controlada por Vichy. Otros habían permanecido escondidos y algunos, como Madame Rosier, regresaban de los campos de concentración liberados en territorio francés.

A éstos últimos era fácil reconocerlos, pues parecían esqueletos andantes, desprendían una gran pestilencia y tenían un brillo opaco en la mirada. Muchos estaban tan débiles que, cuando las fuerzas les fallaban, quedaban tumbados en las cunetas o hundidos en los barrizales, a la espera de la muerte.

Madame Rosier llegó a Morly tras varios días de marcha. Desde su detención, unas semanas atrás, había perdido veinte kilos de peso y parecía mucho mayor. Los alemanes la habían distinguido con la mención *Nacht und Nebel*, Noche y Niebla, la expresión que correspondía a los prisioneros condenados a desaparecer en la noche de los tiempos, sin que sus familias recibiesen confirmación de su muerte. El olvido impedía la creación de héroes, y evitaba que otros intentaran seguir su ejemplo.

La proximidad de su casa hizo sentir a Madame Rosier un débil cosquilleo. Lo que más le dolía era no haberse podido despedir de Marie. Al entrar en el pueblo sintió varias miradas fijas en ella. Algunos vecinos se acercaron para saludarla, pero la maestra continuó su camino sin dirigirles la palabra.

Al llegar a su casa se sentó en el portal. Tenía ganas de llorar, pero no le llegaron las fuerzas. Se sentía tan sola que decidió buscar refugio en la iglesia. Las puertas del templo estaban abiertas, y en su interior resonaban los gritos de unos niños que jugaban en la plaza.

Madame Rosier acarició la pistola que llevaba en el bolsillo desde hacía varios días. Un simple disparo pondría fin a su calvario. Empuñó el arma, pero el ruido de un automóvil la sacó de su ensimismamiento. Giró la cabeza hacia la puerta y vio descender del vehículo al soldado alemán que, unas semanas atrás, le había preguntado por Marie, cuando estaba en casa de los Renard buscando comida.

El recién llegado caminó hacia un grupo de hombres, entre los que estaba el alcalde, y les enseñó una fotografía. El alcalde señaló con la mano hacia un grupo de niños, y el corazón de Madame Rosier dio un vuelco al ver que Marie estaba entre ellos.

La maestra se levantó instintivamente, utilizando sus últimas fuerzas. Avanzó hacia el hombre, con la pistola en la mano, y disparó hasta que las balas se agotaron en el cargador.

Paul Chevalier abrió los ojos y observó las copas de los álamos a través de la ventana. Había recibido dos impactos de bala: uno en el muslo derecho, que había salido sin dañar ningún hueso; el segundo, más grave, en un pulmón. A su llegada al lazareto había sido sometido a dos operaciones y, según su médico, era un milagro que estuviese vivo.

Desde su llegada al hospital no había hecho más que dormir. Y pensar. Los sucesos ocurridos tras la muerte de su padre ocupaban un lugar difuso en su memoria, que había tenido que esforzarse para recuperar. Lo único que recordaba con precisión era la mirada de Sophie, momentos antes de su muerte, y el olor de la ceniza amarga.

La cosecha de lavanda habría sido mala ese año. El calor había tardado en llegar, y el retraso de la floración había permitido la aparición de plagas. La gran cantidad de lluvia caída al final de la primavera le habría obligado a dejar secar los granos más tiempo de lo habitual, para eliminar el exceso de humedad antes de destilar su esencia.

Paul oyó un ruido de pasos y, al girarse, vio a la enfermera. Era una mujer atractiva, con la cara pecosa y una energía inagotable. La mujer se acercó para revisar su vendaje. Paul había intentado levantarse esa mañana, sin la autorización del médico, y la herida había vuelto a sangrar.

—Tiene una visita.

—¿Quién es? —preguntó Paul, sorprendido.

La enfermera ajustó el vendaje y volvió a tapar a Paul con la sábana.

—Una mujer, acompañada de una niña.

Paul miró por la ventana. El emplazamiento del hospital, en lo alto de una colina, permitía observar los reflejos del otoño en el bosque cercano.

—Si lleva una pistola en el bolso, no la deje pasar.

La enfermera sonrió y desapareció bajo el techo artesonado. El hospital estaba instalado en el castillo de Varly, que Luis XIV había regalado a una de sus amantes. El edificio había sido requisado por los alemanes durante la guerra y, tras la liberación, convertido en lazareto.

La enfermera regresó poco después, acompañada de la hija de Sophie y de la mujer que había disparado a Paul.

—He venido a pedirle perdón —dijo Madame Rosier—. El alcalde me lo explicó todo.

Paul miró a la niña. Tenía un indudable parecido con Sophie, y su mirada reflejaba una madurez que no se correspondía con su edad.

—¿Tiene noticias de la madre de Marie? —le preguntó la mujer.

Paul observó, a través de la ventana, la capilla del castillo y el palomar en ruinas. Después miró a Marie. No le gustaba dar malas noticias, pero la niña tenía más derecho que nadie a saber la verdad.

—Lo siento mucho. Tu madre no sobrevivió a la guerra.

Marie empezó a llorar y se abrazó a Madame Rosier. Paul esperó unos instantes, dejando que se desahogara. Intentó buscar alguna palabra de consuelo, pero decidió permanecer callado. Había heridas que ninguna palabra podía curar; heridas que sólo pedían silencio.

Metió el brazo debajo del colchón y extrajo un trozo de pan endurecido. En su interior estaba el brazalete que había encontrado en el bolsillo de Vancelle.

—Tu madre me dio esto para ti —mintió Paul, sin saber que decía la verdad.

Le tendió a la niña la pulsera, y no pudo evitar preguntarse si Madame Rosier representaba la mejor alternativa para Marie. Tal vez la pequeña tuviese algún familiar en el mundo, pero ¿cómo haría para encontrarlo?

Sacó de debajo del colchón un rollo con doscientos mil francos, todo el dinero que había podido rescatar del incendio, y le dio la mitad a Madame Rosier. Al principio la maestra se negó a aceptarlo, pero lo hizo ante su insistencia.

—¿Mi mamá te contó una historia para mí? —le preguntó Marie, limpiándose las lágrimas.

Paul pensó en los besos, en las caricias que a ambos les había robado la guerra. De alguna forma, esa pequeña desconocida lo había hecho despertar, le había permitido encontrarse a sí mismo. Gracias a ella, Paul era ahora una persona mejor.

No sabía qué porvenir le esperaba a Marie, pero sabía que el futuro del mundo dependía de que los niños que habían sobrevivido a la guerra se desprendiesen del odio del que habían sido víctimas.

—Antes de morir, tu mamá me dijo: Dile a Marie que la quiero.